ACADEMIA GALLEGA

QUEIXUMES DOS PINOS

(2.ª EDICIÓN)

Y

POESÍAS INÉDITAS

DE

EDUARDO PONDAL

LA CORUÑA
Imp. Zincke Hermanos
1935

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA
25127
Biblioteca

POESÍAS DE PONDAL

EDUARDO PONDAL

ACADEMIA GALLEGA

QUEIXUMES DOS PINOS

(2.ª EDICION)

Y

POESÍAS INÉDITAS

DE

EDUARDO PONDAL

LA CORUÑA
Imp. Zincke Hermanos
1935

La predilección y el afecto que D. Eduardo Pondal sintió siempre por nuestra Academia, a la que pertenecía como uno de sus fundadores, los dejó bien manifestados y patentes en su manda testamentaria de 23 de Junio de 1910, en la que dispone: «*Dejo mis manuscritos a la Real Academia Gallega para que los expurgue y edite cuando lo tenga por conveniente*».

Desde entonces, fué preocupación constante de esta Corporación, la de dar cumplimiento a la voluntad del glorioso bardo, y la de corresponder a la ansiedad del público que con impaciencia esperaba conocer, aunque no fuese en su totalidad, las composiciones inéditas de Pondal. Pero lo extenso de su obra y otras circunstancias retardaron la realización de nuestros deseos hasta ahora, que con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del poeta insigne, se han visto, en parte, realizados con la publicación del presente libro.

Entendió también la Academia que, agotada hace años la colección de poesías de Pondal «Queixumes dos Pinos» que forman el tomo VII de

la *Biblioteca Gallega*, publicado en 1886 por Latorre y Martínez Salazar, sería igualmente conveniente y patriótico reimprimirla e incorporarla al volumen que ahora presentamos al público, y así, aparece en este volumen precediendo a las poesías inéditas.

Respecto a éstas, nos creemos en el deber de advertir que hemos asociado a ellas algunas que, aunque impresas, lo han sido hace muchos años en periódicos y revistas de tan escasa circulación, que como inéditas pueden considerarse; y también algunas otras muy posteriores, divulgadas y conocidas de todos, pero que han sido dadas a la publicidad con tantas faltas y errores, que juzgamos preciso hacer en ellas las debidas y necesarias rectificaciones.

La semblanza de Pondal que se inserta como introducción a la obra, es la que figura en *Los Precursores*, uno de los más preciosos libros que brotaron de la excelsa pluma del patriarca de nuestras letras D. Manuel Murguía, pues nadie como este insigne historiador se hallaba identificado con el alto pensamiento del glorioso bardo.

Como epílogo se inserta otro trabajo referente a la personalidad de D. Eduardo Pondal, redactado por D. Manuel Lugrís Freire, inseparable amigo del poeta durante los últimos años de la vida de éste, y por lo tanto el que pudo recoger sus íntimas inspiraciones.

La Academia Gallega se complace en hacer constar las facilidades que ha encontrado para la edición de esta obra; y agradece a la Universidad de Santiago la colaboración económica que espontáneamente le ha ofrecido, en su deseo de contribuir al homenaje al inolvidable poeta hijo de aquella gloriosa Escuela de Medicina.

EDUARDO PONDAL

EDUARDO PONDAL

Creyendo que era llegada su última hora, el hijo del Anllons hizo testamento, y en él nada de cuanto amaba quedó olvidado. En sus cláusulas, según supe despues—porque tan noble corazón lo ha callado siempre—se leía mi nombre y consagraba un cariñoso recuerdo. Mi pobre amigo, que había leído en mi alma con la rectitud de la suya, me hacía en aquel momento supremo la más grande, la más santa,—y séame permitido el dulce orgullo de añadir—la más merecida de las confianzas. Me dejaba sus versos y el cuidado de su publicación. Ah! bien sabía que los dejaba a la lealtad misma!

Además, ¿quien conocía como yo el pensamiento que preside su obra poética? ¿quién que, no fuese dueño de su secreto, podría, en todo caso, cuidar que las diversas composiciones tuviesen en su libro el natural enlace, y que las aladas hijas del poeta siguiesen el camino que él les había trazado? Nadie en verdad, porque nuestro amigo, que tiene como pocas almas la pureza virginal de sus emociones, no había hecho más que a uno la confidencia de algunos de los sentimientos que llenaron su vida. Cubiertos enteramente por el velo con

que los oculta, apenas si en sus versos se delatan a las miradas más escrutadoras, apenas si los acostumbrados a leer en una palabra todo un mundo habrían adivinado el misterio que a veces encierran, ni percibido su perfume y castidad.

Une douce amitié en est la cause

exclamaba Brizeux, explicando ciertas predilecciones. El autor de la *La Campana de Anllons* podía decir más aun, porque no era tan sólo a la dulce amistad a quien encomendaba la sagrada tarea, sino a uno con quien de antiguo le ligaban especiales, pero no por eso menos estrechos lazos.

Hay entre algunos hombres destinos bien singulares, y extrañas coincidencias entre ciertas vidas. En la vieja iglesia de Almerezo, bajo cuyas bóvedas penetré por primera vez al lado de mi amigo y en la misma pila bautismal, sobre la cual se inclinaron tantos pobres hijos del trabajo, recibió Pondal el agua de salud, sesenta años después que mi abuelo, uno de los hombres de más claro entendimiento y mejor sentido que han cruzado por este mundo. Todo cuanto era querido para el poeta y estaba ligado a sus recuerdos y al de las gentes de quienes venía, lo estaba asimismo para mi y para los míos. A su lado recorrí por primera vez los lugares que me eran sagrados, sentéme orillas del río, cuyas aguas mojaron los campos paternos, y con él visité Laje y sus arenales, que habian visnacer aquella santa y hermosa criatura que fué mi abuela, de eterna memoria para mi. Todavía viven orillas de aquel mar tormentoso los bravos marinos que son de mi sangre, vástagos generosos de una rama destrozada. Ah! yo no sé como agradecer a la suerte que pusiese mi cuna tan cerca del

solitario y agreste rincón en que, como el duro roble, arraigaron aquellos de quienes vengo. Ya no existen; el viento de las mudanzas les llevó a vivir y morir bajo otros cielos; pero yo pertenezco por la raza y el nacimiento y el amor, al noble país brigantino, a la tribu céltica por excelencia. Mis primeros vagidos se mezclaron al ruído de las olas irritadas rompiendo contra una costa desierta, imagen de mi vida atormentada, símbolo de la inutilidad de mis combates. A falta del pecho materno, crióme a los suyos la adusta campesina, que parece haberme dado el amor inmenso que profeso al trabajador de la tierra. Salud, pues, ¡oh patria! y vosotros, pobres aldeanos y marineros de aquellos campos y de aquellas playas donde la serpiente de dobles anillos se ve hoy esculpida en la roca de Gondomil, lo mismo que en la hora de nuestro poderío, ¡salud también! y que el cielo os proteja, valerosos hijos de Finian!....

* * *

Orillas de esos mismos mares, en la áspera y dura tierra de Bergantiños, cortada por las pequeñas colinas y hermoseada por extensos horizontes, nació el ilustre poeta que debía cantarla con estro varonil, y como convenía para ser oído por las gentes de ánimo entero que pueblan tan solitarias comarcas. La casa en que nació está situada a orillas del Anllons y al pie del viejo puente romano, bajo cuyos arcos y durante diez y ocho siglos se mezclaron y confundieron las aguas del río y las del Océano, que llegaba hasta allí en la hora de la marea, trayendo en sus olas amargas el perfume y los rumores del alterado mar, que la blanca colina

que corta la corriente no permitía ver desde las ventanas de la casa del poeta.

Somos pues hermanos, por la raza, por el país, por la religión de los usos de la patria!

El rumor del pinar de Tella llega hasta la desconocida vivienda, y en la vega, cruzada a cada momento por los patos silvestres, se desliza el río, quieto, ancho y solo bordando con anchos juncales las desiertas ignoradas orillas y coloreando sus aguas con las tintas de un ocaso encendido y fuerte, que consonaba dulcemente con el silencio de la campiña y con los tonos calientes que inflamaban el paisaje. Al pie de la ventana y en el pequeño muelle atracan las lanchas que vienen en demanda del trigo moreno y sustancioso que produce la llanura solitaria. Las palomas bajan a picar el grano que cae al tiempo del embarque y se lo disputan a los martin-pescadores, mientras el bullicioso ertornino desflora las cerezas que en el pequeño jardín plantó una mano bien amada. Dormí bajo aquel techo, conocí los vagos rumores que llenan aquellas campiñas, pobres y desoladas, y hasta vi aquella pequeña palma que plantó Pondal por su mano, como un recuerdo vivo de las recientes glorias de España en Africa, y quien sabe si también como un grato espectáculo que le recordase en tan agrestes e ignorados lugares aquella otra inmortal que debe un tiempo ceñir su frente. Púsola entre los pinos, recordando quizás los versos de Heine, y no queriendo que se «desolase taciturna sobre la vertiente de una roca calcinada».

No diréis que no conozco el águila y su nido!...

Una grata medianía, más cercana de la riqueza que de las estrecheces que ahogan y consumen la actual clase media, haciendo que nada le faltase,

tornó más fácil una existencia que no debían turbar otros cuidados, ni mayores penas que los indecibles que consumen al genio. No tan solo quiso el cielo que fuese poeta, sino también que pudiese serlo. Doble fortuna que tan pocos alcanzan!

El mismo ha ido arrojando aquí y allí, en las breves páginas de *Los rumores de los pinos*, algunos rayos de luz que iluminan su vida, y nos la dan a conocer en sus más íntimos secretos. Parece como que quiso reunir en ellas todo cuanto era caro a su corazón; los recuerdos de la infancia, las primeras impresiones de un amor contrariado, los sitios y las aficiones de su juventud, en una palabra su alma y la del país nativo. Apenas hay una línea en la cual los que le conocen de antiguo no puedan leer algo más que lo escrito, y yo sé bien que algunos hermosos ojos, si por azar se han fijado en ellas, se habrán llenado de lágrimas recordando otras auroras y otras dulces esperanzas. Puede seguírsele a través de tan contadas páginas, y conocer del todo casi, la vida afectiva del poeta. Los corazones amados por él, así como los lugares que celebra, pertenecen por este doble motivo a la patria gallega; los paisajes que describe entraron también en el número de aquellos que, gracias a los inspirados, toman nueva vida y vienen a ser nuestros conocidos.

Desde las agrestes soledades de Ponteceso venía todos los otoños a Santiago a sentarse en las aulas. Dejaba la casa paterna con los primeros cielos tristes, y volvía cuando los álamos del río se habían cubierto de hojas. ¡Oh! solitario y agreste camino de la montaña, grato al recorrerle, porque siempre conducía a lugares amados ¡cómo has he-

rido la imaginación del adolescente, cómo te siente y te recuerda el poeta!

Eran en aquellos días, para él doblemente felices, en que, delante de sus veinte años, un ejército de ilusiones desplegaba las alas de oro. El amor, la poesía, la libertad, la gloria, todos tenían para él su sonrisa. Virgilio y el Tasso eran sus dioses. ¡Cuántas veces, en la misma sala de disección, en tanto el escalpelo buscaba en las muertas carnes del cadáver el secreto de la vida, cuántas veces recordaba sus dulces versos, al lado de aquel que fué su amigo y mi hermano por el amor y por la sangre, muerto tan pronto y tan lejos de todos nosotros!.....

* * *

Era también la edad en que la musa se revela a sus elegidos con todos los encantos y también con las obsesiones a que pocas almas escapan, si las conocen por entero. Era cuando, bajo el cielo sombrío de una ciudad mitad convento, mitad iglesia, conoció al amigo que debía compartir con él en los primeros momentos los triunfos que le esperaban. Aurelio Aguirre, que empezaba entonces a gozar de aquella popularidad que le acompañó hasta el sepulcro, y era en su país el que presidía el movimienta literario que se iniciaba a la sazón, se unió a Pondal con la leal llaneza que aquí solemos los que llevamos en nuestras venas sangre euskara, y también con el entusiasmo que presta la juventud y da el común cultivo de las bellas letras. Tiempos fáciles para el poeta y su obra; fueron de los pocos que con sus primeros versos alcanzaron las primeras coronas.

El público, que pocas veces se engaña en estas cosas, saludó a ambos poetas como a dos esperanzas, más aún, como a dos glorias, que ya creía poseer en toda su plenitud. Los que recuerdan los entusiasmos que despertaron, confiesan que no se renovaron entre nosotros iguales días, ni siquiera durante el agitado período de 1868.

Eran otros tiempos, otras gentes bien ajenas por cierto a los fríos egoismos de hoy, y a la estéril osadía que entorpece el actual movimiento literario de Galicia, llevando a él sus pretensiones y su impotencia. No era entonces nuestra Universidad lo que es hoy, una estéril y muda institución: *cierto viento de fronda* animaba la juventud, que confundiendo en un mismo amor la libertad y la poesía, miraban a Pondal y Aurelio Aguirre como hermanos y camaradas. Les buscaban y seguían, les tenían por amigos y por jefes, les formaban su leyenda, y cuanto a ellos tocaba tornábase doblemente sagrado. Muchos de aquellos son hoy gloria de su patria, muchos también bajaron al sepulcro antes de su hora, y yo creo no equivocarme al decir que nuestra Universidad tuvo entonces su fuerza, dejó de ser puramente docente y buscó algo en los horizontes del porvenir.

Semejante renovación no alcanzó tan sólo al breve período revolucionario; fué más allá, y alimentó las esperanzas de los que habían venido al mundo de la inteligencia durante las nuevas auroras. La savia infiltrada en aquellas inteligencias y en aquellos corazones era demasiado vigorosa para que perdiese tan pronto de sus virtudes naturales.

* * *

Aguirre y Pondal no fueron tan solo los jefes del movimiento literario de su tiempo, sino tam-

bién los partidarios de una idea política y sus entusiastas propagadores. La cosa no era nueva ni dejaba de estar en la tradición de una juventud, que en los momentos de peligro se agrupa alrededor de la bandera acribillada a balazos y guardada bajo el techo de la Universidad, cuyas glorias simboliza. En todo tiempo el claustro compostelano fué por entero político, siquiera predominen en su seno los viejos sentimientos y las antiguas tradiciones. A pesar de eso, el movimiento democrático que se iniciaba en sus rangos no alcanzaba en prestigio ni importancia al que había logrado por primera y única vez el renacimiento poético. Todo el talento de sus promovedores, todo el entusiasmo de los nuevos tribunos se perdía ante la frialdad burguesa de los santiagueses. Sus predicaciones fueron ineficaces. Los hechos enseñaron bien pronto a los que creían otra cosa, que la provincia había perdido por completo su importancia política: que habían pasado los tiempos en que, para arriesgarse, Madrid esperaba con impaciencia los correos de Cataluña y Galicia, de Andalucía y Aragón.

Eran ya otros tiempos; la centralización había dado sus frutos: la corte recibía los hombres de provincia, pero no los devolvía; la supremacía política de las Cámaras era un hecho tristísimo. Bastaba, pues, bombardearlas y rendirlas, para que la nación se diese por vencida.

Qué importaban, por lo tanto, discursos y banquetes? qué los versos revolucionarios recitados bajo las frondas de robles seculares a cien leguas de la capital? qué plantar el árbol de la libertad y cubrirlo de guirnaldas que duran un día? qué conquistar las voluntades de hombres sin fusil y sin voto? qué, en fin, la estéril agitación provocada en

el recinto de una ciudad hostil? Podían, en verdad, los demagogos de entonces, anunciar la nueva era en la ágape patriótica, que presidían los poetas,— a quienes por esta vez los Platón del momento, dejaban el puesto de honor y la gloria infructífera—sin que cielo ni tierra se conmoviesen por ello, ni los hábiles y poderosos dejasen de hacer su digestión. Harto se sabía que aquellas flechas no tenían punta!

Sin embargo—tan recelosos son los intereses amenazados—que hubo hombres que se ausentaron de las fugaces llamaradas y les dieron una importancia que no tenían ni para los adeptos, por más que unos y otros comprendiesen al fin que que asistían al advenimiento de la democracia a la vida política del país gallego.

Fué una hermosa mañana y bajo los árboles que brotaban, cuando se reunieron y sentaron a la mesa los jóvenes a quienes animaba la nueva idea y que creían en sus milagros. Todo era allí, como si dijéramos, primaveral, y venía a la vida. La misma musa que debía hacer sagrado aquel día y aquel acto, era nueva y se dejaba oir por primera vez. A su alrededor no había viejo más que el monasterio que tenían a su espalda, como un testigo del pasado que se hundía y dejaban detrás los alegres convivas. Realizóse entonces el milagro de que en aquella ciudad muerta, y a la voz de dos niños, se levantase el proletariado, eterno Lázaro, que rompiendo las losas del sepulcro y despojándose de su blanca mortaja, respiraba al fin con todos sus pulmones el aire de libertad que pasaba lleno de perfumes, bajo las ramas que les cubrían y sobre las corrientes del río que les enviaban sus frescas emanaciones.

Fiesta inolvidable que recuerdan como un dulce sueño, cuantos asistieron a ella!

Y sin embargo, suprimid en aquel banquete los versos de Pondal y de Aguirre, olvidad que allí se manifestaron dos poetas, y nadie los recordaría, a pesar de sus abrazos, de las canciones y de las esperanzas que a todos animaban. Estarían en aquellas sombras en que se sepultaron otros de mayor alcance y trascendencia. ¡Oh posteridad! Vengadora Némesis, cuan bien hacen los que a ti apelan de la ingratitud y desvíos de su tiempo! Qué poco tarda tu justicia! En dónde están los notables de aquel día? Cuánto duró su obra? Nada! fué efímera y estéril como ellos lo fueron.

* * *

Ya rompe nuestra aurora y centellea,

dijo Pondal en tan solemne ocasión, con profético acento, aunque ignorando que no era aquella la aurora de la democracia, sino la de un nuevo día; el del poeta por completo al servicio de la patria gallega. Bajo aquellas frondosas alamedas, más verdes y más risueñas que las del viejo Parnaso, la nueva musa se desposó con su pueblo, ciñéndose su primera corona. Porque pasaron los años y los sucesos y hasta los hombres, y empezó a comprenderse que había que intentar en Galicia algo más noble y trascendental que proclamar una idea y levantar una clase, que había que formar una patria.

Tal era al menos lo que proclamaban unos cuantos ausentes que, repitiendo los enérgicos apóstrofes del poeta húngaro; *por nonadas nos desgarramos como perros por los desperdicios, sin apercibir-*

nos que los leones están sobre nosotros, levantaban una nueva bandera y se disponían a defenderla en todos los combates. Este país que duerme inmóvil en un rincón de la tierra, ajeno a cuanto conmueve a los demás pueblos, merecía por cierto que otros rumores más que los del Océano que le ciñe y limita, turbasen su paz eterna. Había tenido un pasado y lo ignoraba, una lengua y empezaba a olvidarla, un gran instinto político y faltaba a él, un valor y lo desperdiciaba en pequeñas luchas. Si es necesario, se dijeron, abrir ante sus ojos otros horizontes, hablarle de otros ideales, prometerle nuevos destinos, eso haremos. Si es necesario más, también. Dado el impulso, plantados los primeros jalones, formulado el programa, dicha la primera palabra, todo se reducía para los nuevos a marchar y llegar a donde los muy pocos esperaban a los animosos. Por cierto que Pondal fué de los primeros a acudir a la cita que se habían dado los entusiastas y previdentes, que se ofrecieron a si mismos conducir su pueblo a tierra de promisión. Muchos despreciaron entonces la obra de los poetas—tal vez la desprecian todavía!—pero es sin duda porque ignoran que Apolo levantó los muros de Thebas al son de las flautas.

Cuando recuerdo aquellos días, cuando aquellas esperanzas vuelven a desplegar ante mi vista sus alas de oro, cuando pienso en los que el tiempo separó y están ahora sin remedio separados por la muerte, un velo de tristeza me cubre, y siento que algo revive en mí y me trae el perfume de la juventud y el de los lugares y árboles amados, a cuya sombra, lejos de Galicia, se soñaron tantas cosas imposibles que al fin se realizaron. Entre ellas, la que creíamos más difícil y más necesaria,

la del empleo serio, noble, apropiado de nuestro idioma en la obra literaria, para que así la voz tuviese eco, acento la canción, color el paisaje, alma la patria. Oh! y que dulces sueños aquellos! y cuán nobles y fecundos los pensamientos que se abrigaban en nuestros corazones de veinte años! Qué bien consonaban con la hermosura de la vieja y misteriosa alameda, bajo la cual los desconocidos y los solos erraban al azar, viendo levantar a su paso y flotar en el fondo del paisaje que recortaba el azul Guadarrama, la blanca legión de sus proféticas visiones! Qué aire de alegría y juventud en el río, en el bosque, en el cielo, en el alma, en todo lo que nos rodeaba, en lo que estaba más allá, después de la cumbre, después de la llanura, en la encantada región que baña el Océano, en los floridos campos en que reposaban nuestras miradas y tomaban eterna raíz nuestras más dulces esperanzas!.....

Podrán, podrán mañana contarse entre nosotros más grandes filósofos, más benignos poetas, más profundos conocedores del pasado de este pueblo sin ventura; pero no igualarán nunca, ni por el desinterés ni por la importancia de su obra, a la de la de los incansables que promovieron este renacimiento, le dieron vida y le hicieron posible. Menos todavía a los que le imprimieron su verdadera y única dirección, haciendo de lo que era obra política, sin otros partidarios que los que seguían la secta, un movimiento provincial y literario que agrupó bajo la bandera blanca y azul de la nueva patria a los mejores de sus hijos. Los que después se cobijaron bajo ella y a su sombra recibieron el bautismo de sangre, podrán haberlo olvidado; la posteridad recordará siempre—¿será mucho orgu-

llo esperarlo?—los nombres de los que componían el pequeño cenáculo .....

.....

A contar de estos días, la lira de nuestros poetas tuvo una cuerda más, la de Galicia; nuestro país, una literatura; nuestra literatura, una lengua; y empezando a realizarse en el tiempo las esperanzas nacidas bajo otros cielos, renacen en los aires los primeros acentos de la nube gallega. Aun ahora apareció—por qué no decirlo?—un libro escrito en el idioma materno, el cual contenía y reflejaba a un tiempo todos los elementos populares, y por lo tanto el alma entera del país. No lo cito siquiera, pues todos aquí lo conocen; solo haré constar que con él volvió a entrar el gallego en los dominios del arte. Era este el mayor ideal de los que se perseguían, pues hallada la nota, conquistado el amor, fácil era seguir. Todo animaba a arriesgarse en los apenas explorados senderos. Eran estos floridos y frescos como los que cortan en todas direcciones el suelo natal; no se necesitaba más que arriesgarse y escribir la poesía provincial en la lengua de la provincia.

Y así se hizo entre el aplauso de los más y la suma indiferencia de los que ni amaban la idea, ni tampoco a los que la llevaban a cabo: porque, ¿qué tendencia verdaderamente vital, sin contradictores? Ignoraban que así como es cierto que lengua distinta acusa diversa nacionalidad, así se necesita conservar su lengua para que la nacionalidad persevere. Puede decirse de ella lo que Mickiewitz de la poesía popular: «Arca santa, nadie te toca ni te rompe, mientras tu propio pueblo no te ha ultrajado».

* * *

Y no solo hubo quienes rechazaron el empleo de nuestro idioma en la obra poética, sino que maltrataron de obra y de palabra la tendencia a crear y mantener una literatura puramente gallega, la cual, reflejando la vida, los sentimientos, las aspiraciones y desencantos de nuestro pueblo, nos llevase fatalmente a penetrar en su pasado, pensar en su porvenir, conocer, amar sus glorias y predisponerle para alcanzar otras nuevas. No les haremos el agravio de creer que los que así desertan de los altares de nuevo levantados, desconocen los deberes que como hijos de Galicia tienen para con ella; diremos, si, que su error viene de no haberse fijado bien en el carácter, tendencia y valor real de estos renacimientos literarios, tan propios del presente siglo y de los pueblos europeos. Tal vez sea esta la obra para la cual necesiten tener un más perfecto conocimiento de si mismos y de sus especiales destinos.

Las literaturas provinciales, solo posibles allí donde la genialidad de una raza distinta las hace necesarias, son fruto de una corriente puramente moderna. No nacieron cuándo y en dónde el capricho de unos pocos lo quiso así. Vienen y toman fuerza en las aspiraciones y necesidades de ciertas comarcas, más o menos dilatadas, con vida propia y pasado autonómico, por rudimentario que sea: llámeseles fatalidad geográfica o producto de causas accidentales. En unos sitios, como sucede en Galicia, el hecho es espontáneo hijo involuntario de unas gentes que se ignoran, mientras en Cataluña, producto de un pueblo que se regenera y completa.

Pero allá como acá, tuvo un mismo origen y siguió igual camino. El movimiento fué a la vez literario y político. Aunque distintas ambas tendencias, se completan. Puestas así, como si dijéramos al abrigo de ambas potestades, la rehabilitación de lo que se llamó con suma propiedad individualidades nacionales, fué fácil. Vencieron por completo hasta de los espíritus más apegados a los principios de la centralización y el cosmopolitismo, pues se vió bien pronto que estas pequeñas, pero antiguas organizaciones políticas, tenían su historia, en arte y hasta en religión, del mismo modo que su fauna y su flora. En una palabra, que estas sólidas y durables agrupaciones tenían una fisonomía acusada y eran una fueza con que debía contarse a lo adelante.

Siendo así, se comprende que la mayor parte de los escritores provinciales, ateniéndose para la realización de una obra a los elementos peculiares al país para el cual escriben, entendiesen que debían hablar a los suyos en la lengua que estos hablan: que los unos redujeron sus esfuerzos al estudio y conocimiento de cuanto tiene de vivaz y original la raza a que pertenecen, empleando en sus trabajos la lengua nacional, y que los demás, semejantes a las piedras limitáneas que miran a las dos tierras que separan, usasen a su vez ambas lenguas, la de la nación y la de la provincia. Hay veces que conviene que nos oigan y entiendan fuera del país. *Les Bretons* son un poema tan provincial, a pesar de estar escrito en francés, como *Mireya*, que lo está en lengua de oc.

Las provincias todas debieron a sus poetas esta renovación y vuelta a lo suyo. Siempre fueron ellos los que levantaron de su postración a los tris-

tes y a los desterrados: ¿cómo olvidarse del pedazo de tierra que les vió nacer, sobre todo, si padece hambre y sed de justicia? Precedidos o seguidos de los hombres políticos, pueden decir bien claro que ellos dieron la única vida posible a la obra inmortal de los hombres que anteponen a todo su país. Como el botánico que estudia una región y para el cual las plantas que crecen más allá de sus límites nada importan ni significan, así el poeta provincial. Para él no existen más flores que las que alimenta la tierra natal, ni más horizontes que los que limitan el país en que ha nacido, ni más astros en la inmensidad que los que tiemblan y centellean en el cielo que les cubre. El les da todo su valor, él los relaciona con su alma y con la de su pueblo, con el pasado, con el presente, con el mismo porvenir. Todo toma a sus ojos un tinte tan local y exclusivo, que cualquiera diría que la humanidad entera se halla encerrada dentro de los límites de la provincia que ama. Hechos o sentimientos, aspiraciones o recuerdos, sombra o transparencia, tienen para él igual origen e idéntico fin. En el hogar del país, parece como que no se calientan otras manos que las de sus hijos.

* * *

Alguien habló de la disminución del alma de la juventud contemporánea, y en verdad que cuando se comparan los entusiasmos de otros tiempos con la frialdad y el mercantilismo que han invadido el corazón de los jóvenes, el desaliento se apodera de nosotros, y tanto que algunos se preguntan aterrados—Qué hombres hemos hecho?

No, ellos no son como los que hace treinta años daban el ejemplo de todos los sacrificios, y

tenían las sencillas candideces de la buena voluntad. Y tanto, que todavía queda algo de ella en sus viejos corazones, sobre los cuales no parece sino que pasan los años sin tocarla; todavía rinden culto a los mismos ideales y se estremecen con las emociones de otros tiempos. Ni la desgracia los doma, ni los vence el tiempo. Firmes en su puesto, mueren, pero no se rinden.

Para qué? No han visto realizados sus sueños? No dan en la edad madura los frutos prometidos en otros tiempos? No están seguros de la vitalidad de su obra?

Cuando nuestro Pondal vuelva los ojos a los años de su juventud; cuando recuerde las horas trascurridas al lado del que compartió con él los primeros laureles; cuando piense que de aquellos triunfos populares no queda sino un eco lejano, estad seguros que así y todo su corazón sentirá la nostalgia del pasado. ¡Qué esperanzas las de entonces! qué fe en el triunfo! qué amores y qué inmortales angustias!..... Reflejábanse en sus versos y les daban la ondulación, el color y el acento de las pasiones juveniles.

Por eso se les amaba.

Aquellas breves y fugitivas composiciones, llenas de calor y semejantes a sacudidas nerviosas, revelaban su amor hondamente sentido; penas soportadas con entereza; esperanzas que florecían en su alma y tenían las blancuras de la nieve; realidades que una media confidencia hacía más hermosas. Allí estaban encerradas en el severo bloque de la estrofa, siempre armoniosa. Los versos eran repetidos por todos los labios jóvenes de su tiempo, tenían un eco natural en los corazones que sufrían y amaban. Después de la muerte de Aguirre era la

única musa que hablaba en Galicia. Cantando la mujer amada, exhalando sus quejas, diciendo las tristezas que le devoraban, era el poeta de todos aquellos que sentían iguales dolores, o alimentaban un amor contrariado.

Desgraciadamente aquellas estrofas no eran tan sólo hijas de la imaginación: el poeta había puesto en ellas su sangre y su carne. Así fué posible que llegase aquel día en que, rendido al sufrimiento, enmudeció, buscando en la soledad de los campos paternos la quietud que no tenía, la salud que le faltaba, la vida, en fin, que parecía pronta a abandonarle.

Aquel reposo fué fructífero. Erró por las riberas del Anllons, sentóse a orillas del Atlántico, oyó el rumor de los pinares de Tella, y el arrullo de las palomas que se criaban a su lado; y todo se renovó en él. Cuando salió de su desierto fué para predicar, como San Juan, la buena nueva.

La canción amorosa había espirado en sus labios. Otros eran los ideales que le animaban, otros los cielos que se abrían ante sus ojos, otra la obra que procuraba realizar, hija inmortal de seres perecederos.

La Campana de Anllons, en que bajo una forma semi-clásica, se desenvolvía un asunto, cuyo fondo y colorido estaba tomado de los lugares amados, fué escrita entonces y en gallego y obtuvo su éxito. La estrofa final, profunda, sentida, humana, ganó los ánimos apenas conmovidos con la lectura de las anteriores. El adiós del *bergantiñán*, que se dirige a seres inanimados, tiene una fuerza y melancolía tal, que fácilmente gustaron de ella todos cuantos aman la poesía y lo que de ella proviene.

Aquellos versos los escribió Pondal en gallego, siguiendo un venturoso ejemplo: con ellos dijo a todos que acababa de jurar las banderas de la patria, y con ellos también se colocó a la cabeza de los combatientes.

* * *

En una vida de soledad, propicia a las grandes obras literarias, sin mezclarse en las contiendas que a cada paso se levantan entre nosotros y sólo sirven para echar piedra y lodo al rostro de los que más valen; fiel a las antiguas amistades, sin ambición ni otras ansias que la de llevar a cumplido término la tarea que se había impuesto, ve pasar nuestro amigo las horas de su vida en aquella laboriosa actividad que ni se apresura, ni descansa.

De cuando en cuando los periódicos gallegos—cada día más alejados del país—publican algunos de aquellos versos, que no necesitan la firma de su autor para ser conocidos: tan marcados vienen por la ruda severidad de una musa que se contiene. Otras veces da a luz pequeños folletos, que tienen el don de despertar las antiguas simpatías, y en los cuales las composiciones aparecen unidas entre sí por lazos invisibles que sólo conoce el poeta, pero que revelan su alma y nos dicen, aunque confusamente, algo de lo que guarda su corazón, al cual turban más de una vez los inquietos fantasmas de los antiguos cuidados.

Entre todas estas publicaciones, sobresalen *Rumores de los pinos*, por la cantidad y la calidad de las composiciones que contiene. Entre ellas las hay que delatan un poeta digno de que sus versos traspasen las alturas de Piedrafita. La anacreóntica, *El sueño de primavera*, quedará como una de las más

felices producciones de nuestro Parnaso. Desde que Goëth reflejó en sus poemas la serenidad de los cielos del Atica, y su amplitud, unido a los severos y artísticos lineamientos de los antiguos, ningún otro que yo conozca, supo hallar, como en esta ocasión nuestro Pondal, la claridad, la luz, el rápido movimiento, la sobriedad y la gracia del poeta griego.

* * *

Y—se me dirá—es esta la obra toda de vuestro inspirado? Acaso bastan unos cuantos versos afortunados, para ocupar uno de los primeros puestos en la literatura de su país? Por qué ha de contarse a su autor entre los precursores?

La respuesta es fácil. Prodigarse no es ser fecundo, ni contenerse esterilidad. Pondal lo sabe muy bien, y para eso y porque no se duerme sobre sus laureles, busca la perfección, quiere que sus libros sean siempre mejores, los cuida, los atiende, y retarda la hora de su aparición para que ésta les sea más propicia. Entiende que los trabajos de la inteligencia deben tomarse en serio y como obra religiosa. Por el tiempo en que se dió a conocer, por lo que ha intentado y conseguido, nadie entre los nuevos puede negarle la gloria de los primeros y de los iniciadores. No importa que todavía se espere de él, lo que sólo él es capaz de darnos: como planta tardía, pero de fruto seguro, no faltará a lo que hay derecho a exigirle. Ya sabe que no se llega como vencedor a las cumbres, por senderos fáciles a la subida.

Cuando menos lo esperemos, saldrán a luz sus *Eoas*, poema español, escrito en gallego, destinado a cantar los héroes y el descubrimiento del Nuevo

Mundo. Cuando se le crea dormido, su libro *Os ilotas* os hará saborear aquella enérgica y austera poesía, que inspiró ya a Ag. Barlier la *Lyre d' airain*.

Convencidos de que el poeta, si ha de vivir en la memoria de su pueblo, tiene que reflejar en sus cantos los sentimientos, las aspiraciones, y hasta los sueños de su raza, se ha sumergido, como quien dice, en los inexplorados abismos del pasado de Galicia. Como hijo de un país céltico, la poesía bárdica y sus fórmulas y procedimientos le son aceptas, usándolas con una noble predilección y también con laudable parsimonia. Los nombres de los lugares se tornan para él en nombres de héroes: la naturaleza que le rodea se anima bajo su inspiración, la tradición del país se encarna en sus versos y en ellos se reflejan con toda fidelidad los sentimientos de su pueblo. En una palabra: ya que el pasado es crudo y las leyendas ocultan el sentido misterioso que en ellas se encierra, el poeta suple todo y con una verdadera intención hace revivir los tiempos y los héroes. En aquella tierra en que el dolman levantó a cada paso su mole pesadísima, y *Castro Nemenzo* recuerda a un tiempo la fortaleza y el santuario; y las olas del viejo atlántico azotan las playas desiertas, en las cuales gimen los vientos como en las vastas salas de Fingal, no es por cierto difícil que el poeta halle el color y la nota que conviene a esa grata reaparición de otros tiempos y de otros hombres. No lo es tampoco, que viviendo entre unas gentes en quienes el valor es tan tradicional como su infortunio, y viéndolas encorvadas sobre la eterna gleba sienta en su corazón todos sus dolores y refleje sus iras.

Los pueblos tienen los destinos que merecen, les dice, no os quejéis de vuestras desgracias: no

pidáis; exigid: *ou honra, ou ferro*. Y bajo este título, harto significativo, escribe aquel libro que es a un tiempo compendio de las aspiraciones del pueblo gallego y su grito de guerra. ¡Tanto se necesita para que despierten de su sueño estos hombres agobiados bajo el peso de veinte siglos de indecibles tiranías! Sin embargo, la obra intentada quedaría incompleta, si en *os ilotas* no flagelara la antigua y moderna servidumbre de Galicia, y en *os idiotas* dejase de protestar contra el dominio y glorificación de los llamados intereses materiales, que amenazan al presente absorber la atención de nuestro pueblo y apartarle de sus más nobles aspiraciones. En este punto se muestra en extremo severo nuestro poeta. Hace falta. Hay algo más en el mundo que esas cosas en que se gana el dinero y sobre las cuales una clase media hambrienta se arroja sin piedad para formar su peculio o aumentar el ya formado. Nuestros padres no vivían menos felices que nosotros, porque desconociesen las maravillas de la industria moderna, y nuestras madres no estaban menos hermosas vistiendo la cofia hilada por sus manos. Lo que importaba entonces y hoy, y gracias al cielo importará siempre, es que las almas perseveren puras, que no se cierren al entusiasmo y a la piedad, que las lágrimas de los que sufren los conmuevan, y que los felices no vivan ni lejos, ni ajenos de los pobres y de los desheredados. Lo que importa es que el sentimiento moral se levante, que el hombre se ennoblezca por el ejercio de las virtudes, que el arte realce sus fueros, la justicia sus dominios, la libertad sus derechos y el altar su Dios; porque cuando los cielos se despueblan, la tierra padece y el hombre siente en su corazón el vacío que nada llena.

* * *

De propósito he dejado de hablar de su poema *Os Eoas* (en griego, los hijos del sol, o de la aurora) en que hace tanto tiempo trabaja. Esta obra, concebida y en parte escrita bajo la influencia de los antiguos poetas épicos, ha sufrido antes de ver la luz una completa modificación. Ya no es lo que prometían los fragmentos publicados hace bastantes años. Nuevas ideas dan vida a la nueva composición. El descubrimiento y conquista de América no es ya la obra de un hombre, sino la de todo un pueblo. Bajo este punto de vista, puede decirse que Colón pierde lo que ganan los españoles. Como Vasco de Gama deja en *os Lusiadas* lugar para la epopeya lusitana, así el marino genovés desaparece casi en el poema de mi amigo, para que en él puedan tener la necesaria importancia los que prosiguieron la providencial empresa y la completaron, ilustrándola con sus hazañas, verdaderamente legendarias.

Este libro lo escribe Pondal en gallego. Por qué? No hay una completa disparidad en celebrar aquellos memorables hechos en una lengua que no es la nacional? No, en verdad. Puesto que el poeta emprendió este trabajo ajeno por completo al espíritu que anima sus demás obras, permitidle que en cambio haga a su país el honor de escribirlo en la lengua que le es propia. Es una manera delicada de probar que nuestro provincialismo no es tan estrecho como se dice, y que, amando mucho nuestra tierra, no entendemos por eso que haya de negarse a los demás el agua y la sal.

* * *

Pondal fué, es, y será tan solo un poeta. Ninguno pudo como él, en nuestro país, realizar el sueño de una vida consagrada al noble y desinteresado cultivo de las bellas letras. Libre para escoger, libre para seguir el camino que plugiese a su voluntad, sin nada, fuera del propio movimiento, que tuviese sus inclinaciones, o pusiera límite a sus deseos; con pocas necesidades y con lo bastante, si quisiera, para atender a más de lo necesario; desposado con la virgen poesía, solo y contento, y lo que es más notable en tiempos tan llenos de prematuras ambiciones, sin otros cuidados que los de llenar y cumplir su misión de poeta gallego, en su patria y entre los suyos, cabe asegurar que dentro de lo que el hombre puede ha sido feliz. No tuvo que combatir con la muerte ni luchar con las realidades de la vida.

Ha sido un bien? ha sido una desgracia? Mi amigo lo dirá; aunque bien podemos creer que conoció las penas y hubo de soportar los desengaños que llenan toda su existencia. ¡Nadie escapa a ellos! Sin embargo, limitando sus aspiraciones, limitó también las ansias sin fin que nos devoran: por más que a falta de pesares materiales, no habrán dejado de afligirle aquellas insondables que vienen de nosotros mismos y tienen asiento en nuestro corazón. El les puso su valladar, desde que se decidió a vivir en sus soledades. Ni siquiera sintió deseos de visitar otros países, de ver otras ciudades, de habitar bajo otros cielos. Le basta su Galicia; Santiago con sus altas torres y campos siempre verdes, la Coruña con sus alegres horizontes y su mar dilatada. He aquí su mundo:

está poblado para él de las blancas visiones y de los sueños de su juventud.

Por que en cuanto al grato y solitario retiro de Ponteceso, parece que si llena su alma, es de una manera dolorosa. Hay allí sepulcros que guardan los seres más queridos y turban su paz, con los recuerdos que a cada instante traen a su memoria los objetos que le rodean, los lugares que conservan todavía frescas las huellas de los que ya partieron.

No he olvidado todavía, que en el pequeño jardín plantado y cuidado por una de las hermanas del poeta, muerta en lo mejor de su edad, hablamos de lo unidas que estaban en lo pasado, nuestras existencias. No bastaba que fuésemos por entero de aquel país, que mi hermano hubiese sido su amigo antes que yo, y que recibieran ambos y en un día, sus grados literarios, era preciso que el recuerdo de aquella hermana tan amada, y que llevaba su mismo nombre, se mezclara también con mis recuerdos.

Era la fiesta de Agosto tan popular en Galicia que apenas hay lugar que no la celebre, y la antigua Mugía, que se entra en el Océano como un pequeño y desolado istmo, brillaba a los rayos de un sol canicular. Ceñíale el arenal con su blanca cinta, el mar reflejaba en sus aguas las claridades del cielo, y las altas rocas, calcinadas, mordidas por eternas tempestades, interrumpían con su dura silueta la extensa línea del horizonte. De lo alto de la torre de la ermita, que se alza cerca de las olas y de la piedra milagrosa, las campanas llamaban a la fiesta a campesinos y marineros.

La romería de la Barca era aquel año espléndida y concurrida.

Al son de las gaitas y violines bailaba la muchedumbre sobre la piedra de la Virgen: en movimiento la roca golpeaba la tierra, produciendo aquel seco ruído, tan grato al corazón del romero, y el estallido de los cohetes y el rumor de la fiesta se mezclaba y confundía con el del Atlántico. No era menos bullicioso y animado el baile con que las jóvenes de la villa y las forasteras habían sido obsequiadas. Se bailaba, se reía, se cambiaban las promesas, y pasaban las horas rápidamente, sin apercibir que fuera el tifus hacía estragos. Mas ¿quién le temía en semejantes momentos?

Amaneció el otro día, y dos de esas jóvenes, tocadas por la terrible enfermedad, cayeron como heridas por el rayo. Fué un verdadero duelo en aquella villa llena de fiestas. Aun no contaban sus dieciseis años y ya la muerte se sentaba a la cabecera de su lecho; no habían vivido y las cercaban ya las tinieblas eternas. Poco se necesitó para que una de ellas diese su ¡adiós! a cuanto amaba. Era la hermana del poeta. La otra..... el cielo la guardaba sin duda para que gustase toda pena, y conociese la desgracia que no tiene fin, por que vive todavía y es autora de unos versos que, como los de Pondal, durarán eternamente en su país, mientras aquí se hable y entienda la lengua de nuestros padres.

† Manuel Murguía.

La Coruña, 1886.

QUEIXUMES DOS PINOS

Il est beau pour un brave de tomber aux premiers rangs de la bataille et de mourir en défendant sa patrie.

TYRTÉE.

Duruy, *Histoire des Grecs.*

* * *

Pol-o baixo cantando,
O bóo bergantiñan,
Coa aguillada ao lombo,
E garboso ademan;
Que a Ponte-Ceso leva,
En noite de luar,
Grave o carro de táboas,
Anteposto quizáis;
Por cousas que n' esprica,
D' un fondo e vago afán;
Mil escuras suidades,
Ceibando os ecos vái;
E da pátria a pungente servidume,
Parece recordar.

Ao pé do castro verde,
Ben os mira ao pasar;
Que en masa escura e informe,
Ajuntados están,
E na nativa costa,
Os escuita fungar:
Parécelle que soan,
Intrépido compás,
Cuida que do combate,

Murmuran o siñal;
En escadron formados,
Cal gente de Breogan,
En falange de ferro ben tecida,
Que se apresta a luitar.

* * *

E pois eu aborrezo
Os vulgares propósitos;
E o fin do meu traballo,
Certo he non remoto;
Antes que a comun nai,
Recruba os meus despoxos,
Deixar de min quixéra,
Un radïoso lóstrego;
E morrer con honor como morréra,
Brásidas Valeroso.

Certo eu non me resigno,
Morrer cal quase todos;
Innobre, escuramente,
No leito vergonzoso;
Eu procurar quixéra,
Mais erguidos propósitos,
Que pl' o fortes, vencéran
O ferro riguroso;
En pró de algunha causa,
Que honrára os fastos nosos;
E morrer con honor como morréra,
Brásidas Valeroso.

Non, non está nos brandos
Regalos ocïosos,

Nin nas cousas muliebres,
Nin nos afectos mórbidos,
A meta escrarecida,
Do ánimo glorioso;
Mais sóo nas cousas fortes,
E nos férreos propósitos
E en caer con fragor como caéra,
Brásidas Valeroso.

* * *

Podés deter un pouco,
O valente soldado,
Que torna presuroso,
Por ver os eidos pátrios,
En demanda do ledo,
Rústico albergue caro;
E preguntárlle os trances
Do combate pasado:

Mais os maravillosos,
E vagabundos bardos,
Coma todo que trágue,
O seu tempo contado,
Non intentés detélos os sonorosos,
Que son aves de paso:

Podés deter un pouco,
No camiño apartado,
O nobre peregrino,
De longa barba, extraño;
Que ven de longes terras,
Do vento requeimado;
E preguntárlle as ánsias
Dos pasados traballos:

Mais aqueles que punza,
A fatal lei do canto,
Cal todo que no mundo,
Anda peregrinando;
Non intentés detél' os vagabundos,
Que son aves de paso.

Todo detér podedes,
Un pouco a voso lado;
Todo suspender póde,
O seu camiño vago;
Todo, o mais fugitivo,
Póde ter seu retardo;
As follas do outono,
As aréas do Oceáno:

Mais aos que atormenta,
Un extro soberano,
Coma todo que trágue,
O seu tempo contado,
Non intentés, non intentés detélos,
Que son aves de paso.

* * *

Muitas veces nos matos nativos,
No crepúsculo fusco e calado,
Se escuita das aves,
O rápido paso;
Das aves aquelas,
Do pico tamaño,
Que sóen retirarse
Dos rudos traballos,
D' escollos e prayas
Do fero Oceáno;
E van en ringleira,
Gritando e voando;
En demanda das illas Sisárgas,
Seu noto reparo.

Ah! quen fora como elas tan libre!
Cautivo do barro,
Con fonda tristura,
Dixérase o bardo,
Que soña antre as uces,
Co tempo pasado,
Que fora tan libre,
Fugindo do trato,

Falaz, inseguro,
Dos nécios humanos!
Quen poidera vivir coma elas,
Nas prayas e bancos,
Nos baixos e furnas,
Nas sirtes e fachos,
Nos seos esquivos
Dos feros peñascos!

* * *

Que barba non cuidada!
Que pálida color!
Que vestido que longa
Noncuranza afeóu!
Quezáis he algun malvado,
Quezais he algun ladron...
Miña madre valédeme,
Valédeme, por Dios;
Quezáis he algun minguado,
Que o juicio lle mancou;
Oh! que vista tan brava,
Chea d' espanto e dor!
Non sei se me dá medo,
Se me dá compasión;
Parece un pino leixado do vento,
Parece botado do mar de Niñons.

—Singela rapaceta,
Non me teñas temor;
Non son un vagamundo,
Non son ningun ladron:
Geroglífico ousado
Do limo soñador,
Vou, e ignoto á min mismo
Escuro enígma eu son;

Se quezáis estou tolo,
Estou tolo d' amor:
Por eso as boas gentes,
Pr' onde vagante vou,
Ao ver meu abandono,
Din con admiración:
Parece un pino leixado do vento,
Parece botado do mar de Niñons.

Pensamentos insómnes
Furbulenta ambición,
Propósitos de ferro,
O ánimo nobre ousou:
De mil suidades fondas,
O túrbido escadron,
Coma a Luzbel privára,
Do primeiro esplendor.
Son os bardos sapientes,
Que lei fatal lanzou,
Soñadores e vagos,
De sua condición:
Por eso eu á min mesmo,
Non me conozo, non;
E escraman os camiños
Mesmos por onde vou:
Parece un pino leixado do vento,
Parece botado do mar de Niñons.

* * *

Morrer en brando leito,
Entre molentes brondas,
Rodeados d' amigos,
Que o pracer nos recordan;
De tímidas doncelas,
Imbeles e chorosas,
Que pra mayor dozura,
Na nosa última hora,
Ao redor de nós ceiben,
Lirios e brandas rosas;
Certo he desparecer cal vírgen tímida,
Brandamente, e sin gloria.

Oh! quen morrer poidera,
Coma o forte Leónidas;
Envolto en duro ferro,
N' outras rudas Thermópilas!;
Por unha pátria escura.
D' escravos e de ilotas;
E deixar, cal cometa,
Longo rastro de gloria!
E caíra, non prono,
Coa faz a terra volta,

Mais as turmas conversa,
Audaz e miazosa;
Ainda apreixando o rutilante ferro,
Que verte gota á gota!

De modo, que o viandante,
Vendo con gran zozobra,
Crubir a dura terra,
A cinza poderosa,
Dixéra con espanto:—*Certamente*
Este era grande cousa!

* * *

Das africanas prayas veciñas,
Como costuman,
Retornarán,
As amabres e doces anduriñas;
E pol-o bardo,
Preguntarán.

Mais os curutos,
En donde os pinos
Queixárse sóen,
C' o vento soán,
Ja sabedores
Dos seus destinos,
Cal quen teme decir esquiva nova,
Nada dirán.

* * *

N' hai unha fonte,
Tan fresca e pura,
N' hai unha nube
Tan vaporosa,
N' hai unha estrela
Tan tembrorosa,
N' hai tan espléndido,
Rico color;
N' hai tan alegre
Velo luxoso,
Non hai nos cómaros
Tan leda alfombra,
Non hai palmeira de tanta sombra,
Ela he a vida
Do trovador.

N' hai un deserto
Tan abrasado,
N' hai un oásis
Tan delicioso,
N' hai chan adusto
Tan infrutoso,
N' hai grato horto
Tan seductor;

N' hai bebedizo
Tan feiticeiro,
N' hai unha pócima
Tan homicida,
Ela he o norte, ela he a vida,
Ela he a morte
Do trovador.

* * *

—De Camelle os baixos son,
Mui garridos ao mirar;
Nun día craro de inverno,
Cando o vento en calma está:
O pescador desde longe,
Con doce e secreto afan,
De bruzos sobre da proa.
Os está vendo branquear.

* * *

Oh! mazarico que cantas,
Trás do pinal do *Marico*,
Non sei que me dá, se te ouzo,
Non cantes máis, mazarico:

Cal fero cuitelo pasante e pungente,
Mesmo na alma te sinto!

* * *

Como a debesa follosa,
Sobre a nativa e cara costa de Recemel,
Que está na sua pendente,
Calada, sin se mover,
Dobrada a frente, sedenta,
D' agosto no ardente mes,
Esperando os doces aires,
Que a veñan estremecer,
E o bóo resío da noite,
Aguarda con nobre fé;

Tal a doce rapariga,
Que a lunazón primeira non conocío tal vez,
Pró con todo, sin ser nena,
Non he de todo muller,
Aguarda aquel que adiviña.
Anque non saba quen hé.

* * *

«Oh! terra de Bergantiños,
Roxa ao arar, nobre e testa;
Doce a vista desde longe,
Donde vin a lus primeira.
Cando era rapaza nova,
Casánome en terra alléa:
(Ainda meu pai n' acabara,
Ben catorce sementéiras.)
Cando de ti me leváno,
Tomei unha boa pena:
Fún chorando pl-o camiño,
D' unha terraxe estrangeira.
Se non te vexo cos ollos,
Bergantiños, boa terra,
Cos ollos do corazón,
Vexo as tuas doce veigas.

Ou terra de Bergantiños,
Ben te vexo desde longe,
Cos teus trigos e os teus pinos.

«Virge garrida, que tendes
Vosa capilla ben feita,
Onde fan seu niño as aïgas,
Sobre o alto de Ferreira,

E gozás da vosa altura,
E vedes á longa terra,
De Bergantiños tendida
No chán dos antigos celtas:
O fin, despois de ben tempo,
Volvo á ver na cume recia,
Cal branca pomba pousada,
A vosa casiña leda.
Fun rapaza, agora veño,
Non moza, aunque non son vella,
E dendes d' aquí contempro,
Os campos que a lus me déran.

Aquel he a Ponte Dona,
Zréo, Xaviña e Valencia,
Corcoésto e Santa Baya,
Todas, todas, boa terra:
A carballeira de Verdes,
Ben preto do rio he aquela;
Aquel he a torre de Trába,
Que desde longe branquéa;
Os verdes de Coristánco,
E os altos pinos de Bértoa;
E tí, castro antígo d' Oca,
Ben te conozo, antre a brétoma.

Ben te vexo, Bergantiños,
Desde ó alto de Ferreira,
Cos teus trigos e os teus pinos».

* * *

Meniña, rapaza nova,
Oh! rosa de Corcoésto;
Que te brandéas con grácia,
Aos doces sopros do vento:
S' he certo que por tí vivo
S' he certo que por tí peno;
Sé tan doce e dadivosa,
Como dín que és, he certo;
Cúrame, oh! rapariga,
Estas suidades que teño:
Estas suidades da alma,
De non sei qué, que padezo;
Ti tés dos meus males a doce manciña,
Oh! rosa de Corcoésto.

---

* * *

—Salvage val de *Brantóa*,
En terra de *Bergantiños*,
Oh! val, amado dos celtas,
E dos fungadores pinos:
Cando Gundar probe e' scuro,
Sea d' este mundo ido;
No teu seo silencioso,
Concédelle, val amigo,
Sepulcro a modo dos celtas,
Tan só de ti conocido.

Qu' hai tempo que n' este mundo,
Anda o bardo peregrino,
Deseando chegar ao cabo,
De un traballo escurecido;
E somente repousar,
Deséa do seu camiño.

N' hé a vellez a que causa
O fondo dolor que sinto;
Pois que son do tempo voso,
Carballos de *Carballido*:
Suidades de non sei qué,
Recordos quezáis do espírito,

De algunha perdida patria,
Ou de antigo ben perdido,
Nesta peregrinación
Miña, van sempre comigo;
E son os meus compañeiros,
No traballoso camiño,
Suspiros por non séi quén,
E por non séi qué suspiros.

Salvage val de *Brantóa*,
Pátria do forte *Cou-d'-Indo*,
Onde a garrida Rentar,
Trougo o paso fugitivo,
Os corzos, co curvo arco,
Animosa perseguindo;
Na tua soedá recebe,
Este bardo peregrino;
Oh! valle das vagas brétomas,
E dos rumorosos pinos.»

—Nobre Gundar, fillo de Ouco,
Fillo de Celt, de Rou fillo;
Oh! bardo dos negros ollos,
De nobre andar e garrido,
Escudo, de voz gemente,
D' un acento nnnca oído;
O rumor asomellante,
Do vento nos altos pinos:

Teus vagos e doces cantos,
Certo non desconocidos
Me son, e non veces poucas,
Os teño quezáis oído;

Ben no me acordo se agora,
Oh! quezáis en tempo antigo;
Mais cos oídos da alma,
Que cos corpóreos oídos.

Un bardo que tan ben canta,
Non debe temer o olvido;
Oh! cantor dos nobres celtas,
Os de corpos ben cumpridos,
Que na terra de Brigándsia,
Pola pátria sucumbino!

Esa indecisa inquietude,
Cando me vés, bardo amigo,
Suidades son d' unha pátria,
Que un día a alma perdío;
Son misteriosas lembranzas,
Do desterrado afrigido,
Que se acorda da sua terra,
En terra alléa cautivo;
E quer volver outra vez,
Aos pátrios eidos amigos.

Os bardos son nobre cousa
E grande, e non comprendidos
Soen asaz ser dos fillos
Dos homes, e duros casos
Muitos, proban os divinos.

Tan só tí, soedade agreste,
Asilo és dos bardos digno!

E pois que qués repousar,
No meu seo verdecido,
Repousarás, sin que turbe

Ningun rumor teus oídos;
Refrescando cas suas augas,
Tua frente, doce olvido;
(Non pra memoria dos homes,
Mais pra olvido de ti mismo;
Que he doce ao home olvidar.
O pesar e o ben perdido).
Antre as uces de *Brigándsia*,
Cabo do dólmen amigo,
Da fugitiva Rentar,
E do esforzado *Cou-d'-Indo*,
Filla do moreno Ourens,
E do nobre Lugar fillo.»

* * *

Penedos de Pasarela,
Cando vos vexo, penedos,
Suspiro d' amor por ela.

* * *

Eu non sei por que terra esquiva e dura,
Cal d' un decreto férreo lanzado;
Con un escuro lóstrego na frente,
Iba o sublime e vago.

El vai cal vai nubrado vagabundo,
Que empuxa impetüoso cerzo helado;
Cal vai en busca de mais doce crima,
Fugaz ave de paso.

Fillo d' un siglo rudo, que no tempo
Cumpre tan sóo dura epopeya, escura
Edá de ferro, él fuge do seu siglo
As sanguinosas luitas.

Paróuse o vago; e palidez sinestra,
D' improviso nubrou sua frente pura;
Lóbrega tempestá, nube sombría,
De mortales angustias.

E cái no ermo; e a nobre, ardida frente,
Q' o vento do deserto requeimóu,
Apoya o melancólico instrumento,
Amigo e soador.

Quezáis ¡ay! d' un homérico combate,
Caío cansado no deserto adusto;
Non d' outro modo cái n' ardente aréa,
Gladiador moribundo.

Non jace volto ao chan o vagoroso;
Mais como sempre o alto pensamento,
Buscára outra region, o rostro nobre
Ten ao ceo converso.

Non d' un home sin fama o sello escuro,
Na sua sublime faz, ostenta o vago;
Mais na grande ruïna, he somellante
A luceiro apagado.

E cruza acaso un home pasageiro,
E o sepulta, e pranto non lle nega;
Baixo a gigante sombra misteriosa,
D' antiga e alta selva.

* * *

Que o teu peito he menos branca,
Oh! nena, á neve que cróa,
Aló no més de Janeiro,
As úces do río Marzóa.

Úces da terra de Xallas,
Úces, deixádea pasar;
Ela he filla de Santiago,
Non' stá afeita a tratar.

Úces da ponte Aranton,
Non toqué-l-ós seus vestidos,
Q' eles para vos non son.

* * *

—Vamos, mi buena Rentar,
Deja una vez tus tristezas;
Estás ya convaleciente
De tu penosa dolencia;
Nada te falta; en la casa
De los condes de Sansueña,
Sobra todo, y te está hablando,
Quien hereda su nobleza:
Mi palacio es tu palacio,
Aquí el bienestar alberga;
No vieron nada los ojos
Mejor, ni a nadie recrean,
Como estas, ricas alfombras,
Donde se goza y se sueña,
Bajo estos techos habitan
La alegría y la riqueza;
Hay cuartelados blasones,
Y hay criados con librea,
Y hay coches donde tu sueles
Ser llevada a la carrera.....

De abandonar a Madrid,
Rentar, la idea desecha;
Y por tu dulce Galicia,
No trueques la mansión regia

Que habitas, donde te juro,
Ser tu amiga, no tu dueña.

Esa tu triste nostalgia,
Oh! quien distraer pudiera,
Y volverte la alegría.....

(El doctor, aparte y en voz baja).

—Preguntadla por su tierra.

—Pues bien, oh! Rentar, tu pueblo,
Cómo se llama, recuerdas?»

Al oir nombrar su patria,
Estremecióse la bella,
Cual si un repentino fuego,
Discurriera por sus venas;
Y sus labios animando,
Sonrisa dulce y serena,
Exclamó con entusiasmo,
A nueva vida despierta:

—O meu lugar he Gundar,
Cabo da veira da terra
De Xallas, mais coma Xallas,
N' he terra tan agre e estérea;
Préto da areosa Lage,
Non longe de Pasarela:
As suas casas son brancas,
E unhas pombas asomellan
Sobre un tarréo pousadas
No tempo da sementeira;
E cara ao sol cando nace,
Tén as ventanas ben feitas.

As suas augas son doces,
E diante tén unha veiga,
Que quen á contempra un pouco,
Suidades déixano e penas.
Alí deixéi ó que á alma,
Non recorda sin tristeza,
Os meus, é aquel que foi causa,
Da miña pena primeira.....

—Vamos, oh! dulce Rentar,
Tu triste llanto refrena.

—Ou terra de San Simon
De Nande, vizosa terra,
Morra eu primeiro sin vérte,
Antes que de ti me esqueza.

* * *

Paroleira anduriña,
Sobre o balcon pousada,
Singela viageira,
Chea de doce gracia;
Do rei Teréo esposa,
Triste da antiga mágoa:

Suspende, oh! vaga Prógne,
Tua quéixosa charla;
Non cantes mais, o pico
Cobixa baixo da ala;
E do teu longo canto,
Un pouquiño descansa.

Non turbes da formosa,
A sosegada cámara,
Coa tua canzón, que acaso,
Fala d' ardente Africa:
Oh! permite que durma,
Do amor fatigada,
Baixo dos ledos prégues,
Do pabellón de grana:

Non despértel' os ecos
Que repousan en calma,
—Pol-a espléndida e rica teitume,
Antre das follas anchas.

* * *

Adusto, solitario e silencioso
Está..., e a punta sin cesar branquéa;
E de duro combate e de sufrida
Derrota, sin cantor, n' esconde a afrenta:
Sombrío jace ó desolado e alto,
Quezáis na rota oprobïosa pensa.

Triste está o cabo; muy axado e escuro,
O rostro tén o denodado atleta;
O huracán co seu ardente sópro,
Arrebatóulle as indigentes breñas;
E na oculta do rayo vengativo,
Na altiva frente, eterna e negra fenda!

De Luzbel compañeiro na derrota,
Compre quezáis unha fatal condena.

Testigo de naufrágios e combates,
Pensa quezáis envolto nas suas brétomas,
Con pungentes recordos saudosos,
No resprandor da doce edá primeira;
Cando ao principio, cheo de hermosura,
Brotóu do seo mórbido da Terra,

¡Can demudado está de aqueles días
Da juventude, o denodado atleta!

Así nos' alma; cando as alegrías,
A sôen abandonar da edá primeira,
Axada pol-o vento impetüoso,
Das pesadumes e infortunios queda;
E o corazón tamen cando perdémos,
Aquela q' ó recordo he lava intensa!

* * *

—Rio *Langüelle*, rio *Langüelle*,
Ben se ve que es da montaña;
Oh! feo fillo das brétomas,
E das uces desleiradas.
Cando te vexo de longe,
Atravesando unha gandra,
Non sei se sinto suidades,
Se hé ó que sinto na alma;
Solo sei que estou de mais,
Donde me pôn mala cara,
Que en montañés, cortesía,
Está por demais buscála.

Oh! aires de *Troitosende*,
Terra, donde me eu criára;
Levade esta filla vosa,
Levai d' esta terra estraña!

Os rios da miña terra,
Non tên á cara tan brava,
Nin parece que a ninguén
Neguen unha sede de auga;
Nin teñen, en vez de frores,
Tan solamente uces altas.
C' o teu esquivo caraute,
E receosas miradas,

Pareces, *Langüelle*, un lobo,
Que, por non ver gente, escapa.
As tuas ribeiras son
Ben soas e ben escravas;
Donde no medio do vrán,
Só se vé pousada a garza:

Rio *Langüelle*, rio *Langüelle*,
Ben se vé que és da montaña;
Ou feo fillo das brétomas,
E das uces desleiradas!

* * *

Ibas gozando no meu tormento,
Ibas fugindo,
Por medo a min;
Levóuche a faldra curioso o vento.....
Vállame os ceos,
Ay o que eu vin!

Déndesd' aquela, sempre sofrindo,
O doce sono,
Non conocin;
Se durmo, en soños, estou decindo:
—Vállame os ceos,
Ay o que eu vin!

Espera un pouco, doce enemiga,
Se non qués que esto,
Salla de min;
Se a todos crúa, nón qués que diga:
—Vállame os ceos,
Ay o que eu vin!

* * *

Cando as doce anduriñas,
Baixo un aleiro pousadas,
Descansan do seu camiño,
En busca da ardente Africa;
As amantes viageiras,
Co pico baixo da ala,
N' aquel garrido silencio,
En qué pensan?—Na sua pátria.

Cando eu era estudïante,
E ao doce albergue tornaba,
Lento cruzando a cabalo,
A fea terra de Xallas:

Ao atravesar silencioso,
As soas é esquivas gandras,
As rendas abandonando,
O impulso das vagas auras,
Pola agreste soedade,
Pensativo camiñaba.

En que iba pensando estonces,
Decide, ventos de Xallas?

—Sempre iba pensando néla,
N' aquela doce rapaza,
Que era filla de Santiago,
Branca, garrida é fidalga.

* * *

Ten o seu punto,
A fresca rosa,
De ser collida,
A encantadora:
Cando inda tímida,
Sua testa asoma,
Quase escondida,
Na verde roupa,
Non dice nada,
Por vergonzosa:

Mais cando apenas,
Mostra as suas follas,
Está decindo:
—*Agora, agora.*

Cando ceibando,
Todas suas follas,
Desnudo o seo,
Mostra orgullosa;
Chégase tarde,
A calquer hora,

Por que os ventetes,
Que a namoran,
Já lle roubaron,
Seu doce aroma.

Mais cando apenas,
Mostra as suas follas,
Está decindo:
—*Agora, agora.*

* * *

Dous rapaces, non sei onde,
Ben non me podo acordar;
Do vento mouros, garridos,
De tenro corpo lanzal,
Cal dous follentes brabádigos,
Da terra de Breogan;
N' un sitio vougo, areoso,
Se puxeron a cantar:

Decide, ventos da *Cróa*,
O que oíches sin tardar:

—D' unha lancha a branca vela,
Da negra altura ao tornar,
Parece, toda encurvada,
Da virazon xorogal,
Unha ala d' unha gaivóta,
Que mais alta que outra vai.
¡Que garrida he á branca vela,
Cando se vé bandear!.....

De bolina, tesa á escota,
Que os ventos subïar fan,
O courel debaixo da agua.....
Que gusto véla avanzar!

Que garrida vay á lancha,
Ca espuma que ó redor fai...
Que dicha hé ser pescador,
Que ten por seu todo ó mar!

—Os *Casás* están ben sós,
Sempre calados están,
E tan sós que o seu silencio,
Solo o soen perturbar,
Algún corvo, ou vaga gralla,
Que alí se pousan quezáis:

Son vougos, sin gente, mouros,
Só de longe ven ó mar;
Son ermos, e non ten verdes,
E están, cara ao vendabal,
O pé do monte da *Cróa*,
N-un regueiro que ali fai
A aréa que move o vento,
E á duira que soe baixar,
N' aquel tempo en que ao lume,
Hé doce quentál-as mans.

Nos *Casás* estáse ben,
O home alí seguro está,
Sin que ningunha triganza,
Seu peito veña á turbar.
De longe, ben prontamente,
Se conocen os *Casás*,
No arëoso regueiro,
Por uns valados que hai,
Que cal mallas de un tramallo,
Entretecidos están.

He certo que un pouco esquivos
Son de caris, he verdá;

Din que son un pouco mouros,
E hastra vougos por demais;
He certo, mais son alegres,
Pra quen os sabe mirar;
Os *Casás* están ben sós,
Só de longe ven o mar.

—Cadiz, hé unha vila grande,
E garrida sin igual;
Conocida en todo o mundo,
Por linda, e reina do mar:
A das brancas azotéas,
A fada de leve van,
A dos lindos miradores,
A do gracioso mirar;
A saüdosa, a gentil,
Maravillosa e lanzal.

Cando á ven os mariñeiros,
Desde longe branquear,
Quedan un pouco calados,
Ao ver un encanto tal.

Alí o home que vai novo,
Mil praceres gozóu ja,
E da vellez non probou,
O noxoso e grave mal.

—Basilveiro hé verde e fresco,
Non he vila nin lugar;
Alí non hai diversions,
Alí palacios non hai;
Mais probe e todo como hé,
Non me deixa d' agradar.

Ten unhas augas correntes,
Que escuitálas genio dá;
E diante uns prados vizosos,
Con uns cantos aveláns,
Que soen fungar co vento,
Con un garrido compás.

Alí ó home sen cuidados,
Os seus días trague en paz;
E de vello vai coas cabras,
Como fixo de rapás.

* * *

Ao abrigo de vento círcio,
Sentada ao pé dos valados
Que hai nos *Casás* de Nemiña
Os cabelos pieitando,
C' un lindo pieite d' ouro,
Que deslumbraba ó mirálo;
Cantaba á fada Rouriz,
Cousas do tempo pasado:

Eran Manoel Leis e Baña,
Barrentos, Lastres e os Paz,
Eran Piñeiro e Leis Busto,
Ruiz, Canosa e Currás,
Arxomil, o da Redonda,
(Nunca se m' esquencerán)
Pedro Rodriguez, Ocampo,
Lourenzo, e Castro Romai,
Francisco de Castiñeira,
Cristoho, morto en agraz,
Mauro Fernandez, Menecho,
Manoel Romero e Pon... al.»

Esta parte do seu canto,
Ben non se poido escoitar:

(Sopraba ó aire muy recio,
Nos valados dos *Casás*)
E, cal son de doce corda,
O longe foi espirar.

«Lastres, era de Mugía,
A areósa, a seca, a triste:
Leis, era de Suxo, e Ocampo,
Da terra de Villarmide:
Leis Busto, de Coucieiro:
Barrentos, de Morpeguite;
De Corcubion os outros,
Non eran fora dos lindes:
Os outros, oh! Bergantiña,
Todos tí nacél-os viches.

Estes foran os rapaces,
Que nunca me sabirán
Da memoria, porque un tempo,
Soían ben alegrar,
Estes lugares que agora,
Mui sós é tristes están.

¡Ou rapacetes rebertes,
De tenro corpo lazal;
E tan libres, como os corvos,
Do facho de Touriñan!

Nas clunas do meu palacio,
Que baixo da terra está,
Os vosos nomes garridos,
Para sempre hei de grabar.»

* * *

Oh! quen poidera,
Pillárte soa,
No seo amigo,
De escura cova!
E como edra,
Que cenguidora,
Branca coluna,
Premente enrosca;
Cos brazos dárche,
Mil tenras voltas;
Decirche ao oido,
Mil terras cousas;
E o término atopar da esquiva ruta,
En breve hora!

* * *

—Oh! mozos, que camiñantes,
Por ese camiño ídes;
Vinde abrigárvos un pouco,
Se he que mollados vindes.
Teño bóo viño e rosquillas
De Ceréo é Rececinde;
Teño unha pérfia d' á neto
Mais comprida no-na viches;
Tomá; probádemo un pouco,
E logo sin pagar íde.

—O viño he bóo certamente,
Mais, millor he quen o mide;
Que he tan doce é tan garrida,
Como as rosas de Frexilde.

—O voso vestir, oh! mozos,
Anque compañeiros ides
De viage, dí que en terra
Ben diferente naciches.
Tí, do sombreiro de palla,
Ou mozo de cara triste;

Do chaleque de lán branca,
Calzon de lán moura firme,
Tán aberto pol-os lados,
Que mais calzoncillos pide:
Anque he moito preguntar,
De donde és has de decírme.

—Son montañés, non'-o nego,
De terra ben soa e triste;
Son de Xallas, nai das uces,
Se algunha vez de ela oíches.

—Tí, da chaqueta vermella
Tua terra ditosa dime:

—O meu vestir ben o dí,
A todos que ben me miren:
Do alegre chan da Mariña,
E doce terra de Bribes.

* * *

«Oh! Castro de Remesende,
Que te tés por tan fidalgo,
Pois din que dos teus mayores,
Os reís amparo buscáno:
Do castro de Remesende,
Señor, por un pleito herdado;
E do castelo que s' ergue
Sobre dél, ben adornado,
Cos seus adárves e torres,
Todo ao redor almeados:
Oh! Castro, ben se conoce,
Que naceches desleïrado,
Entre soldados e muros,
E calabozos e escravos!»

Así decía Hermesinda
De Barcala, ao desleirado;
(Que do solar de seus páis,
Preto pasaba á cabalo)
Limpando as bágoas garridas,
Con un lindo pano branco.

---

* * *

En turbia noche de invierno,
La luna su rayo tímido
Lanza acaso-, y centellean
Los bellos cascos bruñidos,
De Cairbar y Gundariz,
«Os de corpo ben comprido,»
Que a Tura, ciudad de Ullin,
Estaban poniendo sitio.

Los dos héroes esforzados,
Semejan dos altos pinos,
Que están en pendiente inculta,
Por niebla medio escondidos.

Los guerreros de Cairbar,
Del comun sufrir rendidos,
Yacen en profundo sueño,
En brazos del dulce olvido.

Mas los nobles extranjeros,
En silencio, no dormidos,
Sus recuerdos en secreto,
Envían al patrio nido;
Y ven pasar a sus ojos,
Los dulces campos nativos.

Con un acento armonioso,
Al murmullo parecido,
De las olas, en las rocas
De la costa de Barizo;
Cuando los vientos reposan,
En bella noche de estío,
Dijo Cairbar:

—«Gundariz,
De origen esclarecido;
Oh nieto de Gondomil,
Y del noble Curban, hijo;
Ora que nuestros aceros,
Al ocio están convertidos,
Y que la dormida tierra,
Envuelve un silencio amigo;
Oh! cuéntanos de tu patria,
Los recuerdos que ya han sido:
Un extranjero relato,
Es tan grato a mis oídos,
Como de acorde instrumento,
El melodioso gemido.»

Y Gundariz el prudente,
En estas palabras dijo,
Con una voz dulce y suave,
Y misterioso ruído;
Cual en las tardes de invierno,
El lamentar indeciso,
Del viento en las hojas secas,
De los robles de Lourido:

—Cairbar, de noble estatura,
Como esbelto y alto pino,
De la *gandra*, y solo en esto,
A Gundariz parecido:

Los acentos de mi patria,
Son tristes y fugitivos;
De tal modo, que si acaso,
Los oye el atento espíritu,
Suelen dejar melancólico,
Al mortal que los ha oído.

—Toimil, toma a tua arpa,
Oh! bardo do nobre andar,
De ollos negros como a ala
Do corvo do cabo Ougal,
Os suidosos recordos,
Canta da doce Finian.

—«Esplendor dos vellos tempos,
Cal recoso estrelar,
Dos vagos dias que fóno,
E que já uon volverán:
Da miña escura memoria,
Ven á brétoma alumear.

Os nobres fillos dos celtas,
Hélle doce recordar,
Os eidos da doce pátria,
Cando en terra allea están.

Amado dos nobres celtas,
Vello pinal de Froxán;
Os teus arbres, já encurvados,
O vento fai rebramar;
E ao musgo que os cubría,
Roto, ao lonxe caer vai.
En fria tarde de inverno,
He doce ao celta escoitar,

Apoyado na sua lanza,
Como funga o huracan,
Nas tuas ramas antigas,
Que á ráfaga encurvar fai.

Os teus pinos desde longe,
Na pendente de Brumar,
Son parecidos aos celtas,
Que en orden de guerra están.

Da pasada mocedade,
Can diferente ora estás...
Os verdes anos primeiros,
Fogen como o vento soán,
Do esquivo cabo Nariga,
Antre o espeso matorral.
O alegre corno dos celtas,
Ora non fai resoar,
A tua sombria bóveda,
Chea de nobre beldá.

Agora ao redor de tí,
Reina olvido e soedá,
E un silencio que tan sóo,
Soe as veces perturbar,
Algunha pola que estala,
Se o vento sopra quezáis.
O cervo salvage entonces,
Que no escuro mato está,
Amedrentado levanta,
En vigilante ademán,
A alta e gentil cornamenta
E pónse atento á escoitar,
Tua salvage armonía,

C' un doce e secreto afan:
E ao seu sobresalto esquece,
Pol-o teu doce fungar.

Un regueiro impetüoso,
Que entre espesos matos cai,
A cabo de ti rebrama,
C' unha triste voz lanzal.
¡Regueiro de Belouride!
Os dias da verde edá,
Cas tuas augas pasáno,
E outra ves non volverán!

Amado dos nobres celtas,
Vello pinar de Froxán,
Os nosos antepasados,
Compañeiros da tua edá,
Non longe de ti repousan,
Mais nunca despertarán,
E os seus sepulcros antigos,
Alumbra o branco luar.»

—Gundariz, (dijo Cairbar)
Entre mil el distinguido,
Oh! nieto de Gondomil,
Y del noble Curban hijo:
Los acentos de tus bardos,
No sé donde los he oído;
Vuestra patria es una patria
Cuya hermosa faz he visto;
Y me traen remembranzas,
De otros tiempos que ya han sido;
No sé como, ni sé donde,
Mas cuyas notas percibo.

Dijo; y Gundariz el fuerte.
De recuerdos conmovido;
Por disimular el llanto,
Que al ojo asomó furtivo;
Con la visera del casco,
Cubrió su rostro divino.

* * *

Engañosa Morpeguite,
Fada do doce mirar;
Filla ligeira da brétoma,
De corpo leve e lanzal;
Presurosa compañeira,
Da virazon da miñan:
Lévenme os demos, s' agora
M' has de volver a escapar;
Nin outra vez, como anguía,
Te m' has d' escorrer das mans.

—Mira, estáte quedo Mouco,
Mouco non me fagas mal;
Se me soltas che prometo,
Me obrigo de che contár,
Quen repousa na *Arca d' Ogas*,
Desde a nosa antiga edá;
Non me préndal-a faldra de brétoma,
Déixame, Mouco, vagar.

—Fora léria... As tuas mentiras,
Cansado estou d' escuitar;
En tí curaréi a forza,
As suidades d' aquel mal,

Que deixas na alma, cando,
Correndo soes pasar.
Hei de fartárme de tí.
Cho juro por miña nai;
Coma' un oso que atopa famento,
De mel un doce panal.

* * *

Correndo fui o arume,
A hora en que cantan as rás;
Soiña e leda, aos pinales
De Morás.

Volvío descabelada,
Decaida e sin solás;
Era noite, sós os pinos,
De Morás.

Desde entonces tornóu alba,
Algo estantía quezáis;
Que lle pasára, pinales,
De Morás...

* * *

A hora en que o doce luceiro,
Coménzase de fundir;
As ben cornudas cabras montesías,
Levando diante de sí,
O pastor celta Temunde,
Volvía o doce redil;
Sóo, cantando pol-a gandra
De Xallas, d' uces nutriz;
E estremecendo a vaga soedade,
Seu cantar decía así:

—*Arca* antiga da *Pïosa*,
O vento que he triste oir,
Funga nas esquivas uces,
Que están ao redor de tí;
E pasa entre elas bruando,
Con un dorido gemir:
Debaixo das tuas antes,
Está o valente Brandomil;
Non no olvido, mais nos brazos
Do eterno e doce dormir:
Ten ao seu lado dereito,
O elmo dourado e gentil,

O escudo, e a dura lanza
Onde o sol, soía ferir;
E con pracer os celtas contempraban,
De Xallas no ermo confin.

Oh! valente fillo d' Ogas,
E da doce e nobre Eiriz;
Para sempre quedará,
Longa memoria de tí:
E cando o fillo dos celtas,
No tempo que está por vir,
Pensativo camiñante,
Pase quezáis por aquí;
Cando no tempo en que gia,
Se vexa a lua lucir,
Dirá ao verte desde longe:
—*O valente Brandomil,*
Saído da gentil e boa raza
Dos celtas, repousa alí.

* * *

Esquiva rapaceta,
Coma do toxo a fror,
Tan pura coma as frescas
Augas de Riobóo;
(Rio de Bergantiños,
Gentil e soador,
Cando da Bayabosa,
Sae con rouco son,
Antre miudos seixos,
De branca e leda cor,
Buscando o brando seo,
Do seu mayor o Anllons)
D' onde tiráche, nena,
Tan dura condicion?
Non negues, non, meniña,
O que pra dárse, dou;
Cata ben que ofendido,
Non te castigue Amor:
O trigo he para a fouce aguzada,
O érbedo verde ten sua zazon.

Chégase o doce figo.
Pol-o seu tempo bóo,
Baixo a materna fólla,
De prácido verdor;

E de aquel que ten fame,
En fugir non pensóu;
E ben furtárse deixa,
Do natural ladron:
A mazán no seu árbre,
Soña co un furtador:
Non fuxas, rapaceta,
Tenros abrazos, non;
Non negues de natura
O que pra dárse dou;
Non evites esquiva,
As doces leis de amor:
O trigo he para a fouce aguzada,
O érbedo verde ten sua zazon.

Non foge a vaga poldra,
Que da ponte Aranton,
Pace na esquiva gandra,
O novo toxo mol;
Cando de longe sente,
A penetrante voz,
(Que lle chega hastr' os osos)
Do seu doce amador;
E espera a quen a busca,
Pero non foge, non;
Nin nega o que natura
Pra non negárse, dou,
Mas ao jugo se rende,
Do caro vencedor:
Negar he cruéza,
Ceder e razon:
O trigo e para a fouce aguzada,
O érbedo verde ten sua zazon.

* * *

Cando no escarpado cabo,
Sae a fror da caramiña
Ao cazador anunciando,
A leda estación garrida;
Cando da doce Suevia,
As doce prayas amigas,
En novelo gentil ajuntadas,
Chegan as ligeiras píllaras;

Entonces dó bardo o espírito,
Que soña antre as uces hirtas;
No formoso instrumento apoyado,
En donde o vento suspira;

Mentras os fillos dos celtas,
Cumpren serva e innobre vida;
Entonces o espíritu invade do bardo,
Escura melancolía.

* * *

Á sombra tecida,
D' espeso zreixal,
Mui ledo e folloso,
No tempo do vran;
En donde se sente,
Un doce solás,
Se o vento antre as follas,
Asopra quezáis;
(Tan ledo, que sempre
Frescura alí hai);

A garrida *Ousinde*,
Alegre sin par,
Rapaceta nova,
De tan curta edá,
Que segas catorce,
Non pode contar;
Aos niños andando,
Co o deño de Jan,
Dille éste a meniña,
Co un doce mirar,
De pillo raposo:
¡Que de zreixas hai,
¡Que lindas, vermellas,

E ledas están!
Agora he o tempo
Das zreixas pillar.
E dixolle rindo,
A tenra beldá;
—Pois sube abranguélas,
Se che gusto dan.
—Non podo, estou coxo,
Non podo aganchar,
Subir ti puderas,
Que estás muy ben san,
Ligeira e gordecha,
Como un pas-pallás,
E tés uns cachetes,
Como unhas mazans.
—Eu subo, pró mira,
Non has de mirar...
E Jan lle contesta;
—Corrente, ben 'sta;
E logo o gran pillo,
Tumbóouse no chan.

Ja sobe a meniña,
Ligeira sin par,
Ja toca a espesura
Do alto zreixal;
E cando mais leda,
Na faena está,
Collendo cereixas,
C' un doce cantar,
C' os ollos lagartos,
O deño de Jan,
Non sei para donde,
Se puxo a mirar.

Mais cólleo a rapaza,
No furto desleal,
E póndose acesa,
Como unha mazan,
Chorando e sorrindo,
Con grácia sin par,
Lle dí incomodada:
—Táte quedo, Jan,
Non... pois ten juicio,
Pois n' has de mirar:
Mira, eso non serve,
Pois eso non val.

—Pois vaya, non miro,
Lle dixo o rapás
Con sorna...
—Pois júroo,
Que non has de mirar...
—Bofellas o juro,
Plo santo San Joan...
—Mentira, pois tapa
Os ollos cas mans.
E por compracéla,
Aquel taleigan,
Tapou obedente,
Os ollos cas mans.

As zreixas a nena,
Volvía a pillar,
Apartando as follas,
Co' a pequena man;
Mais, sin que ela o vise,
O diaño rapás,
Entrabrindo os dedos,
D' entrambas as mans,

Astuto, as furtadas,
Volvío á mirar.

Mais ela conlléndoo,
No furto desleal,
Lle dixo poñéndose,
Acesa ainda mais,
E linda, que as zreixas,
Que tiña na man;
E c' unha carraxe,
Donosa en verdá,
(Acaso deveras,
Fingido quezáis.)
—Faltácbe á palabra...
Táte quedo, Jan,
Non... pois ten juicio,
Non bas de mirar...
Mira, eso non serve,
Pois eso non val.
E toda asañada,
Baixóu do zreixal.

* * *

Castaños de *Dormeá*,
Os de corpo ben comprido,
De graciosa estatura,
Dobrados e ben seguidos:
Oh! castaños, somellantes
Aos celtas nosos antigos;
A quen as edras demostran
Amor, con abrazo amigo:
Os arrebatados ventos,
Do més bretumoso e frio
De Janeiro, entre vos fungan,
Dando doentes suspiros:
E o musgo dos vosos gallos,
Ermos e desgornecidos,
Ao impulso das duras ráfagas,
Vai longe caér rompido.

Cando juntos nos criámos,
Era outro tempo, e o recinto
Da vosa inda curta sombra,
N' era grande; que meniño
Daba eu tanta coma vos,
No doce prado nativo.

Por fin, na nosa velléz,
Despois do bó tempo ido,
Juntos volvémos a vernos;
Mais con difrente destino.
Pois o embalsamado sopro,
Do temprado e novo estío,
Ás vosas erguidas frentes,
Volverá, doce e garrido,
Coa verde e leda pompa,
O nobre esplendor perdido.
Mais â cabeza do bardo,
De pesar escurecido,
Coa alegre primavera,
Non volve o verdor antigo;
Nin retorna ao corazon,
O doce amor que foi ido.»

—Así decía Lugar,
Entre mil o distinguido;
Que despois de longa ausencia,
Ao eido volvío nativo:
Mais con todo, anque era forte,
Ao ver o seu niño antigo,
Nubróuselle á frente, e os ollos
Récias bágoas lle crobiron.

* * *

—Un lindo zagalexo,
Prométesme, señor;
Tan lindo, que mirálo
Será unha perdición;
Algo curto, ben feito,
De roxa, leda cor,
Con gorchetes de prata,
No estreito cinturon;
Que cando os aires viren
A folla ao catasol,
Fará garridos prégues,
De min o rededor.

Ese zagalexo,
Certo será bóo;
Pró non digo tanto,
Da tua intencion:

O teu zagalexo,
Non ch' o quero, non.

Collíome no prado,
Viña de cazador,
Mil palabras ardentes,
No oído me sopróu;

Díxome que era linda,
C' un aire burlador,
E díxome que tiña
Corpo robusto e bóo,
Brazos firmes, redondos,
Seo comprido e mol,
¡Arrenégote demo,
Que cousas m' alí armóu!

¡Cousas que m' él dixo,
Con melosa voz!
Eu non sei que faga,
Se ch' o créa ou non.

O teu zagalexo,
Non ch' o quero, non.

Fúnlle pedir á vírge
Da Consolación,
Que do peito me tire,
Sua meiga voz:
Cando me atopo soa,
N' un sitio tentador,
Teño medo, e n' esprico
Por que turbada estou;
Fugir quero e non podo,
De un estraño temor...

Miña Virgen Santa,
Pois que tola estou,
Tírame do peito,
Esta turbación.

O teu zagalexo,
Non ch' o quero, uon.

---

* * *

A hora en que a luz do luceiro,
Sobre o cabo loce tímida;
E á negra furna pïando,
Recóllense as breves píllaras;
A hora en que o raposo vagamundo,
Sae da sua manida;
E â caza d' escarabellos,
Vai pol-a ruda marina;

A aquela hora en que a campana,
De humilde porto dorida;
Ao rudo pescador que ven d' altura,
Fai decir: *Ave María;*

Entonces o triste bardo,
Que soña antre as uces hirtas,
Na gentil arpa apoyado,
En donde o vento suspira;
Entóncel-o bardo, cal vago fantásma,
Visita a melancolía.

* * *

Agora, meu corazon,
Agora po-la noitiña,
Po-la miñanciña, non.

Ninguén nos pode estorbar...
Hé ben soparada e soa,
Esta gandra de Gundar.

———

* * *

Despois do duro combate,
Que o nobre celta Folgar,
Contra do esquivo romano,
Librôu de Xallas no chan;
En que tantos esforzados,
Perdéno a luz xogoral,
No medio da esquiva gandra,
Asomellante ao estrelar,
Que se apaga receoso,
Do monte Meda detrás;
Morría a linda Maroñas,
De unha ferida mortal
No branco peito, cal rosa
Cortada do vento soán.

Maroñas, vírgen intrépida,
De magestüoso andar;
A cual os brandos adornos,
Desdeñóu da tenra edá;
E do escudo, e grave yelmo,
Cenguío o corpo lanzal:
E dende os mais tenros anos,
Se compracía en dobrar
O arco, seguindo os corzos,
Da gandra no esquivo chan.

Das fillas dos nobres celtas,
A mais valente, en verdá;
Quixo éla do seu amado,
Ao seu lado peleár,
Sin que rogos a fixésen
Ceder, nin volver atrás.

Mil veces o curvo arco,
Brandéra con forza tal,
Que muitos a luz garrida
Do dia, non víran mais;
Cando unha frecha arribando,
Unha dura frecha audaz,
Cravóuse no branco peito,
Onde amor soe aniñar;
E caío cal tenro pino,
Das uces no escuro val.

Mais antes que dése o esprito,
O arco ainda firme na man,
Esto dixo á Margaride,
Bardo da voz sin igual:

—Doce e tenro Margaride,
Do gracïoso mirar;
A quen inda a dura lanza,
Non encallecío as mans;
Tan garrido e brando, como
O doce toxo molar,
Que crece na escura gandra,
No seu tempo xogoral;
Oh! Margaride, a tua arpa
Héme muy doce escuitar...»

Dixo a valente Maroñas;
Con voz á do vento soan

Parecida, cando sopra
Por entre as uces quezáis:

E esto dixo Margaride,
Bardo da voz sin igual:

—Maroñas, boa Maroñas,
Oh! vírgen do seo albar,
Como a escuma das *Basontas*,
Cando sinten tempestá;
Tan lixeira como os corzos,
Que fóxen no carballal;
Cal pino da costa de Uces,
De esbelto e dereito van;
A valente antre os valentes,
A quen ben armas lle están:
Teus tristes presentimentos,
He de razon olvidar;
Mais o son da miña arpa,
Se che prace, escuitarás.»

E así cantou Margaride,
Bardo da voz singular:

—A fror garrida da gandra,
Que no doce mato está,
No seu tallo randeándose,
Ao sopro do vento soán,
Ao abrigo das birtas uces,
Mais a sua tenra edá,
Que da tollente giada,
Acougo doce lle dan,
¡Ditosa éla, se inda nova,
Cando inda apuntando está
Do abrocho, unha doce causa
A corta amiga en agraz,

Antes que vellez escura,
Ou lodo a veña á manchar!...

Dixo; e ao son das doce cordas,
Maroñas perdendo vai,
A doce cor, e quedóu
Como apagado estrelar;
Sin luz, e descolorida,
De Xallas no esquivo chan.

E Margaride, antre as uces,
Erguida tumba lle dá,
A modo dos nobres celtas,
C' unhas antas por sinal;
Para que fósen memoria
Doce da futura edá.

Desde entonces, oh! Maroñas,
De Xallas probe lugar:
Tomáche o nome garrido,
Da valente sin rival;
Pois no teu escuro eido,
Maroñas descansa en paz.

* * *

Os pinos fan doce son;
N' esta doce soedade,
Apértase o corazon.

Non te poñas a tembrar,
Meniña, non teñas medo,
Que ninguén te quer matar...

* * *

«Rei dos castros, castro forte,
Garrido castro Nemenzo,
O das uces montesias,
E dos carballos cerqueiros:
O da boa parecenza,
O dos altos parapetos,
Cheos de frores no vran,
E esquivas uces no inverno,
O dos fosos ben compridos.
E ben fondos e ben feitos,
Das rámpras en caracól,
E camiños encubertos,
Doce a vista desde longe,
Castro boó, castro compreto,
Oh! castro, amigo dos celtas,
Antre os castros o primeiro:!

Como un celta forte e armado,
Desde longe te contempro,
Co teu escudo embrazado,
Con que deféndel-o peito,
Eu non sei por qué, na alma,
O que sinto non comprendo,
Cal vírgen que o seu amado,
Mira c' un placer secreto.

Así a tua formosura,
Respete o futuro tempo,
E na tua nobre frente,
Conserves o nobre sello,
Que he propio tan só dos fortes,
Que ao tempo non se rendeno:
E seas doce lembranza,
Dos dias que feneceron,
D' aqueles qué inda virán,
A povoar noso eido,
E pasado tempo antigo,
Chamarán ao noso tempo.»

Tal ao son da arpa gemente,
Cantaba a doce *Meymendos*,
Filla do boo Contemunde,
Entre os fortes o primeiro:
Que do eido do seus mayores,
No *Támara*, estaba vendo,
O grande castro garrido,
N-un dia escuro d' inverno,
En que as uces montesías,
Se domeaban co vento;
E a voz da doce meniña,
Íbase ao longe perdendo.

* * *

Aquela miña leda compañeira,
Presurosa e lanzal;
Aquela doce meiga,
Gracïosa e sin par;
Que sempre me seguía,
Pol-a agreste soedá;
Que se eu corría, corría;
Se eu paraba de andar,
Tamén ela paraba
O seu paso fugaz:
A roupa curta e leda,
Das cores da mañan;
C' unhas alas garridas,
Como a fada *Baltar*,
Unhas leves sandálias
Nos pés, que envidia dán
A neve, c' unhas cintas
Que desde o calcañal,
As pernas, como a Dáfne, lle tecían,
Con gracia singular:
Todo leve, impalpabre,
Para millor andar...

(8)

Pl' a sua donosura,
Conocél-a quezáis?
Víchela por acaso,
Presurosa cruzar,
Por antr' as vosas uces,
Oh!, *brañas d' Armeár...?*

---

* * *

Boandanza, saúde,
Raza de *Breogán*,
Teus groriosos destinos,
Certo de doce agoirar:
Raza nobre, anque ruda,
Forte no soportar;
A de boa estatura,
E de corpo lanzal:
Asomellante aos pinos,
Ben compridos que están,
Sobre a materna, rápida pendente,
Do monte de *Brumar*.

Raza, que antigamente,
Ben soía levar,
A brillante armadura,
De fúlgido metal;
E o arco curvo e forte,
Muy récio de dobrar;
E o casco que ceibaba
Un resprandor igual,
A aquel que ceiba trás do oscuro monte,
A estrella da mañan.

Antre as espesas brétomas
Do tempo que foi ja;
E nos dias ditosos
Que inda o mundo virán;
Oh! cantas cousas nobres
Vexo, que comprirá,
A estirpe generosa
Que no céltico chan,
Fende o molente seo
Da boa terra natal;
E aquela que emigrante,
Deixa o nativo clan;
Como soen as píllaras
Do noso litoral,
Garridas vagamundas,
Cando en bandadas van,
Rasando as ledas prayas,
Co presuroso afán;
En tecidas campañas sonorosas,
Virándose ao voár.

Os teus fillos sin conto,
Certo en número igual
As aréas da ruda
Praya de *Barrañan*,
Que dispersos povóan,
Con forte vaguéar,
A espaciosa *Colómbia*,
A da forma longal,
Que sobérbia se estende
De un a outro mar,
Coma inmensa baléa,
De corpo colosal,
Que despois de naufragio,
Sobre da praya está;

Desde os salvages *toldos*,
De mudábre acampar;
Hastra os ingentes cornos
Do rápido Uruguay;
Desde a illa que he erma
E nota as pérlas fan;
Hastra o frio *gandreiro*,
Onde os Andes sôn 'star,
Como negros ferreiros,
Que en fera rolda están;
E cos rudos martelos,
O val fan resoar;
Forxando nas suas negras e altas covas,
O precioso metal;
O lazo récio e forte
E garrido serán,
Que os fillos reconcilien,
Coa antiga e comun nai;
E os bós pobos ibéricos
Dispersos, juntarán.

Cal vario e radïoso,
De monte a monte está,
O ledo e curvo iris,
Sobre de verde val;
E seus formosos cornos,
Soe ufano amostrar,
Aos fillos da terra,
Profético sinal;
Tal tí, nobre e comprida,
Boa raza lanzal,
Nos dias da futura,
Boa edade serás,
Atamento garrido,
Forte nó sin rival,

Ponte de ledos arcos,
Que he doce contemprar;
E os bós fillos do *Luso*,
E os fortes irmans,
N-un só nó, fortemente,
Os dous constringirás;
¡Tal he a somellanza sonorosa
Do garrido falar!

Sí... dos fillos do *Luso*,
Que apartados están,
Por real estulticia
Da groriosa nai;
O pastor, bóo e forte,
Algun dia serás,
Que a tribu vagorosa,
Ao deixado clan,
O descarriado gando,
Que agora errando está,
Ao redil antigo,
Gloriosa volverás.

E aquela nobre pléyade,
De fortes no loitar,
Que a constancia heredaran,
Dos bóos e fortes páis;
E nos férreos propósitos,
Non consenten rival:
Que levan no sembrante,
A palidéz lanzal,
Do turbulento insómnio,
E do rudo pensar:
Soldados valerosos,
De afanoso ideal,
Somellantes á aqueles

Que con ousado afan,
Na ruda *Zernagora*,
De fortes, forte nái,
Amostrar fan as presurosas prantas,
A caterva de Agar.

Estes a terra verde,
Do olvido tirarán;
E os cativos ultráges
Do estraño desleal;
Co garrido instrumento,
Que he nobre gobernar,
(Quezáis antigo adorno
De algun cisne lanzal)
A prevencion ignava,
A estultícia cerval,
E as palabras de ferro injurïosas
Da pátria, vingarán.

Oh! canta luz eu vexo,
Que na futura edá,
Da tua frente sáe,
Gente de *Breogán!*
Como sóe antre as brétomas,
A luz do cabo Ougal,
Que cos seus longos cornos,
Centelleando está:
E aos ousados e vagos navegantes,
He seguro sinal!

*
* *

Cando te vexo me acordo,
De quen non podo olvidar;
Oh! figueirido de Mórdomo,
De Mórdomo, oh! figueiral:
A tua garrida sombra,
Aló no medio do vran,
Vista de longe, parece
Que dá frescura e solás.

Debaixo das tuas follas,
Hai un garrido areal,
C' unhas aréas tan brancas,
Que vên da veira do mar;
Que a quen te mira, convidan
Ao sono... e outras cousas mais.

Reina dentro do teu sêo,
Silencio tan xogoral,
Que tan sóo de cando en cando,
S' oi o garrido compás,
Das tuas follas compridas,
Coa doce brisa do mar;
Ou o pio, se se ofrece,
De un paxariño quezáis,

O cansado camiñante,
Que vai co calor do vrán,
Ao verte de lonxe, dí:
—*De Mórdomo oh! figueiral.*
E pasa adiante, ben triste,
Porque non pode parar.

Non, non he na sua casa,
Nin á vísta de seus páis,
Onde se buscan as nenas,
Para con elas falar;
Mais debaixo das tuas follas,
Onde testigos non hai:
Oh! figueiredo de Mórdomo,
De Mórdomo, oh! figueiral!

* * *

Pilléina antre os pinos soa,
Alba de medo tornóu;
Quixo fugir, mais non puido,
(Que sabe que peixe eu son.)

Rogárame de rodillas,
De rodillas me rogóu;
Tembróu como á vara verde,
Que estremece a virazon.

Cal que teme ser oída,
Dixo:—*Pídocho por Dios...!*

—*Estás fresca!* lle contesto,
Vénte á min con oracions:

Non solta nunca o raposo,
A galiña que pillóu,
Hastra zugárlle o mel todo,
Non solta a fror o abellon,
Nin á branca e doce pomba,
Larga o montesío azor.

* * *

Cal soe arboladura,
De nave poderosa,
Facer negro valume,
Sobre as tendidas ondas;
E do vasto cruzámen,
Fai orgullosa mostra,
Co laberinto ousado,
Das atesadas cordas;
Onde os aires pasantes arráncan,
Enérgicas notas:

Tal á alma do bardo,
Hé soberbia e grandiosa;
Tal na máquina ousada,
Todas cousas resóan;
Deixando mil suspiros,
En mil salvages notas;
¡Quen pode as rapsódias decir do sobérbio
Poéma que entóan!

* * *

O escuro Brandoñas,
E o roxo Porcar,
Dous fillos dos celtas,
Da edá tenra e igual,
Na lanza apoyados,
Cal dous avelans,
Que están incrinados,
Do vento quezáis,
Con vágoas quentes dos ollos falaban,
Da doce *Baltar*.

—Cal vara garrida,
Aínda noval,
Dereita e follosa,
Que soe tembrar,
C' un ventete máino,
No tempo do vrán,
A sombra da fraga
Nativa sua nai;
Tal era a maneira graciosa e molente,
Da doce *Baltar*.

O vento que asopra
Coa fresca mañan,
Leváballe as faldras,
C-un ledo compás:
Cando ela corría,
De Xallas no chan,
Seguindo dos corzos,
O paso fugaz,
Decían as uces:—*¡Ós pasos graciosos,*
Da doce Baltar!...

* * *

Fada garrida de leves alas,
Que leda voas,
No doce abril;
Rompendo a brétoma,
Con lindas galas,
Desconocida, presta e gentil:

Fada que ás veces,
No espacio culto,
Dos pátrios agros costumas voar;
E as veces no aire,
Do monte inculto,
Te soes sin trazas evaporar:

Das tuas alas o doce ruido,
E dos teus pasos,
O grato son;
Que no o percibe o atento oido,
Mais que só o sente,
O corazon:

Oin mil veces na miña infancia,
Nos pátrios montes,
Da verde *Erin*,
Sentín tua engebre,

Doce fragáncia,
Cando pasabas por junto min.

Non te conozo;
Nin sei a donde,
Ou vas ou tornas, nin por qué lei;
Nin sei se antes,
Nin como ou onde,
Nin en que antigo tempo te hachéi.

Se fui na gandra de Carboéiro,
Nos verdes de Oca,
Ou de Buxán;
Se nas alturas de Portoméiro,
Se nas aréas
de Barrañán.

Nos verdexantes cómaros do Esto,
No val de Brántuas,
Ou de Angeriz;
Ou nas pendentes
De Corcoésto,
Ou sobre o cume do Gomariz.

Se dos curutos,
Na vaga bruma,
De prado verde na branda cor;
De negro baixo,
Na branca escuma,
De casta estrela no resprandor.

Nas negras copas armoníosas,
Dos altos pinos,
Que hai en Cartel;

Se fui nas gandras espaciosas,
Nas correduiras
Do Recemel.

Non sei... mais levo tua doce historia;
Non sei tampouco,
Quen m' insinóu;
Nin sei de certo,
Porque a memoria,
Doces lembranzas de ti gardóu.

Quezáis celeste
Reminiscencia,
És de outra vida que paséi ja;
Quezáis presagio,
De outra existencia
Misteriosa que inda virá.

Vírgen dos celtas de amigos astros,
Dos nobres celtas,
Fortes e bóos;
Quezáis habitas nos verdes castros;
Genio dos nosos
Grandes abós.

E pois no cárzle que ao home encerra,
Pracer non hacha,
Trégua ou solaz;
Detén un pouco,
Na escura terra,
O teu gracioso paso fugaz.

E me apreixando,
Dos teus garridos,

Graciosos velos de ledo tul,
Nos perderémos,
Do van collidos,
Dos pátrios ceos no brando azul.

* * *

Eu sei donde moran,
Eu sei donde están;
As vira de longe,
Seu golfo ao cruzar.

O corpo ostentaban,
De roxo coral,
As testas de anácre,
Lostregando están;
Os lábios ardentes de espléndido lázuli,
Que encanta ó mirar.

Estaban sentadas,
Con gran magestá;
En tronos de pérolas,
Cal reinas do mar.

Miréinas, miránome,
Con mágico afan,
C' unha forte, pungente mirada,
Color verdemar:
Oh Dios, que decirme
Seus ollos querrán!...

* * *

Abonda já de oracion...
Porque de min non te libran,
Nin Dios nin o demo, non,

* * *

Eu sei donde moran,
Eu sei donde están;
Ao sesgo das augas,
As vin fulgurar.

Conozo o seu golfo,
Sua sirte natal;
Aló nos profundos,
Abismos do mar.

Mui bellas, mui grandes,
De tamaño igual;
Das testas ceibando mil íris sobérbios,
Color verdemar.

Eu sei donde móran,
Eu sei donde están.
Iréi en leve góndola,
Con amoroso afan;
Rastrearéi con redes,
Sua praya maternal:
E se inda así non podo,

Meu deseo alcanzar,
Improvisado buzo,
Novo tritón audaz,
Penso ao fondo Oceáno,
Seu tesouro arrancar.

Se na luita sucumbo,
A miña insánia intrépida escusá.

***

Carballos de *Carballido*,
Cando era rapaz deixéivos;
Vin despois de muitos anos;
Já vámos vellos.

Pasáronse as alegrías,
Que trouguéra o tempo ledo;
A mocedá fui pasada;
Já vámos vellos.

Eu teño os cabelos brancos,
Vos téndel-os gallos secos;
Os nosos dias pasáno;
Já vámos vellos.

* * *

Da alma no fondo,
Eu levo unhas cordas,
Que á cada momento,
Soando están soas:
Se estou vigilando,
Ocúpanme as horas;
Se en prácido sono,
Os membros repóusan,
Agítanse insómnes,
Já doces, já roucas.

En vano febrénto,
Nas luitas recónditas,
O ánimo ousado,
En vano se esforza;
Por domar o tumulto sublime,
As férvidas notas,
Soberbias, agrestes,
Salvages, grandiosas;
Que ¡ay! no profundo
Dos bardos repousan;
¡Cal repousan as chispas que dórmen,
Nas altas curotas!

———

* * *

Cando jázan do cisne,
Os febrentos despoxos,
Sobre do verde da ribeira escura,
E ja non se ouza ó canto armoníoso;

Dádelle sepultura,
No promontorio aquel areoso e vougo,
Onde o Anllons, o seu nativo rio,
(Qu' él mais amóu de todos)
Da peregrinacion antiga sua,
E do longo traballo hacha repouso.

Que diga o mariñeiro,
Rudo fillo do Osmo,
Ao entrar pol-a *Barra*,
Volvendo o escuro rostro:
—*Alí jáz o que fóra,*
N' outro tempo cantor do eido noso.

* * *

Sobre o gallo do pino,
Sin cuidar do destino,
O azor co fero grito o aire inunda;
E fatigado da diuturna rázzia,
Descansa da sua vida vagamunda.

Pasado o tempo ledo,
Baixo o rudo penedo,
O lagarto descansa debuxado;
E da necesidá dura e pungente,
Se esquece, e do traballo ja pasado.

Tódol-os feros brutos,
Escamosos e hirsutos,
Feital-as cruas, sanguinosas probas,
Hachan repouso nas profundas augas,
Descanso atopan nas salvages covas.

Mais do *genio* mudabre,
O ánimo indomabre,
N' hacha descanso, non;
¡Quezáis se agita n-él o espríto insómne,
Do ángel da primeira rebelion!

---

* * *

Monte-Branco, Monte-Branco,
Cando te vexo de longe,
Verto a soas triste pranto.

Pois as nosas alegrías,
Aos dous nos fóno fallando;
A tí, das tuas aréas,
Os ventos te despoxáno;
A min, tamen me fallecen,
Aqueles gustos pasados:
Tí negréas, y eu teño a cabeza
Chéa de cabelos brancos!

* * *

Feros corvos de Xallas,
Que vagantes andás;
En salvage compaña,
Sin hoxe nin mañan;
¡Quen poidera ser voso compañeiro,
Pola gándra longal!

Algo de vago e fero,
Do meu ser no profundo
Eu levo, como as brétomas
Dos curutos escuros;
E unha ruda e salvage
Incrinacion dos seres vagamundos.

Algo do rudo vento
Que azouta o cabo Ougal;
Do salvage miñato,
Que leva o vento soán;
E con nobre ufanía,
O esquivo mato registrando vai!

Algo das vagas brétomas,
Algo das uces altas,
Algo dos libres corzos,
E das feras bandadas
Dos corvos vagamundos,
Que se espallan de Xallas pol-as gandras.

---

* * *

Oh! tí, radioso e forte,
Sér oculto e inmortal,
Que déches són aos pinos,
E cores â miñan;
E aos ligeiros ventos,
O seu vário roldar;
Que consoláche o mísero,
No inmundo muladar;
A quen ja duramente aconselláran,
Elipház e Baldad.

E pois he meu traballo,
Non poder olvidar...

Nunha cousa convêrteme,
Insensibre e cerval;
Convérteme n' un rudo
Facho, por pïedá...
Bárreme da memoria,
Este soñar audaz,
Arráncame da alma
O imaginar lanzal;
Fúndeme cal penedo,

No profundo do mar;
Lévame nas ardentes
Alas de un huracán...
Cal arésta que leva
O rudo vendabal...
Cal luceiro apagado,
Que cruza a inmensidá...
Longe, mui longe de esta praya, donde
Non poida recordar!...

* * *

Canta, bergantiñan, canta,
Que o véspero aparecío;
E dudoso centelléa,
Por antre os dereitos pinos;
Ao costumado facho,
Retíranse os mazaricos;
Canta, canta, ao son do carro,
Pra antre os calados e altivos:
¡Eu non sei que suidades estrañas,
Padezo cando te sinto!

* * *

Cal o fulgente *Sirius*,
Radïoso e inmortal;
N-unha noite profunda,
Centelleando está;
I-he maravilla e pásmo,
De quen o contemprar:

Tal do meu ser no fondo,
Levo unha luz lanzal;
Que d' un orígen grande,
Me dice que fun ja;
E me obriga e espoléa,
A fantasía audaz,
En pos do grande e ignoto,
Por unha lei fatal;
E c-unha forza ingente,
Me compele a cantar,
Dos fillos do deserto,
O gloriöso afan;
E os ibéricos peitos esforzados,
Que con fé sin rival,
Do Océano os campos espaciosos,
Ousáran libertar.

* * *

Non cantes tan tristemente,
Probe e desolada nai;
Non lle cantes cantos brandos,
Pra adormecer o rapaz;
Onde está a cova do sono,
No céltico carballal;
Cántalle cantos ousados,
Que esforzado o peito fán;
Cántalle o que já cantára,
O nobre bardo Gundar:
A luz virá para a caduca Ibéria,
Dos fillos de Breogán!...

---

* * *

Cal o ángel rebelde,
Que audaz atravesando,
Con poderosas alas,
O cego, antigo caos;
Asomellante a un leño,
De grande porte, ousado,
Que en busca d' outros climas,
O mar anda cortando:
Que unhas veces dudoso,
Sobre os audaces pasos
Volvéra, e outras veces
Sin vacilar voando,
Por arribar a bella luz perdida,
O abismo espanta co audaz traballo:

Tal por erguér o feito,
D' aqueles celebrados,
Que o ignoto redimíran,
Coas ardidas náos;
As sublimadas rutas,
Anduvéra tentando,
C' unha nobre ousadía,
O ánimo esforzado!

* * *

Non en presentes
Cousas pensando,
Ao doce eido,
Quezáis irán;
E o lar escuro,
Vougo mirando,
Pol-o bardo dos servos e ilotas,
Preguntarán.

Da *Barra* as brisas,
Que no pendido,
Deixado fórmide,
Repousarán;
Con un profundo,
Longo gemido,
Suspirando nas cordas de ferro,
Responderán.

* * *

As almas escravas,
De idéas non grandes,
Van pensando mil cousas femíneas,
Molentes e infámes.

Mil soños forjando,
Que o ánimo agobian;
Arrastrando infamantes cadéas,
Cal brandos ilótas.

Espíritos brandos,
Esprítos muliebres;
Sedentários, que lenta consóme,
E mórbida frebe.

Mais á alma do bardo,
Enérgica, ousada,
Que audaz libertade,
Tan sóo soña e ama;
Vai pensando en propósitos férreos,
Q' erguéran a pátria!

* * *

Sin caber nos peléxos,
Muy cheo de sí mismo,
Pasára, e con fachenda,
Miróume e fúise rindo.

E para o seu chaleque,
Eu sei que o mui ladino,
Chéo d' un extro homérico,
Iba pra sí decindo:
—Certo est' hé dos pequenos,
Bafúas e cativos,
E como os poucos que no mundo somos,
Non era dos distintos.

Mentres eu con espanto,
Pra o meu capote digo:
—Certo este home hé dos grandes,
Que atopa o mundo exíguo,
Se he certo que transmigra,
No mundo o noso espírito,
Debe de ser o mesmo Epaminondas,
Ou o forte Anaxibios.

* * *

Fóra abondo co oprobio pasado,
De ún brando servir;
Madre escura de escuros ilotas,
Mesénia infeliz.

A Pitia convulsa,
Dixéra de tí;
O oráculo dixo:
—*Quén serve, ese he vil.*
Ser forte ou escravo,
Morrer ou vivir;
Cingue o peito de esforzo e de ferro,
Spartáco ch' o dí;
Esnáca na frente de quen ch-o lanzára,
O estígma servil!

* * *

Coroados de frores,
En alegre banquete;
Sobre do verde cómaro da vida,
O corpo recrinado brandamente;
Fácil he ser magnánimos,
E amistá prometérse;
Pero cando a fortuna,
Que constancia non teve,
Cas usadas promesas,
Injusta nos fallece;
Entonces os convivas,
Que boas leis non reteñen,
Pol-o pracer afeminado e brando,
Unidos tan somente;
Ja concluido o báquico alborozo,
E canzïons alegres,
E vacías as copas,
Do seu licor fervente;
Entregar soen o cobarde olvido,
O que a língua femínea promete.

O caso está na ruda
Adversidade urgente;

Diante da dura proba,
Mostrar o peito engebre;
E sustentar magnánimos,
Noso ideal ardente.

Sóo nos traballos duros,
Que o ánimo ennobrécen,
Sábese canto valen,
Aqueles que reteñen,
As leis do honor difizle,
No momento solémne:
Non coroados de süaves frores,
En alegre banquete;
¡O peligro afrontando e o duro ferro,
Así he, así he como se vence!

Aguárdovos na esquiva e dura proba;
Quezáis en tempo breve;
Non cenguidos de frores,
En alegre banquete;
Mais nos duros traballos,
Que o ánimo ennobrécen;
Ante o transfúgio infame,
Que o honor compromete;
¡O peligro afrontando e o duro ferro,
Así he, así he como se vence!

* * *

Cal caéra o radiante, (1)
E valeroso fillo de Panthóo;
Cos soberbios argívos,
En ousada tenzon;
(En donde o craro Símois,
Corre, nobre e veloz,
A parte en que natura,
Primeiro o obrigóu)
Na sua pompa garrida,
Envolto como un Dios;
E resoáran as brillantes armas,
Como temeroso son;

E morrendo, de sí rastro sublime,
O famaso deixóu:

Tal no rudo combate,
Andrés, lanzal e bóo,
Asomellante ó forte,
Que honrára o genitor,
Caéches, o sembrante

(1) A Andrés Muruáis.

Non volto á terra, non;
Mais a donde sublime,
Natura o levantóu;
Na man inda apreixando,
O ferro brillador;
O comprido despoxo opáco e escuro,
Mais o teu nome, non.

* * *

A voluntade homérica, (1)
E propósitos férreos,
De facer bós é libres,
Os españoles peitos;
Dos novos ideáles,
O nobre e forte empeño;
Non se compren somente,
Nos límites estréitos,
Da pátria desmedrada,
Pol-os antigos erros;
Nin deben, non, morrer escuramente,
Nos ja minguados e cativos eidos,

Mais ajudando aqueles,
Do futuro sedentos;
Que o ideal, á raza,
Levan nos fortes peitos;
E con nosoutros parten,
Os bós campos ibéricos,
E nos son somellantes,
No sonoroso acento,

(1) A Carvajal.

E no bogar lexano,
E nos groriosos feitos:
¡Quebrantémos da serva Lusitánia,
Tamen os duros e oprobiosos ferros!

Nos esquivos combátes,
E nos fortes empeños,
Que hai que ter po-los nobres
Ideales ibéricos,
Non detéñal' a pranta,
Nos límites estreitos,
Non sigas os hispánicos
Políticos pigméos;
Non olvides ¡oh forte!
Os galáicos intentos;
¡Quebrantémos da serva Lusitánia,
Tamen os duros e oprobiosos ferros!

* * *

Cando os duros machádos,
Feren os altos pinos;
E cáen con estrondo,
No chan de Bergantiños;
Non cáen, non, en vano,
Cal gigantes erguidos;
Sin gloría, e sin renóme,
Nos seus eidos bravíos:

Mais ao caér, ceibando,
Os ulidores piños,
Se espallan na debesa,
Po-lo mato nativo;
E da semente se érguen.
Descendentes altivos.

Así, cando caéran,
Aqueles destemidos;
De nobres ideáles,
Os bóos peitos enchidos:
Non caéran en vano,
En oprobioso olvido;
Coma o vulgo dos homes,
Na escuridade estintos.

Mais o chan empapando,
Do sangre escrarecido,
Os campos de *Suévia*,
Dos celtas nobre asilo;
Non cedéran a morte,
E deixáran altivos,
Perdurabre semente,
De vingadores fillos.

Déspotas insensátos,
Forxá, forxáde grillos;
Pode oprimir o ferro,
Un corpo enfraquecido;
Mais as nobres idéas,
E gloriosos instintos...
Eses... non pode, non, o duro ferro,
Nin a morte, extinguílos!

---

* * *

Quen brando vegéta, (1)
En ócio agradabre,
No seo da escura,
Nativa ciudade;
E á mente envilece,
Con causas non graves;
E vida molente,
E lánguida trágue;
Botándose ao colo,
Mil lazos amantes;
Non séi que de imbele,
De escravo e de infame,
Despede dos membros,
Molentes e suaves:
Que doce sorrindo,
Quen preto d' él pase,
Dirá:—*Certo este home,*
Non pensa ou combáte,
Nin leva grabado,
Na testa radiante,
Cal surco do rayo na cima d' un facho,
O sello dos grandes.

(1) A Castelar.

Mais, cal meteóro,
Se acerta que pase,
Un home como este,
Formoso e trunfante;
Que ostenta na testa,
O surco que ábren,
Os grandes insómnios,
Propósitos grandes;
Os rudos empeños,
Do grego Canáris;
Os soños ousados,
E bóos ideales,
De Párnell e Ocónnell,
E Marco Botzáris;
Entonces o home,
Que ao lado seu pase,
Dirá, con acento,
De quen pensar sabe:
—Certo, este he dos fortes,
Que nobres combáten,
E leva grabado,
Na testa radiante,
Cal fero lostrégo, grandioso e sublime,
O sello dos grandes.

Non déixes, oh forte,
No rudo combáte,
O povo que luita,
Plos seus ideáles;
Que boa *Zernagora,*
Irmans seus nos chame;
E jefe dos fortes,
Os fortes te acrámen;
Que libre *Boyana,*
De nos ouza e fale;

E digan os castros,
E digan os vales,
E os pinos de Suevia,
Que os céfiros branden:
—Certo, este he dos fortes,
Que nobres combáten,
E leva grabado,
Na testa radiante,
Cal fero lostrégo, grandioso e sublime,
O sello dos grandes.

---

* * *

A língua tivéran,
Por língua de escravos;
Esquecéran os pátrios acentos,
Suidosos e brandos.

Dos propios acentos,
Tivéran vergonza;
De cautivos faláran palabras,
De sérvos e ilotas.

Deixáran os doces
Acentos jocundos,
Por estrañas palabras de sérvos,
Ignáros e escuros.

A nai afrigida,
Da escura miséria,
Os propios tomára,
Por gente estrangeira;
E espantada escuitára dos fillos,
A plática serva.

* * *

«E tí, campana de Anllons,
Que vagamente tocando,
Derramas nos corazons,
Un bálsamo triste e brando,
De pasadas ilusións.

Alá nos pasados ventos,
Primeiros da miña vida,
Oyo os teus vagos concentos,
Reló dos tristes momentos,
Da miña pátria querida.

¡Cántas veces te lembróu,
O que marchóu para a guerra,
Cando á súa nai deixóu;
E partindo á estraña terra,
De *Baneira* t' escuitóu!

¡Cántas do mar africano,
Cautivo *bergantiñan*,
Oío n-un soño tirano,
O teu tocar soberano,
Aló nas tardes do vran!

Cando te sinto tocar,
Campana de Anllons doente,
N-unha nuite de luar...
Rompo triste á suspirar,
Por cousas de un mal ausente.

Cando doída tocabas,
Pol-as tardes á oración,
Campana, sempre falabas,
Palabras con que cortabas,
As cordas do corazon.

Estabas contando aos ventos,
Cousas do meu mal presente;
Os meus futuros tormentos,
Que dabas con sentimentos,
Segun tocabas doente.

Campana, se pol-o vrán,
Ves lumiar na *Ponte-Ceso*,
A cachéla de San Joan;
Dílle a todos que estóu preso,
Nos calabozos de Orán.

E a aquela rula inocente,
Que me morría de amor,
No regazo docemente,
Tembrando como unha fror,
Sobre escondida corrente;

Diráslle, que unha de ferro,
Arrastro, rouca cadéa,
Castigo atroz do meu erro;
E que dentro d' este encerro,
O seu amor me aluméa.

E tí, golondrina errante,
Dos longos campos de Argel;
Se a miña terra distante,
Te leva o voxo constante,
Dille o meu penar cruel.

Se alguén por min preguntar,
Dille que estou en prisións;
E unha nuite de luar,
Iráste unha vés pousar,
No campanario de Anllons.»

Así triste en terra alléa,
Aló nas prisions de Orán,
Cantaba un mozo da aldéa;
E nos grillons da cadéa,
Levaba o compás ca man.

«Oh! nai da miña vida,
Adios, adios, meu pai;
Prenda de min querida,
Adios, oh! miña nai:
Sombras dos meus abós,
Río da *Ponte-Ceso*,
Pinal de *Tella* espeso,...
Acordávos de un preso,
Como él o fai de vós:
Campana de Anllons,
Noites de luar,
Lua que te pós,
Detrás do pinar;
Adios. ...
Adioos.....
Adiooos.....»

* * *

Muy brancas, muy brancas,
Muy brancas están;
Con esa brancura,
Que o retiro dá;
Que o insómnio produce,
Ou o rezo quezáis.
Muy negros, muy negros,
Cal negro pesar,
Están seus vestidos,
Seus velos están.
Mais, anque son negros,
Seus velos asáz,
Suas almas son brancas,
Cal fror de azahar.
Y he tal sua pureza,
Sua brancura tal,
Que a neve excramára:
—*Non teñen rival!*

* * *

—«*Virgen válme!*
Neste oscuro camiño;
Ao pé desta devesa,
De vellos e altos pinos;
Que levados e penzos,
De tollente corisco,
Dan, refregando as polas,
Medrosos estalidos:
Cal se fósen de meigas,
Ou penados espíritos,
A quen non apoubíguen temerosas,
As oracions dos vívos.

Que triste soedade!
Que sitio tan esquivo,
Que sombriza pranura,
Que toxáles tan hirtos;
Que terráxe de lobos,
Famentos e malinos!
Nesta gandra agoreira,
Sente o corazon frío;
E eses corvos que bérran,
Mesmo tóllen o espírito...
¡Que riguroso e escuro desamparo,
D' un ser humano extinto...!

Recémos po-la alma
D' este, que pelegrino
Foi un dia da terra,
E a doce luz perdío:
Quezáis foi home bóo,
No mundano camiño;
Quezáis fói un ladron ousado e vago,
Quezáis un asesino...

Mais eu non sei que vexo,
Neste corpo comprido;
Nestes membros fidalgos,
Neste hábito distinto;
Non, non foi este home,
En baixeza nacido...
Neste despoxo oscuro,
Algo d' insígne eu miro;
Nél vexo, un non sei qué,
De grande e de divino;
Cal astro que tuvéra antigamente,
Un resprandor altivo;
Algo de somellante nél contempro,
A un luceiro extinguido...»

Esto ao pasar oíra,
A boa *Bergantiños*,
Fada gentil, garrida,
Dos pasos fugitivos;
Que en voar se comprace,
Sobre dos verdes trigos;
Que de lle abrir volvía
Os aires matutinos,
A porta da alta cova,
Cos seus dedos garridos;
Dos aires, con que soan,

Tan ben os altos pinos!
E con un triste acento,
Süave e parecido,
Ao que ergue antre as uces,
Rústico pelegrino,
Un agoéiro verde,
N-un sitio montesío;
Cando gemendo sai da sua furoca,
A o noto destino,
Encantando co son ao caminante,
Estas palabras dixo:

«Este que aquí contempras,
Aos corvos ofrecido,
Non fói, non, vagamundo,
Nin vulgar asesino,
Por mais que a intonsa barba,
E o ademan esquivo,
Amostren a rudeza
Do seu longo camiño,
Mais un bardo á quen déra,
A pátria trato indino,
E a quen os propios seus,
Deran duro martirio,
Escuros ignorantes,
Da luz de este divino.
Certo non lle cenguiran,
Rosas nin brandos lirios,
Mais punzante coróa,
Só de feros espiños.
Así tratan os povos,
En baixeza sumidos,
Cando rudos ignoran,
Os seus grandes destinos,

A aqueles que lle insinan esforzados,
Os groriosos camiños.

Non, non tolléra o ferro,
A este peregrino,
Mais as crúas triganzas,
De que fora nutrido,
Cando peregrinára,
Po-lo astro mesquiño.

Raza escura galáica,
De rústicos instintos,
Que injusta sacrificas,
Os teus millores fillos,
Madrasta desleigada,
De designios cativos,
Progénie ignara e inculta,
Que aborréces teus ínclitos,
Da polvorosa gleba,
Povo tan só engreído,
E ás cousas incrinado,
Dos escuros sentidos,
Ay de tí, dura raza,
De proceder esquivo,
Ay de tí, que así tratas,
Teus profetas divinos...!
A quen tí, nécia, debes,
Sair de oscuro olvido,
Dura raza, senon á estes videntes,
Nobres e peregrinos?

* * *

Non somente do promo asovianta,
O home he interfecto;
Nin somente do arco caribe,
O dardo gemendo
Arriba, e o *curare*
Derrama no peito.

Cantas veces dos homes aléves,
No trato non recto,
As risas cuidando,
Presentes ingénuos;
Unha dobre palabra ceibada,
Con pérfido intento,
Nos pasa de súbito,
Cal folla de ferro,
Que fora temprada,
Nas augas do inferno!

* * *

Como aquel que ja fora,
Espanto de Oriente;
De quen Sion ruinosa,
Parece que inda teme;
Présago do terrible,
Escuro soño leve;
Que andivéra espantando,
Mesmo as aves agrestes,
En bruto convertido,
Pacendo ó campo verde;
E dixéran os montes:
Hé este aquel luceiro refulgente?

Tal do meu triste estado,
De noncuranza célebre;
Ao vérme roto, escuro,
Por gloríosa frebe,
Estantío, insensibre,
Como penedo ingente,
Cal solitario facho,
Cal baixo de Camelle;
Do meu caso espantadas,
Escramáran as gentes:
—Uns ousados e nobres pensamentos,
Canto poidéran n-este!

---

* * *

Topánome medio morto,
Con unha cruda ferida,
No esquerdo costado, mortal e profunda,
Pra onde inda o folgo respira,

Preguntáranme os pasantes,
Que iban pl' a deserta vía;
Preguntáranme quen fóra,
O crudo que me feríra.

Eu contestéi sin alento,
Como quen lle foge a vida:
—Señores, quen me matóu,
Fui unha fror de Muías.

—Está tolo, se dixéno,
Este probe home delira;
As frores teñen puñales,
Pra poder tirál-a vida?
E deixánome alí sóo,
Na miña triste agonía.

—Civiles, non a prendádes,
Porque estonces perdo a vida;
Se prendédes esa fror,
Cortades a vida miña;
Para as vosas duras cordas,
Ten as lindas mans muy finas;
Que a doce e garrida que a morte me déra,
He causa da miña vida!

* * *

Soñando está o bardo,
C-un vago soñar;
Á veira do facho,
Que vértigo dá;
Que se ergue sublime,
Por cima do mar;
E os *baixos* contempra,
Que rompendo están.

E vénlle â memoria,
Con mágico afan,
A brancura das faldras garridas,
Da doce Rentar...

E triste e pensoso,
Suspira quezáis...

* * *

Cando sóo me miráno,
Absorto, indiferente,
Coma quen non se cuide,
Do que a todos empece;
Distraído, estantío,
Coma do mundo ausente;
Mais, en cousas pensando,
Fermosas e non leves;
E buscar coma onágro salvage,
Os parages agrestes;

—*Probe!*, decían pasando,
As hipócritas gentes;
Nacéra vagamundo,
Perdio á luz da mente:
Certo a nai magoada,
Compadecérse debe,
Que nas suas illárgas,
Trougo un fillo com' este:
¡Millor fora que morto nacéra,
Que non que fóra imbécil!

* * *

Silvasmouras, silvasmouras,
Que nas fondas correduiras,
Estar soés de Bergantiños,
Dependuradas e escuras:
Non me mirés con espanto,
Nin vos fagádes preguntas;
O combate fora rudo,
Fóran as tristezas muitas:
Non fóran deshonras, non fóran oprobios,
Fóran consas da ventura.

Se já non me conocédes,
Certo non vos poño culpa;
Os camiños fono longos,
A tormenta fora crua,
As esperanzas non certas,
E as decepcions seguras;
Os insómnios fono grandes.
Homérica e fera a luita:
Non son vagamundo, non son un bandido,
Fóran cousas da ventura.

Non vos espantés se teño,
Alba a cor, a frente escura,
Longa a barba e non cuïdada,

Cal quen de sí non se cuida;
Non fugíra de un presidio,
Cadéa infamante e dura;
Non son tolo, non son tolo,
Nin son ladron, que a espesura
Anda buscando dos bosques,
E esquividade segura;
Non son vagamundo, non son un bandido,
Fóran cousas de ventura.

Pasárase o tempo ledo,
Das infantiles dozuras,
Cando juntos nos criámos,
Nas nativas correduiras:
Non me mirés con espanto,
Nin vos fagádes preguntas;
Fóran muitos os traballos,
Fóran as tristezas muitas;
A escoria do duro ferro,
Sai do lume fea e escura:
Non fóran deshonras, non fóran opróbios,
Fóran cousas da ventura.

Silvasmouras, silvasmouras;
Da grande ruïna escura,
Certo non vos estrañédes,
Nin vos fágades preguntas:
Non preguntés por qué causa,
O fero mar desfigura,
Co eterno e duro combate,
De Nariga a ruda punta:
Non son vagamundo, non son un bandido,
Fóran cousas da ventura.

* * *

Das africanas
Prayas veciñas,
Como costuman,
As peregrinas,
Ao lar amado,
Virán un día.

Verán a casa,
Tan doce e íntima,
Ao pé dos pinos,
Escurecida;
E morándoa, unhas gentes estrañas,
Hirtas e esquivas.

Mais logo erguendo,
Seu voxo axiña,
Darán mil rápidas,
Voltas compridas;
E emprenderán con púngidas lembranzas,
Triste partida,

* * *

As mofas bafúas,
Os odios minguados;
E do sátiro as focas sonrisas,
Perecerán;

Mais os viriles
Rítmos ousados,
Que ceibáran as cordas de ferro,
Non morrerán!

* * *

Pol-o alto cantando,
O sonoroso vái;
Coa aguillada ao lombo,
E garboso ademan;
Tardío conducindo,
En nuite de luar,
Grave o carro de táboas,
Anteposto quezáis;
E cal quen non se cuide,
Que o poidan escuitar;
Por cousas que n-esprica,
De un suïdoso afan,
Mil pungentes recordos,
Se prace en espallar;
Mil vagas suïdades,
Ceibando os ecos vai;
E da pequena pátria a servidume,
Parece recordar...

Ao pé do noto castro,
Ben os mira ó pasar;
Que en masa escura e infórme,
Ajuntados están;

E na nativa costa,
Os escuita fungar:
Parécelle que soan,
Intrépido compás,
Cuida que do combate,
Murmuran o siñal;
En escuadron formados,
Cal gente de Breogán,
En falange de ferro ben tecida,
Que se apresta a luitar.

* * *

Da ruda pendente,
Soantes e altivos;
Eu ben sei o que dín vosos vagos,
Monótonos rítmos.

Os vosos agudos,
Arpados arumes,
De un poema as ardentes estrófas,
Parece que zumben.

Cal récios acentos,
D' escura sibila;
De pasados, futuros destinos,
A alma adiviña.

Asi como cousas,
Da boa *Zernagóra*,
Dos apróbios da serva Mesénia,
Dos párias e ilotas.

Dos servos da gléba,
Dos povos ignáros;
De nobres vinganzas,
Do rudo Espartaco;
Da fatal servidume da terra,
Dos eidos escravos!

POESÍAS INÉDITAS

OS PINOS

(Himno galego)

¿Qué din os rumorosos
Na costa verdecente,
Ao rayo trasparente
Do prácido luar?
¿Qué din as altas copas
D' escuro arume arpado
C' o seu ben compasado
Monótono fungar?

—«Do teu verdor cinguido
E de benignos astros
Confin dos verdes castros
E valeroso chan,
Non dés a esquecemento,
Da injuria o rudo encono;
Desperta do teu sono
Fogar de Breogan. (1)

(1) Antigo caudillo dos celtas galegos, poboador de Irlanda.

»Os bôs e xenerosos
A nosa voz entenden,
E con arroubo atenden
O noso ronco son,
Mais soo os iñorantes,
E féridos e duros,
Imbéciles e escuros
Non os entenden, non.

»Os tempos son chegados
Dos bardos das edades,
Que as vosas vaguedades
Cumprido fin terán;
Pois donde quer gigante
A nosa voz pregoa
A redenzon da boa
Nazon de Breogan.

»Teus fillos vagorosos
En quen honor soo late,
A intrépido combate
Disponde o peito van;
Sé, por ti mesma, libre
D' indigna servidume
E d' oprobioso alcume,
Rexión de Breogan.

»A nobre Lusitania
Os brazos tende amigos,
Os eidos ben antigos
Con un pungente afan;
E cumpre as vaguedades
Dos teus soantes pinos
D' uns mágicos destinos
¡Oh grei de Breogan!

»Amor da terra verde,
Da verde terra nosa,
Acende a raza briosa
D' Ousinde e de Froxan;
Que aló nos seus garridos
Justillos, mal constreitos,
Os doces e albos peitos
Das fillas de Breogan.

»Que â nobre prole insinen
Fortísimos acentos,
Non mólidos concentos
Que as virges só ben 'stan;
Mail-os robustos ecos
Que ¡oh patria! ben recordas
Das sonorosas cordas
Das arpas de Breogan.

»Estima non s' alcanza
C' un vil gemido brando;
Calquer requer rogando,
Con voz que esquecerán;
Mais c' un rumor gigante,
Subrime e parecido
Ao intrépido sonido
Das armas de Breogan.

»Galegos, sede fortes;
Prontos á grandes feitos;
Aparellade os peitos
A glorïoso afan;
Fillos dos nobres celtas,
Fortes e peregrinos
Luitade pl' os destinos
Dos eidos de Breogan.» (1)

---

(1) A música d' este himno foi escrita pol-o grorioso mestre Pascual Veiga, autor tamen da *Alborada galega*, de gran sona e do mais distinto enxebrismo.

Non se cantan mais que as catro primeiras estrofas.

A FALA

Nobre e armoniosa
Fala de Breogan,
Fala boa, de fortes
E grandes sin rival;
Ti do celta aos ouvidos
Sempre soando estás
Como soan os pinos
Na costa de Froxan;
Ti nos eidos da Celtia
E cô tempo serás
Un lábaro sagrado
Que ao trunfo guiará,
Fala nobre, armoniosa,
¡Fala de Breogan!

Ti, sinal misterioso
Dos teus fillos serás
Que plo mundo dispersos
E sin abrigo van;
E á aqueles que foran
N-unha pasada edá
Defensores dos eidos
Contra o duro roman

E que ainda cobizan
Da terra a libertá,
N-un pobo nobre e forte
Valente, axuntarás
¡Oh! fala armoníosa,
Fala de Breogan!

Serás épica tuba
E forte sin rival
Que chamarás os fillos
Que aló do Miño están,
Os bôs fillos do Luso,
Apartados irmans
De nós por un destino
Envejoso e fatal.
Côs robustos acentos
Grandes os chamarás
¡Verbo do gran Camoens,
Fala de Breogan!

---

* * *

Xa chegáran os días
Que os bardos anunciáran;
Das gandras largazías
As brétemas escuras o alongáran.
Ven á maturidade.
Vosa mies verdecente;
Galegos, espertade,
Baruda e forte gente;
Vosa fouce afiade
Como agudo crecente,
Vosa fouce famosa,
Vosa fouce robusta e fulgente.
Diante de vós ondea
A barda d' ouro ardente.....
Segade a vosa herdade,
¡Ai d' aquel que non sea valente!
Segade, galegos, con forza, segade. (1)

(1) Leída na inauguracion da Academia Galega, da Cruña, o 30 de Setembre de 1906.

* * *

Non veu dos duros éphoros,
Non veu das duras armas,
D' aquela formosura
Dórica nomeada,
A do broncíneo escudo,
A das belas sandalias,
A do dourado casco,
A da brilante lanza,
Nai do crudo Lisandro
De Clearco e Machánidas,
Do animoso Gyllippos,
Do rudo Callicrátidas,
Do bravo Agesilao,
Do ardente Stenelaidas,
Do xeneroso e intrépido Leónidas,
E do brilante Brásidas.

Non veu da sabia Athenas,
Non veu das cultas aulas;
Nin dos soberbios pórticos
De metopas gallardas;
Os das colunas jónicas
Belamente estriadas:
Non veu do sabio fillo,
De Phomeretes ática,

Non do docto Academo
De frescas enramadas;
Non ven da nobre Stoa
De austeras insinanzas;
Nin dos hortos do brando Epicuro,
O das doctrinas mólidas e prácidas.

A lus veu dos humildes,
Veu das sinxelas almas,
Veu d' aquela probiña
E filla da montana,
De quen dixo Michéas
Con ardente palabra:
De tí, Bethlem escura,
De tí, pequena Ephrata,
Sairá unha lus brilante,
Sairá unha estrela mágica,
Que alumeará do mundo
As tenebrosas almas.
¡Ai dos grandes e esquivos da terra!
¡Ai das cegas grandezas humanas!

* * *

Cinguido en duro ferro
Sobre as negras curotas,
Na gorxa esquiva e dura
Das abruptas Thermópilas,
Caera con estrépito
O forte e boo Leónidas;
Seu cadavre ocupando espacio grande
Sobre as desertas rocas.

Do alleo e propio sangue escurecìda
A brillante panóplia;
E deixou cal cometa
Longo rastro de gloria.

Oh! cada vez que penso
Que esta envoltura odiosa
Caera no combate
Exenta de memoria;
Entonces certo sinto,
Que como nube fosca,
Meu espíritu cubre generoso
Unha inmensa vergonza.

* * *

Os camiños, os matos montesíos,
Os garridos ensoños, os lindeiros.
Os cantos saüdosos, os resíos,
Os cómaros, os pinos, os regueiros:
As promesas, os trunfos, os desvíos,
As doces esperanzas, os sendeiros;
Todo me da suidades e triganzas,
Todo me trae pungentes memoranzas.

* * *

Da ja pasada mocedá, queridos
Amigos, e tamén da miña infancia;
Para de min vos serdes esquecidos,
Nada pode o pesar, nada a distancia:
Non pode o ferro, non os tempos idos
Meus recordos borrar, miña constancia;
Pois n-este mundo todo amor fallece,
Non esquezades quen vos non esquece.

MUIÑEIRA

(Música da distincta artista Pilar Castillo)

Muruxiña, xentil Maruxiña,
Ti mil penas do peito me tiras,
Cando en rolda a muiñeira bailando,
Teu corpiño reviras e viras.

Maruxiña xentil, cando bailas,
Vas bailando mainiña, mainiña;
Vas bailando, bailando, bailando
Vas bailando e parece que fias.

Para tras e pra diante volvendo,
Vas virando, virando, virando,
Teu corpiño movendo, movendo,
E muiñando e remuiñando.

Teus cadrís feituquiños movendo
Vas fiando, fiando, fiando,
Teu corpiño movendo, movendo,
Teu corpiño xentil peneirando.

Maruxiña, xentil Maruxiña
Ti mil penas do peito me tiras,
Cando en rolda a muiñeira bailando,
Teu corpiño reviras e viras.

Maruxiña xentil, cando bailas,
Vas bailando mainiña, mainiña;
Vas bailando, bailando, bailando,
Vas bailando e parece que fias.

O DOLMEN DE DOMBATE

Aínda recordo, aínda, cand' eu era estudante,
Garrido rapacete, que ben regérse sabe;
Cando iba pra Nemiña, a estudïar o arte,
Do erudito Nebrija, e do boo Villafañe;
E iba á cabalo ledo, cal soen os rapaces.

Pasado Vilaseco, lugar batido do aire
No alto da costa d' Uces de montesía canle;
Pasado Vilaseco, indo pla gándra adiante,
Ja via desde longe, *o dólmen de Dombate.*

Deixando Fonte-Fria, cara o lado de Lage,
E levando o camiño de San Simón de Nande;
Pol-o chan de Borneiro, de cativos pinales,
Cuase pasaba arrentes, *do dólmen de Dombate.*

Quedaba o misterioso, fillo d' outras edades,
Ca sua antiga mesa, cas suas antigas antes,
No seu monte de terra, no alto e ben roldante,
Povoado en redondo, de montesío estrame,
De pequenas queiróas, e de toxos non grandes;
Como calada esfinge, que sublime non fale;
Como náufrago leño, de soberbio cruzámen,
Lanzado sobr' a praya por potente oleage;
Que de pasada rota, mostre rudas señales,
E mostre aberto o flanco, por glorioso combate,
E con linguage mudo, das suas glorias fale.
Canto ¡ay mudar pode longa e vetusta edade!

Entonces eu deixando, ambas rendas flotantes,
Penoso iba cuidando, pla Viqueira salvage,
Nos nosos ja pasados, nos celtas memorabres,
Nas suas antigas glorias, nos seus duros combates,
Nos nosos vellos dólmens, e castros verdexantes.

E despois á Nemiña, ou que fose oú tornase,
A vel-o desde longe indo pla gandra adiante,
Sempre ledo escramaba: *¡O dólmen de Dombate!*

Agora que pasano, meus anos jogorales,
Agora que só vivo, de tristes suïdades,
Que cumpro con traballo, meu terrenal viage,
E que a miña cabeza, branquea á grave edade,
Aínda recordo, aínda, *o dólmen de Dombate.*

* * *

Vindo de Bergantiños
Triste e convalecente,
Pasei plo medio á medio
De Meicende garrida canto breve,
E batida decote
Do seco e frío nordeste.

Erguendo a fenestrela
Do coche; con voz deble
Pla fatiga, e tremante,
Díxenlle: — Boa Meicende,
Venturosa, garrida,
Na tua doce pendente:
Cando as tuas rapazas
Leven â Cruña o leite,
Dille que o leven bóo,
Ben limpo e ben pracente,
Para dar forza ao bardo de Brigandsia
Que rendido se sente.

A CURROS ENRÍQUEZ

Coma os corvos de Xallas vagorosos,
Así son os poetas vagabundos,
Eles son d' este mundo receosos,
E buscan outras prayas, outros mundos,

Ese he un poeta: e escravo das ideas
Esquiva todo honor, todo homenaxe;
E luita por romper suas cadeas,
Coma un falcon intrépido e salvaxe.

Non toqués as suas azas ben cumpridas,
Cal de baxel gallardo e soberano,
As lonas potentísimas e ardidas
Con que intenta cruzar o Occeano. (1)

---

(1) Con motivo do segundo e derradeiro viaxe de Curros á Cuba en 1904.

A CURROS

O genio he ser estrano e vagabundo,
E do alto obten suas soberbias galas;
Trae as saudades d' un ignoto mundo
Agarimadas nas gigantes alas.
. . . . . .
. . . . . .

Seu gran genio levouno. O luminoso
Mundo do ocaso demandou fervente,
Para avivar seu estro poderoso
Nos fulgores do trópico candente.

Apricou sobre o círculo abrasado
Sua frente ansiosa; mais con forza dura
Da inspiracion o rayo sublimado
Abrasou sua mísera envoltura.

E pois seu xenio estrémio ja perdemos,
Seu resto honrare como honor demande;
E o seu jácigo ilustre señalemos
Dicindo á todos con orgullo: —Un grande.

Ponteceso III-20-1908.

* * *

Cando m' o referino,
sendo cándido neno,
a execución odiosa
do bárbaro decreto;
Non chorei, non; quedei como estantío
diante do oprobio duro e ferroento.

Durmide, héroes, durmide;
que vos conceda o ceo
un doce e brando sono,
de tanta infamia exento;
Durmide o eterno sono; non sabades
da patria o oprobio duro e ferroento.

Que s' â vida volvérades
certo, eu teño por certo
volvérades da cova
ao doce sono eterno;
Por non ver abafados de vergonza
da patria o oprobio duro e ferroente. (1)

(1) Refírese ao fusilamento dos mártires de Carral.

* * *

Como pinal salvaxe, que bruando
Mil soños formosísimos evoca;
Como a voz do regueiro derivando
De montesía e cóncava furoca;
Tal do bóo Brandomil o acento brando,
Tal o discurso sái da nobre boca.
Este tenro Brandoñas aconsella
A luitar pol-a patria doce e bella.

—¡Oh, Brandoñas! dos celtas tan querido;
Dos teus abóos garrida semellanza;
Esbelto coma piño ben seguido,
Airoso no brandir a dura lanza;
Lixeiro cal os corzos,—e garrido
Coma os lirios da gandra en comparanza.
—Quen ben luita,—a groriosa vida corre,
—Quen morre pol-a patria,—ese non morre.

* * *

Aquel povo que imbecil e brando
Non honra os mayores,
Ese povo en verdade perece
E corre á vil morte:
Mais aquel q' en magníficos marbres
Profunda os seus nomes,
Ese povo, ese povo renasce,
Resurxe, non morre.

As proezas dos padres ilustres
Emulen os fillos;
E se foren a oprobio obrigados,
D' inxusto enemigo,
N-ese marbre sublime acenando
Seus grandes, seus ínclitos:
—*Leede*, digan, *se leer tales nomes*
Vós fóredes dignos.

Non do galo belígero as hostes,
Aos raudos cabalos;
Non gran Mississipí insidioso,
O torpe aligátor;
Non o ferro homicida, non fogo,
Non duro traballo,
Poderán quebrantar os robustos
Galegos ousados!

FALADE GALEGO

Miniñas da Cruña,
D' amabre despejo,
De falas graciosas
E pasos ligeiros;
Deixá de Castela
Os duros acentos:
Falade, miniñas,
Falade galego.

Cando he que vos ouzo,
A patria esquecendo,
Falar esas duras
Palabras de ferro,
Non sei o que sufro,
Non sei o que peno:
Falade, miniñas,
Falade galego.

Mas cando falades
Nos patrios acentos,
Envoltos no voso
Angélico alento,
Parece que escuito
Un canto do ceo:
Falade, miniñas,
Falade galego.

* * *

—«Nécias fillas da Héllade,
Tan somente fiadas
Na corpórea beleza
E nas caducas gracias;
Nos áureos brazaletes
E nas belas sandalias,
E nas purpúreas clámides
Do Ilisos pol-as brisas agitadas.»
Dixo a doncela lésbica,
Da musa arrebatada,
Tendo na man tremante
A lira belamente recurvada;
Das cordas ben tendidas,
Ben justas e pareadas
Onde as ardentes notas
Da rapsodia magnífica espiraban:
—«Certamente vos xuro,
Que tan escura infamia
Con un duro suplicio pagaredes
Que Thémis vos prepara;
Cando dés o tributo inebitabre
A' terra do meonio celebrada,

Caerés n-un eterno esquecementó
Sin honor e sin fama.
Mas aquela que en vida despreciastes
Cal de mérito falta,
Porque do sol da Héllade
Nacera levemente requeimada,
Vivirá celebrada eternamente
En mil diversas falas,
Despois que a bela luz abandonedes
E fores sepultadas,
Non quedará da vosa rica pompa
A mais escura e leve memoranza.»

A LIRA DE TYRTEO

Quen tivera ditoso
Un tan sublime acento
Que do seu fondo sono
Despertara os galegos!
Oh, quen cumprir pudera
Tan generoso intento
Desenterrando a lira,
A lira de Tyrteo!

Certo non lle puxera
Doces e brandos nervos,
Mas dobres lle cinguira
Unhas cordas de ferro...
Oh, cal soara baixo
Dos meus febrentes dedos
A lira sonorosa,
A lira de Tyrteo!

Oh, como despertáran
Os mais sublimes ecos,
Ecos de libertade
Dos parias e dos servos!
Cal do seu fondo sono
Despertara os galegos
A lira estrepitosa,
A lira de Tyrteo!

* * *

Eu sei d' unha doce meiga
Por quen teño admiracion
Que decote me ten preso,
Na sua doce prison
—¿Como se chama?
—O seu nome
Non-o dirés, eso non.

Teño unha doce enemiga
De tan rara condicion
Que sin querer me fería
No fondo do corazon:
—¿Como se chama?
—O seu nome
Non-o dirés, eso non.

RECORDO A BENITO VICETTO

—Malferidos cabaleiros,
os que da batalla vis,
¿víchedes meus caros fillos,
Corcoesto e Gondomil?
Onde están meus caros fillos;
falade... ¿Qué me decís?

—Os teus dous garridos fillos,
vimos, vimos, ¡ay de tí!
Na cima do Monte Branco,
Corcoesto e Gondomil,
loitando cos feros mouros,
mortos quedaron alí.

—¡Monte Branco! ¡Monte Branco!
¿qué che fixen eu á tí?
¡Ou Monte Branco! ti es
Monte Negro para min.

Coruña, 1863.

* * *

Fillo cativo da gandra,
Pobre carballiño torto;
Aquel que nacío pobriño
Mais lle valera vir morto.

Batido do frio vento,
Sin abrigo e sin conforto
Desvalido e sin arrimo...
¡Pobriño carballo torto!

* * *

Gentís e garridos
Carballos cerqueiros,
Que â beira do Dubra
Estades gemendo,
Estades bruando
Côs sopros do vento
Certo as vosas follas
Ben vexo caendo,
E outras follas novas
Teredes co tempo:
Os feitos dos celtas
No olvido caeno,
Mais virán seus fillos,
Seus fillos non servos
Que verán a groria
Dos futuros tempos.

DOS EIDOS

Non cantes, bergantiñán,
Que me morro de suidades
Cando alumea o luceiro
Por entre os pinos soantes.

Non cantes; ese teu canto
Temo que me doude ou mate,
Non cantes, bergantiñán,
S' he que de min tes piedade,
Ese canto que trai a memoria
Recordos que abaten...
Ese canto me fere e magóa
Coma un coitelo cortante.

* * *

Sea forte o galego
Nos combates da vida;
Como robusto pino
Que erguendo a excelsa cima,
Da tempestade ao sopro
A poderosa frente non incrina.

E s' a caer acaso
Duro huracan o obriga;
Caia como él intrépido
Con temerosa ruina,
Cal gladiador sobre a candente area,
Que inda na man o duro ferro oprima.

PONTECESO

Eu nacin en agreste soedade,
Eu nacin cabo d' un agreste outeiro,
Pr' onde o Allons con nobre majestade,
Camiña ao seu destino derradeiro.
Eu non nacin en vila nin cidade,
Mas, longe do seu ruído lisonjeiro;
Eu nacin cabo de pinal espeso,
Eu nacin na pequena Ponteceso.

Uns naceno na mágica Granada,
Outros naceno en Málaga famosa,
Os outros en Sevilla nomeada,
Os outros en Valencia deleitosa:
Uns na garrida Cádis, ben soada,
En Barcelona os outros, populosa;
Eu nacin cabo de pinal espeso,
Eu nacin na pequena Ponteceso.

Amabre Ponteceso, anque pequena,
Agreste certamente, mas garrida;
Cando deixar a mundanal faena
Teu bardo, e for pasado d' está vida,
Non t' esquezas de quen, con faz serena,
Dixo a toda cidade fementida:
Eu nacin cabo de pinal espeso,
Eu nacin na pequena Ponteceso.

HOME LIBRE, LIBRE TERRA

Fixara a dura Esparta
A partizón da terra
Mas coa firente punta
Da sua lanza férrea,
E a esquiva raza dória
Tan só favorecera
E aos escravos e ilotas
Dera o traballo da pesante gleba.
Non fora longo o sono
Das escuras catervas
Pois un día cinguindo
A crinada cimeira,
E as brilantes cremidas,
E a lanza polvorenta
Valentes escramaran:
Home libre! libre terra!

E pois que a vosa doce
E verdexante terra
En flébiles acentos
Dos seus males se queixa

E como virgen pura
A quen graves suxeitan
En público mercado os membros mólidos
Durísimas cadeas.

Diante dos rostro esquivo
Do bárbaro problema,
Fillos dos roxos suevos,
Fillos dos nobres celtas,
Escramade conmigo:
Home libre, libre terra!

Os tempos ja s' adoitan
Ca nosa nobre idea
E a rigurosa Themis
A favor voso o ferro balancea
E que todo pronuncia
De redencion o lema.
Non seades esquivos
Ante a dura contenda,
N' avergonzade aos fortes
Que xa vos precederan,
E cinguindo a coraza
E flotante cimeira,
Ousados combatide!
E os eidos patrios d' esta noble Celtia,
Berce sagrado sempre,
Defende con braveza
Escramando conmigo:
¡Home libre, libre terra!

* * *

Campanas de Bastabales,
Cando vos ouzo o tocar,
Mórrome de suidades.

«E tí, campana d' Anllóns,
Que tristemente tocando,
Derramas nos corazóns,
Un bálsamo doce e brando,
De pasadas ilusións.

¿Qué tén tua vós sentida,
Que m' obriga a suspirar?
¿Qué tén tua vós dolorida,
Que d' outro mundo, outra vida,
Pareza solo falar?

Ou, campana soberana,
¿Qué tén tua vós cristiana,
Qué tén o teu triste son,
Qué tanto, tanto, campana,
Te sinto no corazón?

Certo ese teu sentimento,
Q' inspira tanto quebranto,
Non sei s' hé cristiano acento,
S' hé doloroso lamento,
Ou hé saüdoso pranto.

Cando na pátria vivímos,
De que amamos non cuidamos;
Mas cando ausentes estámos,
Que muito amamos sentimos,
Os objetos que deixamos.

Aló nos pasados ventos,
Primeiros da miña vida,
Ouzo os teus vagos concentos,
Reló dos tristes momentos,
Da miña pátria querida.

Quén n' este triste rueiro,
Óite en silencio profundo,
A hora triste do luceiro,
Conóce que hé pasageiro
Peregrino d' este mundo.

O pastor que vái stremando,
Váite sentindo e escuitando,
Cando o morcego hé saído;
Levando anteposto o gando,
Ao doce niño querido.

E ben pareces falar,
Con aqueles que ja fono;
E con doce suspirar,
Que desperten do seu sono,
Só por oírte soár.

Quén vái Baneira baixando,
Váite escuitando e cuidando
En cousas tristes e ausentes;
Que soemos ir pensando,
Cousas que non son presentes.

Quén cuidando e camiñando,
Vái por Baneira subíndo,
Vái a tua vós oíndo,
Vái mil suspiros ceibando,
Vái mil suidades sentíndo.

Ao escuitarte o trovador,
Quezáis d' imposibre amor
Traballado, *Angelus* dí;
E sáe fora de sí,
Seu espríto soñador.

Quén escuitándo o téu son,
Non pensa n' outra región,
Non chora de sentimento,
Ese non tén pensamento,
Ese non tén corazón.

E se tuver corazón,
Tén escuro pensamento,
Ou non compréta razón;
Ou esquiva condición,
Ou corazón ferroento.

Quén te oi e non te ve,
Soñando vái mil deliros;
E ceiba con fonda fé,
Suspiros por non sei qué,
E por non sei qué suspiros.

O atardado cazador,
Que t' ói nas postrimeirías
Do vespertino fulgor,
Sénte dos pasados días,
O recordo punzador.

Q' adiviña o corazón,
Como en misterioso sono,
No teu dolorido són,
Cousas que fono e non fono,
Cousas que son e non son.

Cando t' ouzo desd' algun
Camiño sin dirección,
E sin testigo ningun,
Soño quezáis o que fun,
Soño quezáis o que son.

Cando o moucho misteïoso
Di: *Buis*, no gallo pousado,
D' algun pino aleixoádo,
Entónces máis suïdoso,
Soa o teu son magoado.

Cand' hé día e non hé día,
Cando se vé e non se vé,
Cando reza aquel que cré,
E a nosa fantasía,
Finge o q' he e o que non he;

Cando escrama triste ou ledo
O cotovío: *Chi-chío*,
En solitario penedo;
Cando silencioso e quedo
Está o pinal montesío;

E cando sentimental,
O luceiro centelléa,
E no craro do pinal,
Diante do vento marzal,
Vóa geméndo a ráuda arcéa;

Cando con melancolía,
Todo dí: *¡Ave María!*,
E n' un ensoño profundo,
Todas cousas d' este mundo,
Entran en triste agonía;

Entonces teu triste són,
Cheo de cristiano celo,
Sinto no meu corazón,
Como ferrado punzón,
Como aguzado cuitelo.

Paréceme que d' algún
Pasado tempo m' acordo;
E sin recordo ningun,
Parece que diga: *Eu fun,*
E do que fun me recordo.

Paréceme que te dóis
Ou d' este mundo ou de min;
Nin sei cando te sentín,
Se fui antes ou despois,
Ou en que mundo t' oín.

Que cando escuito o teu són,
Asalta o meu corazón,
Meu antigo torcedor;
Cal improviso ladrón,
Cal nocturno salteador.

Alma que d' amor padece,
Suspirosa e primeiriza,
Cando t' escuita parece,
Que de si misma s' esquece,
Q' esmorece e q' agoníza.

Quén do Córno ou do Picón,
Escuita o teu triste són,
N' unha nuite de luar,
Chora sin poder parar,
E de chorar tén razón.

E ben parece que así,
Cousas d' un eterno sono,
O teu triste acento dí;
E que fales dos que fono,
Que dórmen preto de tí.

Quén na concencia dormente,
Leva réo torcedor,
S' ói teu tocar de repente,
Nas fondas entrañas sente,
Como esquivo pasador.

E no difícil camiño,
Fatigado camiñante,
Sente a tua vós amante,
Sente cal duro fouciño,
Sente cal ferro cortante.

Que cando soa o teu son
A hora da tarde vouga,
Cando tocas a oración.
Apértase o corazón,
O pensamento n' acouga.

E dí o bardo queizás,
Escuitando eses teus áis,
Esas tuas vaguedádes:
Campana, non tóques máis,
Que morro de suïdades.

Ben sei que d' este rueiro
Non son, e que en min s' encerra
Suidá do estado primeiro,
Non son, non son d' esta terra,
Ben sei que son estrangeiro.

E sente ó que hé e non hé,
Cando o paxáro s' esconde;
E sente en todo que vé,
Suidades de non sei onde,
Suidades de non sei qué.

O teu triste e vago són,
Non sei porque vou levándo,
No meu triste corazón;
Nin sei de que vóu cuidándo,
Nin por qué, nin porque nón.

Corazón que vagabundo,
Amor imposibre ama,
S' oi teu acento profundo,
Cheo de suidade escrama:
Non son, non son d' este mundo.

A hora en que son recollidos,
Os paxáros piadores,
Nas silveiras guarecidos;
E son todol' os colores,
N' un só color confundidos;

E cando o día fallece,
E queda a terra sombría,
E de suidades parece,
Que o corazon desfallece,
Po-la dolorosa vía;

Cando por vías ausentes,
Indo o bardo cos seus áis,
Escuita teus áis gementes,
E vai cuidando quezáis
Cousas de ferro pungentes;

Cando o que fui nos fái guerra,
Cando o espríto hé vagabundo,
Pareces no son profundo,
Vós que non hé d' esta terra,
Vós que non hé d' este mundo.

A ave do bico tamaño,
Erguéndose do juncal,
Saúda c' un grito estraño,
Que no corazón fái daño,
Teu vespertino sinal.

Espríto meditabundo,
Que sáe fora de sí,
S' ói teu acento profundo,
Cheo de suidades dí:
Non son, non son d' este mundo.

Que sente no corazon,
Quén ói o teu triste són,
Cal de sí non fose dono,
Tristes suidades que fono,
Tristes suidades que son.

Sente o mozo contenteza,
Cand' ói tua vaguedade;
Sente a moza suïdade;
Quén non he mozo, tristeza
Da pasada mocedade.

Que quén sente e quén se dói,
Quen teus tristes ayes ói,
E peregrinando está,
Ou vai cuidando o que foi,
Ou aquelo que será.

E do bello o sufridór,
Peregrino e soñador,
Sente cal duro acicáte,
Sente o desleal combate
D' este mundo engañador.

As almas que son ausentes,
Van a patria recordando,
E os téus ecos gementes;
E costuman ir ceibando
Tristes vágoas ardentes.

¿Falas quezáis magoada,
D' outra pátria que perdin,
D' outra región apartada,
D' outra pátria sublimada,
Que presinto e que non vin?

Ao escuitárte suïdosa,
Toda alma hé desdeñosa
Do mundanal devanéo;
Que solo fala do céo,
Esa tua vós queixosa.

Aquel que co corpo t' ói,
Certo ese non te comprende;
Comprendete quén t' atende,
Comprendete quén se dói,
O que te sente t' entende.

Comprendete o que hé levado
D' un espíritu profundo;
Quen hé triste e tribulado,
Para a gloria ben achado
E perdido para o mundo.

E o triste camiñante,
Q' os seus dispidío tremante,
Desd' o camiño t' oío;
E na alma te sintío,
Como doce vós amante.

Quén de terras largacías
Vindo, e gentes apartadas,
Oi tuas tristes armonías,
Sente as doces alegrías
Das benandazas pasadas.

E o triste prisoeiro,
Que sente partírse a corda
Do peito non lisongeiro,
Con suïdades recorda,
O seu querido rueiro.

O novizo peregrino,
No teu soár vespertino,
No teu dolorido són,
Sente no seu corazón,
Seu misterioso destino.

Ós espíritos que ván
Sufrindo da vida o sono,
Suspiran con fondo afán,
Ou po-las cousas que fono,
Ou p' lás cousas que serán.

O cantador sonoroso,
Do *alalála* saüdoso,
Guiando o carro cargado,
S' ói teu acento queixoso,
Suspira, e queda calado.

Suspende o seu triste canto,
Por escuitár o teu pranto,
En crara nuite de vrán;
E triste suspira en tanto,
Suspira con fondo afán.

O estudiante q' estudía,
A quen o estudio desterra,
Tornando á terra con dia,
Oite con doce alegría,
Camiño da sua terra.

O mariñeiro q' está
Na Ponte-Ceso atracado,
Cand' ói tua vaguedá,
Pensa na pasada edá,
Pensa no tempo pasado.

O novizo vividor,
Cand' ói teu son repentino,
Sente con fondo dolor,
Que lle fallece valor,
No camiño peregrino.

E o vago navegante,
Cré oír tua triste vós,
Do lusco e fusco no instante,
Cando choroso e tremante,
Dixo aos amigos: *Adiós.*

O segador retornando,
A hora do nuitecér,
Váite sintindo e escuitando,
Váite escuitando e cuidando,
Con tristeza e con pracer.

O raposo cauteloso,
Que sái por *Rego-Furado,*
Aos abellóns vagoroso,
Escúita teu son suidoso,
Quédase un pouco parado.

Todol' os seres que son
Vagos pl' as aéreas vías,
Todos que non tén razón;
E nas covas montesías,
Tén segura habitacion;

Todo o que sóe habitar,
En este triste desterro,
Todo te sóe escuitar;
Que ¿Qué non sóe acuciar
A tua lingua de ferro?

¡Cantas veces t' escuitóu,
O que marchóu para a guerra,
Cando a sua nai deixóu;
E partindo á extraña terra,
De suïdades choróu!

¡Cantas do mar africano,
Cautivo bergantiñán,
Oío n' un soño tirano,
O teu tocar soberano,
Aló nas tardes do vrán!

Cando te sinto tocar,
Campana d' Anllóns doente,
N' unha nuite de luár,
Rompo triste á suspirar,
Por cousas d' un mal ausente.

Cando doída tocabas,
Po-las tardes á oración,
Campana, sempre falabas,
Palabras con que cortabas,
As cordas do corazón.

Estabas contando aos ventos,
Cousas do meu mal presente,
Os meus futuros tormentos,
Que dabas con sentimentos,
Segun tocabas doente.

Campana, se po-lo vrán,
Ves lumiar na Ponte-Ceso,
A cachela de San Joan,
Dílle á todos q' estóu preso,
Nos calabozos d' Orán.

¡Ponte-Ceso saüdoso,
Lugar non muy grande e verde,
Ledo, garrido e vizoso;
O qué te mora hé dichoso,
Esmorece quen te perde!

E aquela rula inocente,
Que me morría d' amor,
No regazo docemente,
Tembrando coma unha fror,
Sobre escondida corrente;

Diráslle, que unha de ferro,
Arrastro rouca cadéa;
Castigo atrós do méu erro;
E que dentro d' este encerro,
O seu amor m' aluméa.

E tí, anduriña errante,
Dos longos campos d' Argél,
S' a miña terra distante,
Te leva o voxo constante,
Díll' o meu penar cruél.

S' alguén por min preguntár,
Dílle que estóu en prisións;
E unha nuite de luár,
Iráste unha vés pousár
No campanario d' Anllóns.»

Así triste en terra alléa,
Aló nas prisions d' Orán,
Cantaba un bergantiñán,
E nos grillons da cadéa,
Levaba o compás ca man.

«Oh nái da miña vida,
Adiós, adiós meu pái,
Prenda de min querida,
Adiós, oh miña nái;
Sombras dos meus avós,

Rio da Ponte-Ceso,
Pinal de Tella espeso,
Acordávos d' un preso,
Com' él ó fái de vós;
Campana d' Anllóns,
Nuites de luár,
Lua que te pós,
Detrás do pinar;
Adiós.....
Adióos.....
Adióoos.....» (1)

---

(1) Inda que nos *Queixumes dos Pinos* queda ja insertada na página 163 d' esta edicion a poesía adicada â *Campana d' Anllons* reproducimos agora esta version que do mesmo traballo deixou composta o gran poeta e que foi imprentada na Coruña en 1895.

A LEANDRO SARALEGUI

Din que vas un pouco branco,
Eu tamen non pouco vou;
Ti vas branco y eu vou branco;
Ja brancos vamol-os dous;
Nosos gustos foran idos,
E das ledas ilusións
Tan so negras e feas escorias
Quedaran no corazón.

Os rapaces con respeto
Ja pasan preto de nós;
Ja nos miran as meniñas
Con extraneza ou temor.

Certo non foran os anos
Quen tanto nos demudou;
¿Quén sabe?... Quizail-o ferro
Fin do físico dolor;
¿Quén sabe?... Quizais do espírito
Fono os desfeitos ciclons...

Do espírito prisioneiro,
Como salvage falcón,
Que intenta quebrantal-os duros ferros
Da sua estreita prisón.

Dos estéreos areáles
Que o Oceáno lanzou,
Os montes, un tempo verdes,
Soe cubrilos o aquilon.

Tí estas coma o *Monte Branco*
Da boca do rio Anllons;
Eu estou como aquel monte
Que natura levantou,
Triste, deserto, areoso,
Do rio Leres na foz,
E ten volto o rostro escuro
Cara Nemiña e Talón.

Imos vellos, imos vellos,
Ja imos vellol-os dous;
¡Oh! can mudados, Saralegui amigo,
De aquel tempo que pasou!

O VERBO

Tí, de Vilar de Montes, soadora
E rumorosa fonte que brilando
Da tua canle cerval, murmuradora
Par' a salvage costa vas baixando;
E da fada dos celtas que en ti mora
Van os antigos cantos celebrando:
Ti m' inspiras decote un son barudo
Do ilustre Breogán no verbo rudo.

Á MEMORIA DE JAN MONTES

Todo ás leis obedece
De un profundo destino:
Morre todo o que he féble,
Todo o que he fugitivo:
Mas de certo non pasa non morre
Das almas sublimes o grande sonido.

Morren os vanos ecos
Do século engreido,
Dos necios e pigmeos
Morre o estrépito indigno:
Mas non morre; por sempre resoa
Das almas sublimes o grande sonido.

Dos bárbaros tiranos
Morre o violento erro;
Morre o tormento esquivo,
Morre o robusto ferro,
Mais nos séculos futuros retumba
Das almas sublimes o grande sonido.

O COMBATE DE DUMBRÍA

Intrépidos galegos
Que desde antigos días
Sobre a frente levades
A estrela vespestina,
Se queredes ser fortes
Nas épicas porfías,
Lembrádevos de rudo
Combate de Dumbría.

Animosos galegos
Que desde os primos días
Na vosa man levades
Unha ardente fouciña;
Se ser fortes queredes
Nas belicosas lidias,
Recordade o famoso
Combate de Dumbría.

A os vosos nobres fillos
Relembrar noite e día
Os feitos denodados
Da vosa gente antiga;
Recordade de cote
Seus feitos y-ousadías,
¡Recordade o famoso,
Combate de Dumbría!...

* * *

Non descansan, elas non,
Pol-a nuite nos seus leitos,
Cando lles chega á sazon.

¡Cantos lánguidos gemidos,
E doces ¡ais! namorados;
Cantos abrazos perdidos,
Cantos ardentes chasquidos
De bicos... ao vento dados!

* * *

Non, non matan as brétomas rudas
e vagas e densas
que as altas curotas
nos mandan e ceiban:
¡mais aquelas que envolven o espírito,
cal fillas sinistras,
de infausta lagóa
de pútrida ciénega,
esas son as que dañan e encoran,
esas son as que matan e infestan!

A GUERRA DOS ESCRAVOS

Cando te vexo, ¡oh! filla
De Breogán, nobre e boa,
Cando te vexo triste
Desvalida e chorosa,
Entonces sin querelo
Ven â miña memoria
As guerras dos escravos,
As guerras dos ilotas.

Cando te vexo pálida
Abandonada e soa,
Sentada na tua gandra
Espacïosa e longa,
Non sei porque ferida
A miña mente evoca
As guerras dos escravos,
As guerras dos ilotas.

Cando te vexo pobre,
Chamando ás duras portas,
Aspeada e tolleita
Cos teus fillos nas costas,
Entonces me parece
Que en torno de min soan
As guerras dos escravos,
As guerras dos ilotas.

---

* * *

Cando for enterrado
Non mẽ dedes a min
Brilante sepultura
De mármore gentil.
Sepultaime piadosos
Da gandra no confin.
E ao modo dos celtas
Sepultádeme alí
Con unhas rudas antas
Que s' ergan sobre min;
E ao velas, o transeunte
Que diga: —«Jaz alí
O nobre e celebrado
Cantor de Breogán e Brandomil».

* * *

Volvendo de longes terras,
Con suidás no corazón,
Vin despois de longos anos
Onde a miña crianza foi.
Pasei pol-a Ponte-Ceso
Cheo de ansia e de temor,
Por ver se me conoscía
A terra que me criou:
Que o corazon vai temendo
N' atopar o que deixou,
Que a ela torna a anduriña,
E tamen tornamos nós.

Abrin da Bouza a cancela,
Que chiou c' un triste son;
Fun pl-o camiño do Couto,
Que vai por riba do arró;
Seguin por unha congostra
Que o carro e o tempo escavou;
E ao pé de aquel cruceiro
Que ergueron nosos abós,
Contemprei meu val nativo
Con triganza e con tembror;

E afogada pol-as vágoas
Escramei con triste voz:
—Val garrido, val garrido,
O da miña criazon;
¡Oh! val, ja non me conosces
¿Tan mudado, ou val, estou?
Certo, ti erel-o mesmo,
Mas eu o mesmo non son.

Aquel he o Agro de Dego,
Aquel outro he Murazós,
Mais adiante Mularido,
Canaveas mais aló;
Aqueloutras son as Senras
Dos trigos ledos e bôs;
A agra de Mares, as Somas
E da Bouza mais acó...
¡Ai de min! os mesmos eidos,
Os mesmos camiños son;
Esta he a ponte, este o río,
A terra que me criou!
Cando pasei por aquí
Tiña ledo o corazon;
Agora que non-o teño
Ja non me conoscen, non.

OS FASTOS

Os fillos escuros
Do chan polvorento,
De rostro mourisco;
Os fillos do vento
Os sempre envejosos
Dos gallegos feitos...
Borraran os fastos
Dos fortes galegos.

Os feitos borraran
Dos fillos egregios,
Dos fillos dos celtas
De intrépidos peitos
De enveja movidos
Borraran os fastos
Mas non borrano os feitos
Dos fortes galegos.

Barreran os límites
Do pobo galego,
Dos fillos de Luso
Os lazos rompendo,
Borraran os nomes
Dos pátridos eidos...

Mas non borrano a fala
Mas non borrano o genio,
Mas non borrano o esprito
Dos fortes galegos.

A DERRADEIRA VOLUNTADE

Cando eu pasar de esta vida,
Levádeme a Ponte-Ceso,
Non vestido este meu corpo
De profano vestimento,
Mas do sayal de Francisco,
Cingido, humilde, singelo,
—Que anque humilde non nacín,
Humilde repousar quero—,
E ja alí me sepultade
No monumento paterno...
Cando eu pasar de esta vida,
Levádeme a Ponte-Ceso.

Se non for na Ponte-Ceso,
Sepultádeme na Cruña,
Nesta garrida cibdade
Que mil belezas aduna,
A cabo do insigne Curros,
Ja que a d' el y-a miña musa
A fala de Breogán
Fixeron nobre e robusta:
Eu quero jacer de par
De tan nobre sepultura...
Se non for na Ponte-Ceso,
Sepultádeme na Cruña.

EDUARDO PONDAL

EDUARDO PONDAL

Discurso de ingreso no Seminario de Estudos Galegos, de Santiago, o 20 de Novembre de 1923

Meus irmans e amigos:

Comenzarei, meus amigos e irmans, pedíndovos, non pol-a forza do costume, senon porque conoszo d' abondo o meu cativo valimento para esta clâs de traballos, que me concedades ese garimoso perdón que sempre se dona aos ben intencionados e adictos estudantes, inda que o seu entendimento fore menos que corrente.

En verdade vos digo que pasei algunhas noites sin coller o sono cavilando na altura intelectual das xentes que tiñan d' ouvir a miña voz. Pra estudante son xa vello, casi vedraño; pra mestre, fállame aquela instrucción fundamental que nos primeiros anos da vida produz a disciplina e cimento dos estudos posteriores. Mais a decisión xurdeu en min cando pensei que a historia da miña vida toda, sin o mais pequeno arrandeo, sin a mais li-

xeira vacilación, foi adicada decote ao sagro culto da terra, en cuios altares, se non fun sacerdote axudei en troques moitas veces, e sempre que ocasión tiven, âs grandes misas de consagración d' aqueles homes distinctos que xa non son d' esta vida e que deixaron nas follas da nosa historia contemporánea un ronsel inmorrente de groria. Velaiquí as razós que teño pra conquerir a vosa boa acollida e o voso perdón xeneroso. Co' el conto, e, Deus diante, darei comenzo â miña conversa en col da figura groriosa e orixinalísima do gran bardo Eduardo Pondal.

Pra o mellor orde d' esta conversa, véxome na necesidade de falar de min, e por elo pídovos a vosa licencia e perdón.

Eu paguei tamen o triste tributo que pesa sobre os galegos sin fortuna, ganando o pan da emigración nas terras americanas, especialmente na farturenta e nobre illa de Cuba. Ali fun testigo do xurdimento dos galegos, nos momentos en que deron vida ao «Centro Galego» e a «Sociedade de Beneficencia de naturales y oriundos de Galicia», que tantas bágoas leva enxugado aos que en terras tan lonxanas víanse sin saude e sin achego por falla de recursos. Cando tornei â terra nativa, traía entre a miña équipaxe un tomo de versos, «Soidades», prologado por Curros Enriquez; unha coleición da «Gaita Galega», primeiro xornal da América inteiramente enxergado na nosa fala, e un manuscrito da miña comedia de costumes «A Costureira da Aldea». A bagaxe aparellaba co' a miña fortuna, que non podía ser mais cativeira. Do que traía eu un verdadeiro capital, era de ilusiós, de cobizas arelosas, de esperanzas tercas e rixas, de propósitos firmes, que enchían a miña alma, sem-

pre acesa no deseo de engrandecimento, dinificación e redención da Nai Terra. Despois de visitar a miña patria, as Mariñas fermosas de Sada, terra mimosa cuberta de doces e misteriosos lubres, de sombrisos soutos, de ridentes e ben doadas searas, que se miran nas espellantes e quedas augas da ría; terra inzada das inesquecentes lembranzas de meus pais e dos primeiros pasos na miña vida; aqueles currunchiños que levara estereotipados no corazón namentras duraron os tristes e longos días do desterro, tornei â Cruña. A falla d' enxebrismo nas xentes, magoábame o corazón e facíame cavilar, tristemente, se eu non era estranxeiro na miña terra, se non m' habían trocado por outros os eidos nativos que de maneira moi diferente eu vira entre soños. Doéndome d' esto, algun amigo faloume da *Cova Céltica*, aquel «katipunan», como burlonamente lle chamaban os que se dicían partidarios da doutrina de Pi Margall, que non conoscían, non sendo d' ouvidas, o seu libro *Las Nacionalidades*, que era, e coido que seguirá sendo por moito tempo, a Biblia dos rexionalistas de bon senso. O nome era agasallante e querendoso pra min, eu ardía en deseios de conoscer a *Cova*.

Un poeta, Florencio Vaamonde, á quen Deus conceda longos anos de vida pra ben das nosas letras, foi quen fixo, solenemente, a presentación.

A *Cova Céltica* tiña a sua sede na trastenda da libreiría rexional d' Euxenio Carré, na rua Real, onde xerminaba fortemente a arvore da nosa redención, que agora está en fror e que axiña poderemos abranguer os seus froitos. O xa dito Euxenio Carré, o libreiro literato; Manolo Banet, abogado e prosista de xeito crásico; Marcial da Iglesia, o entusiasta e bon escolante da rua da Barreira que

insinaba a lingua galega aos neniños da sua escola; Salvador Golpe, o poeta mariñan, elegante e tenro; Urbano Gonzalez Varela, poeta, pintor, alma xenerosa, meu irman querido que non poderei esquecer nunca porque ademais os ceos concedéronme o outísimo honor de vivir côs seus n-un mesmo lar; Evaristo Martelo, que vive no corazón de Bergantiños, en Vimianzo, poeta que tên grandes contactos e semellanzas cô bardo d' Anllons; Florencio Vaamonde, crásico con sonoridades camonianas e correicion anacreôntica; Andrés Martínez Salazar, sabio, xeneroso, leonés, conquerido pra a causa nosa por unha santa dona galega, que foi sua compañeira; Manuel Murguía, o mestre dos mestres e... Eduardo Pondal, o bardo grorioso.

Recibíronme cô amor e doce acollimento que dispensarse pudera a un irman, xa conoscido e ben quirido. Co' eles traballei naqueles días de fera e dura loita, que foron o xénesis dos días d' agora en que xa alborexa o sol da nosa renascenza no Tabor tanto tempo cobizado. Aquela Cova foi a miña universidade libre, a inesquescente e sagra escola en que se puliron e nidiaron os meus conocimentos; en que se afincaron,—en bases firmes e permanentes porque estaban orientadas n-un perfeito conocimento do noso pasado e nas leises que rixen a vida—o meu amor e a miña decisión en favor da patria dos galegos.

O mais grande honor en que xamais eu tiña soñado, fora logrado por min. Pondal, o gran poeta, era xa meu amigo, meu mestre, meu conselleiro, non hasta hora da miña morte, senon mentras o meu espíritu viva e vague pol-as rexiós non conoscidas en precura dos lugares ben amados e do día cheo de lus en que as arelas dos bos e xenerosos seian cumpridas.

DAS FEITURAS DO BARDO

Pondal era o prototipo da raza artábrica, unha das tribus célticas mais numerosa e arriscada que poboaba as terras que hoxe chamamos de Bergantiños, e que nos tempos anteriores â dominacion romana ocupaban o sector da actual provincia da Cruña comprendido desde esta cibdade o rio Lengüele, e o Tambre, que era o lindeiro do sul.

Era d' unha estatura mais que alta, barudo, forte, xentil, equilibrado. Dende o curuto aos talós podía poñerse unha plomada que faría ver que o seu corpo era un esteo perfeito. Peito sainte de bergantiñan, apostura de elegante cabaleiro, modos de xentleman británico. O seu rostro era belamente severo, moreno; e nos anos finales do século anterior, levaba barba longa «que non curanza afeou». Os seus cabelos foran negros, e negros tamen os seus ollos d' unha certa inquedanza como os do «subrime e vago» que ollaren sempre ao infinito. O narís aquilino armonizaba cabalmente coa sua superior distinción. Na sua mocedade debeu ser sin dúvida, e así o asegura Martelo Pauman, o home mais baril e de «corpo cumprido» de Galicia.

Non podemos encontrar unha idea das suas feituras lendo as descripciós homéricas dos semideuses da Iliada. Ulises, Aquiles, Diomedes eran imperfeitos e desequilibrados físicamente. O bardo galego tiña a beleza dos homes fortes, dos homes superiores, das xentes de Bergantiños, que ende xamais conosceran a servidume, nos tempos protoplásmicos da nosa historia. A sua aboenza parecía comenzar no rei Fingal, sendo lexítimo irman do bardo Ossian.

Pondal tiña o bon gusto de non levar saio. Vestía un gaban negro e cumprido, que sobre o seu corpo lanzal adoitaba a feitura d' unha toga. Usaba sempre un xunquillo, que non tiña acougo nas suas mans, e servíalle de punteiro nas luminosas discusiós que sostiña côs seus amigos e ademiradores, que o eran todol-os que tiñan o honor de tratalo.

En algunhas das suas composiciós, inda que coa hipérbole propia do seu xeito lírico, fai alusiós as suas feituras persoás e ao ideal que ardía no seu cerebro prodixioso. Nada mellor que dar aquí unha mostra dos seus cantos bárdicos en col das suas feituras:

—Sinxela rapaceta,
Non me teñas temor;
Non son un vagamundo,
Non son ningun ladron:
Xeroglífico ousado
Do limo soñador,
Vou, e ignoto a min mismo
Escuro enigma eu son:
Se quezais estou tolo,
Estou tolo d' amor:
Por eso as boas xentes,
Pronde vagante vou
Ao ver meu abandono
Din con admiracion:
—Parece un pino leixado do vento,
Parece botado do mar de Niñons.

Pensamentos insomnes,
Turbulenta ambición,
Propósitos de ferro,
O ánimo nobre ousou:
De mil suidades fondas,
O túrbido escadron,
Como á Luzbel privára
Do primeiro esplendor.

Son os bardos sapientes,
Que lei fatal lanzou,
Soñadores e vagos,
De sua condicion.
Por eso eu á min mesmo
Non me conozo, non;
E escraman os camiños
Mesmos por onde vou:
—Parece un pino leixado do vento,
Parece botado do mar de Niñons.

Pondal doíase moito de que houbera escritores galegos—ainda os sigue habendo pra mal dos nosos pecados—que, coidando d' aquel xeito eran mais galegos, mais enxebres, bautizaban os seus traballos con nomes prosaicos, disonantes e brutos, que tan alleos son á índole esgrevia, noble e sabiamente ortofónica do idioma.

En certa ocasion, na rua Real da Cruña, nas horas do seran, cando mais familias alí se xuntaban, discuteu en col d' ese asunto c' un escritor, cuio nome non ven agora ao caso, e que tiña pecado moito no uso de palabras que parecían escollidas nos mesmos currunchos do peirao de Montoto. Acaloráronse. O Bardo ceivaba lóstregos pol-os ollos, ergueu o baston pra tundar no seu contrincante, e n-aquel momento interpúxose providencialmente un guardia municipal. — ¿Qué é eso? ¿quen o chamou aquí? — dixo o poeta — ¿Non se pode na Cruña pegar un pau á un asno?

En outra ocasión acompañeino n-un paseo ata a Torre d' Hércules, lugar moi amado por él porque está aureolada pol-a lênda de Breogán, celta famoso, proxenitor da nación de Brigandsia. Aló, entre os penedos, da cuca e murmurante ensenada de San Amaro, brilaba unha luz. Era entre lusco e fusco. Cara alí fumos. Un vello mariñeiro mugar-

dés, vestido cô traxe de traballo, con medio cento d' anos sobre das costas, o rostro revellido e maltratado pol-os feros ventos mareiros, atizaba o lume debaixo d' unha cazola en que se cocían os peixes que destinaba pra cear e que recendían a groria. —Boas tardes dixo o Bardo ¿facendo pol-a vida, eh? —Non hai outro remedio, señor. —¡Vaia, vaia! vosté ê un verdadeiro lobo de mar. —Que dí,—contestou o mariñeiro un pouco escamado;— eu son tan cristiano coma outro calquera. —Non foi o meu obxeto molestalo, os fados me libren de tal. Aos homes fortes e arriscados ê costume chamarlles así. Perdóneme, e dígame, bon home, que lle gusta mais: ¿o mar cando está bruente, pero, descomposto, en que as ardentías enxordecen co seu balbordo, facendo imposible a vida sobre das escuras augas; ou cando está maino, mainiño, coma un vidro, e a lua melancónica mírase n-el, tendendo amorosiñamente camiños escentilantes de lus...? —¡Boh, boh! leria, señor, leria. A min do mar o que lle me gusta mais son as sardiñas salpresas.

Pondal non foi gustoso d' aquela resposta, porque comprendeu que aquel fillo de Neptuno era alleo â emoción poética. E d' eso laiouse despois.

O xenio ten algunhas contradicións, que o vulgo das xentes considérannas como toladas porque non furgan na xénesis espiritual onde son creadas. En certa ocasión pregunteille respetuosamente por qué, sendo un crênte, non citaba nunca o nome de Deus. —«Como citalo, díxome, se nos tempos en que os meus héroes falan, Deus era ainda innominado». Pondal, aparentemente, non quería ben aos castelans. Mais d' unha vez dicíanos con voz tonante: —Moito cuidado; os celtas deben vivir alerta, pois aló, tras das montanas de Leon, ainda nos

asexan, cubizosos, os enemigos de trinta séculos. E o Bardo, agas nos días viciños â sua morte, viveu sempre en fondas de castelans, onde o trataban do peorciño. En certa ocasión obrigámol-o á sair d' unha d' esas pousadas onde o trataban de mala maneira.

Era tamen un namorado das artes orientales, principalmente da arquitectura. Cô patriarca das nosas letras, o gran Murguía, defensor do arte cristian, sostiña discusiós, que os concurrentes â *Cova Céltica* escoitábamos engayolados.

As vellas theogonías índicas, á filosofía Sankia, e a literatura personificada no Ramayana, eran mantenza ideal pra sua fantasía poderosa. Nos avatares d' aquela civilización inicial mataba a sede das saudades de inmortalidade, que xermolan na mente dos eleitos pol-as Musas.

Vivía, pois, dentro de unha ensoñacion iluminada; e as cousas mais aparentemente opostas, Vichnú e Ognú, as tradiciós vedas e as sagas nórdicas, despertaban a sede pol-o infinito, as ansias pol-a divina poesía, as armonías celestiás en que tremaba a sua alma decote ateigada pol-o lume inmorrente dos grandes inspirados.

Un fondo disgusto sinteu o noso poeta, que o preocupou fondamente. No medio dos estragos que fixo un grande temporal, que houbo nos nosos campos, nos derradeiros días do ano de 1897, cóntase o derribo e esnaquizamento da campana inmortalizada pola musa do Bardo. Algo o consolou que a prensa rexional dése, doidamente, a noticia, e sobre todo que algun poeta amigo lle adicara unha elexía «A morte da campana d' Anllons». A amistade que os xuntaba foi enton confirmada para sempre, pois nin a morte puido esmorecer

aquela alianza espiritual nascida ao calor dos mais puros afectos pol-a Terra.

Pondal, como todol-os grandes homes que tanto infruíron cô seu xenio na marcha e progreso da humanidade, chegou un momento en que se creeu cinguido d' unha aureola de gloria, e que o seu estro era verdadeiramente criador, redentor e providencial para os fillos de Brigandsia. Derradeiramente, il, inda que o non decía, creíase o centro do sistema pranetario da nosa literatura e un factor sustantivo do seu dinamismo. Foi, enton, cando saîron da sua arpa as mais subrimes armonías, cando concretou mellor a finalidade obxetiva da sua labor poética. Censurar á Curros era censuralo a él; denominar á Rosalía musa chorona, inclinábao de mal xeito porque sentíase ferido no propio espíritu. E cando se facía unha crítica despectiva das letras galegas, era el o que se sentía censurado e aldraxado. Tiña n-aqueles días a quentura mesiánica, a iluminacion bárdica e profética, o sentir vernáculo do verdadeiro bardo, amparado por Theut.

Todol-os poetas en lingua galega eran seus apósteles, e sô, con fundamento, concedía belixerancia ao autor de «Aires da miña terra». Cando no mes de marzo de 1908 recibimos na Cruña a triste nova de que o gran Curros Enríquez morrera, escribin a Pondal comunicándollo. Dende Ponteceso contestoume seguidamente que era infinita a dôr que tal perda lle causara; que él tiña presentido n-aqueles días «que algun forte e duro carballo fora tronzado *no seu lubre celta*», e concedeume o honor de representál-o nas ceremonias do enterro, que constituiron o acontecimento mais emocionante da miña vida. Incruía, ademais, uns versos «A Curros Enríquez», que aquí reproduzo en

parte, pois non quero privarvos d' estas estrofas d' ouro fino. (1)

Unha das suas orixinalidades consistía na maneira que tiña pra compôr os versos. Ricitábaos dinantes de os escribir e despois escribíaos no papel; mais nos anos derradeiros da sua vida, en que casi tiña perdida a vista, as cuartillas eran us grandes cartós brancos.

Collía un d' estes cartós, e c' un lapiz de carpinteiro na man, camiñaba á longos pasos pol-a habitación ou pol-a galería. Cos ollos postos no teito, comenzaba declamando, por exempro:

«Como a devesa frondosa
Sobre dos eidos e cara costa de Recemel»

Escribía esto, leía, e non gustándolle, borraba enérxicamente. E tornaba a camiñar de novo, rectificando:

«Como a devesa follosa
Sobre a nativa costa de Recemel»...

E despois d' escrita, repetía con voz tonante: «Esta ben, ben, ben». E dese xeito seguía ata dar fin ao seu traballo. Por iso mesmo os versos de Pondal teñen un non sei qué de elegante e bárdico que tan maravillosamente s' adoitan pra seren declamados.

Pra finar esta parte da miña conversa en col das feituras de Pondal, falarei d' ese sentimento purísimo que chamamos amor, que tantas almas encheu de fogo e que tan fondos e doces sons espertou na lira dos que poseeron un corazon tremante de santa poesía. A ese sentimento delicado non foi alleo Pondal, que non en valde foi o poeta meiran-

(1) Estos pódense ler na páxina 205 d' este libro.

de da Terra; e podo asegurarvos que se non tivo amores c' unha madama da cras d' unha Catalina d' Ataide, que tan fermosas rimas arrincou â lira do divino Camões, tivo, si, unha fada xentil, xeitosa, pálida e alumarada; galega meiga e cuquiña que, inda que foi unha realidade, tiñaa divinizado nos seus sublimados versos.

Ningun poeta de lingua galega nos tempos d' agora adicou tantos pensamentos a esa pasion, por escelenza poética. Os seus versos estan cheos de verbas adicados ao amor, unhas veces falando por él e outras por aqueles celtas protohistóricos que abranguían a femia cobizada na escuridade d' unha covadanca.

N-aquela composicion xa citada cando fala tan esgreviamente da sua persoa, diríxese á linda rapaceta dicíndolle que non lle teña medo, «que s' está tolo, está tolo d' amor». E mais tarde, seguindo o mesmo pensamento, dille: «Ti têS dos meus males a doce meiciña, ou rosa de Corcoesto», e vese, na hermenéutica das suas verbas, que sigue aquel afecto querendoso, cheo de saudade, cando escrama n-unha triada: «Penedos de Pasarela,—cando vos vexo, penedos,—suspiro d' amor por ela». E ante as arelas, propias do verdadeiro amor que requer a soedade, cando dí n-outra triada: «Gandra esquiva de Moureda,—quen pudera entre as tuas hirtas uces,—falar a solas con ela».

Debeu, como gran poeta, têr a sua mocedade chea d' esa doce pasión, alma do mundo, que tantos soños e divinas cubizas levantou nos corazós ateigados de poesía. Ben craro o dí aquela balada, cando nos fala das doces anduriñas, que, pousadas baixo do aleiro, descansando do seo longo camiño, en busca da Africa ardente, escisman e cavilan

na su patria; pra paralelamente, e de modo obxetivo, falarnos tamen de que, cando era estudante, e tornaba ao patrio lar de Ponteceso, lentamente atravesando á cabalo a dura e roxa terra de Xallas, ao atravesar as soas e esquivas gándaras, abandonando as rendas, e entregándose â vaga saudade...

—«En que iba pensando entonces,
Decide, ventos de Xallas.
—Sempre iba pensando n-ela,
N-aquela doce rapaza,
Qu' era filla de Santiago,
Branca, garrida e fidalga».

A OBRA LITERARIA

O día 8 de febreiro de 1835 nasceu Eduardo Pondal en Ponteceso, lugar da parroquia de San Tirso de Cuspindo. O berce do poeta abalou no pazo dos Arias, na desembocadura do Anllons, preto da vila de Laxe e do areoso monte Branco.

Aquela terra de fundo, masculina e roxa, cinguida por un mar tormentoso e fero, que desfai as ardentías nos altos cons e levanta berros titánicos, d' un balbordo de combate, ao entrar nas furnas dos encantilados e rabaleiras; aquela terra ártabra que ainda conserva a fisonomía baril dos seus primeiros poboadores; terra farturenta, cuberta de castros e de moimentos que lembran o fogar de Breogán, cuias costas cubertas de pinos verdecentes fan recordar as terras da Armorica; aquela foi a patria nativa do Bardo, que mais tarde había de ser o medio en que había de concordarse a sua lira inmortal.

Fillo d' unha familia podente, sigueu na nosa Universidade a carreira de medicina. Foi un médico

notabre no seu tempo, mais non exerceu senon nos primeiros anos da sua xuventude. Outro ideal enchía a sua alma, e á él adicouse enteiramente.

Aires de revolución acendían as almas en toda Europa. Ao mesmo tempo que en Italia escentilaba a espada de Carlos Alverto, que cobizaba a unión italiana, e a elocuencia de un Cavour espertaba novas ansias en liberación, en España tamen surxía un ideal democrático, que por primeira vez quería cobixar baixo das suas bandeiras aos traballadores. No banquete de Conxo—Pondal tiña entón vinte anos—resoaron os seus primeiros versos en castelan.

Aqueles dous nenos de que Murguía nos fala eran Pondal e Aurelio Aguirre, cuya presencia fixeron histórica aquela xuntanza fraternal d' estudantes e obreiros. (1)

A constitución do ano doce, tíñase enton como o desideratum do dereito púbrico, e os partidos políticos non cobizaban cousa mellor. Non se decataban de que aquela carta constitutiva estaba enxergada a imitación de leis extranas, e non respondía ás necesidades económicas do país, porque nela non se tivera en conta pra nada a verdadeira constitución de península, integrada por diversas nacionalidades que non se podían gobernar por leises de caracter xeneral. Aquel erro fixo estancar o progreso das Españas, sabe Deus ainda por canto tempo; e na primeira mitade do século derradeiro o senso da uniformidade foi indiscutibre e infor-

---

(1) Véxase o discurso de Murguía que se inserta ao comenzo d' este libro.

mou a vida política, artística, intelectual das multitudes que se chamaban democráticas.

Pondal foi, naturalmente, home d' aqueles tempos. Os seus primeiros versos escritos foron na lingua de Castela, e a primeira edición d' eles chamouse «Rumores de los Pinos». Aqueles rumores non tiñan ainda os fondos queixumes das costas verdecentes, inda que xa a «Campana d' Anllons» conmovía os corazós côs seus enxebres tanxidos, amostrando que un novo culto aparecía nas terras de Breogán.

Despois d' estes primeiros días de comenzo e revelación, houbo un longo intervalo, en que o poeta concentrouse en si mismo.

Por fin apareceron os «Queixumes dos Pinos». Todol-os amigos de Galicia e os namorados da santa poesía entoaron o hosanna da boa nova. Aparecía o poeta varil, orixinal, esgrevio, unxido pol-os amores mais puros da terra celta, arrincando â arpa osiánica os mais fondos e inmortales sons no verbo galego, alma da nosa alma, refrexo da nosa vida, santa sinal con que Deus quixo asinalarnos pra facer eterna e inmorrente a nosa persoalidade.

E foi cando Pondal, na forma bárdica por todos conoscida, tocou todol-os probremas que axitan a nosa vida en percura de mellores días; e foi cando Pondal, facendo xurdír na sua mente creadora os tempos do lexendario Milesio, dando personificación â toponimia celta de Bergantiños, colocouse no mais outo posto como poeta e conquireu unha folla d' ouro na historia das nosas letras.

Pondal fixo unha rectificación da primeira etapa da sua vida literaria, n-uns versos inmortales, des-

pois dos que non tornou a escribir mais en castelán. (1)

A virilidade da sua lira maniféstase decotío. Da sempre a impresión de que as armonías son fillas de un verdadeiro bardo-sacerdote que quer erguer os ánimos caídos da sua casta pra unha loita pol-os patrios eidos. Véxase que fortes acentos vibran n-esta poesía:

Morrer en brando leito
Entre molentes brondas,
Rodeados d' amigos,
Que o pracer nos recordan;
De tímidas doncelas,
Imbeles e chorosas,
Que pra maior dozura,
Na nosa última hora
Ao redor de nos ceiben
Lirios e brandas rosas;
Certo he desparecer cal virgen tímida
Brandamente, e sin gloria.

Oh! quen morrer poidera
Coma o forte Leónidas;
Envolto en duro ferro
N-outras duras Thermópilas;
Por unha pátria escura
D' escravos e d' ilotas;
E deixar cal cometa,
Longo rastro de gloria!
E caíra, non prono,
Coa faz a terra volta,
Mais as turmas conversa
Audaz e miazosa,
Ainda apreixando o rutilante ferro
Que verte gota á gota!

---

(1) Véxase a páxina 162 d' este libro.

De modo que o viandante,
Vendo con gran zozobra,
Cubrir a dina terra,
A cinza poderosa
Dixera con espanto:—*Certamente*
Este era grande cousa!

Pra non facer longa esta conversa non citarei mais versos dos pubricados xa, e que todos conocedes. Teñen, si, unha feitura orixinal, que xa chamaremos pondalina, que os diferencia notabremente dos demais poetas. Será difícil que chegue a ter imitadores, pois necesitaríase un cerebro aceso n-aquela sublimada fantasía e unha cultura literaria semellante. Ademáis Pondal era un filólogo de fuste, conocedor dos idiomas clásicos, e o galego que empregaba adoitaba formas cultas e elegantes, dentro do xeito mais nobre e propio do idioma. Tan seguro estaba él n-esto que ao morrer, as suas derradeiras palabras foron: «Décheme unha lingua de ferro, e deixoche unha lingua d' ouro». (1)

Despois de «Queixumes dos Pinos», Pondal pubricou mais versos, que serán recollidos pra facermos un segundo volume. A sua inspiración non sufreu esmorecimentos. A letra do himno de Galicia, por él denominada «Os pinos», da que se cantan as catro primeiras estrofas, ê unha oración â Nai Terra e non un canto de venganza como adoitan ser os himnos d' outros pobos. Todol-os bos e xenerosos pódeno entoar calisquera que sexan as suas opiniós políticas ou relixiosas.

Nos derradeiros anos da sua vida, cando surxían con novas forzas as arelas de redención, can-

(1) Finou na Cruña o 8 de marzo de 1917 na casa n.º 21 da rua de Juana de Vega.

do, despois d' aquela solidaridade proveitosa que tratou d' asociar aos traballadores da campía aparesceron as «Irmandades da Fala», Pondal contribuiu ao xeneroso movimento escribindo uns versos que constituen a xoya mais brilante da nosa lírica moderna. O Bardo exprésase de novo neste xeito subxuntivo que tan maravillosamente empregaba. Falamos de tempos que puderon ter sido, que poden quizais ser no presente ou que próximos están á chegar. Son un grito de combate, unha chamada definitiva, unha increpación aos cobardes, o pregon do bardo, cuberto da branca túnica de liño, que dende o sagrado lubre chama parabólicamente aos loitadores:

Xa chegaran os días
Que os bardos anunciaran,
Das gandras largacías
As brétemas escuran s' alongaran.
. . . . . .

A Academia Galega foi a herdeira das obras inéditas de Pondal. Na sua biblioteca están arquivados os papés que compoñen «Os Eoas», e outros mais.

O poema «Os Eoas», que quer dicir os fillos do Sol, refírese ao descubrimento da América.

Hespaña ê un dos poucos países que carecen d' un gran poema épico. A descuberta das terras americanas, un dos mais trascendentás acontecimentos da historia, era merecente d' ese gran poema épico. E Pondal fixo ese traballo, que cando se pubrique, que será axiña, acadará para o seu nome un posto entre Camoens, O Tasso e Milton.

«Os Eoas» non será un libro que conquira a popularidade d' outros xéneros de poesías, mais propia ao gusto da xeneralidade e as modernas aficiós

e modos; pero terá un grande valor pra os eruditos, e será unha gloria fundamental e definitiva pra o nobre idioma galego en que vai escrito.

Eu podo asegurarvos, porque o conozo por ter sido amanuense do Bardo, que o argumento do poema e dino do xenio que lle deu vida. O canto adicado â visión da Atlántida non desmerece do que Camoens adicou en situación semellante ao dobrar o cabo das Tormentas. O final ê d' unha grandiosidade insuperabre. Ao poñer os descubridores o pé nas terras virxes, celebran por primeira vez o sacrificio da misa, e no momento en que o sacerdote ergue a sagra hostia sobre a sua cabeza, síntese ao oucidente un balbordo colosal, apocalíptico, d' algo que se derrumba, e outro igual â banda do sul. É que n-aquel momento afundíanse pra sempre as civilizaciós e bárbaras teogonías dos aztecas e demais pobos autónctonos.

N-estas pobres liñas quixen dar unha idea da trascendental labor do Bardo, e quixen tamén que resaltara o feito de que Pondal pra ser un gran poeta tivo que rectificar escollendo o idioma galego como instrumento que traduxera a sua inspiración. Se non sintira a terra, se empregara unha lingua estrana, o seu nome non houbera logrado a universalidade de que oxe disfruta, porque a sua obra carecería de emoción, da realidade, do enxebrismo vernáculo que somente nos dona a sagra terra que nos deu a vida.

Han de vir tempos mellores. O corazón dinos que o obxeto dos nosos mais caros amores, non ha de vivir sempre nas somas do infortunio. Que o sol, que aluma todal-as terras, ê tamén sol de libertade sin perder a sua característica de xeneralidade. Que Deus non fixo, ao dar personalidade aos po-

bos, unha relación de libres e servos, senon que nos altos desinios, ao crear as leises que rixen o universo, deulles vida especializada pra que cumprisen a sua misión na labor fecunda e específica do progreso, que non será compreto se no seu desenvolvimento deixase d' intervir un sô factor.

A irmandade entre todol-os homes, finalidade xenerosa a que todol-os pobos e razas deben aspirar, non se logra senón pol-o reconocimento mútuo de todol-os direitos que se derivan das particularidades étnicas e da mesoloxía que da natureza nascen. Negar estos direitos ê negar ou rectificar a obra de Deus.

Galicia ê un d' eses factores de que teño falado. Querer atafegalo, ou sometelo â tortura de deformar o seu espíritu nos moldes de culturas alleas ao noso medio, ê un verdadeiro crime, que os galegos debemos impedir.

Os nosos poetas do derradeiro século ben nos amostraron o camiño á seguir; pero ningún d' eles d' unha maneira tan esgrevia e firme, tan nobremente enxebre e clásica, como o grande e grorioso Pondal. Sexan os seus versos os salmos da nosa redención; sexan os seus libros a Biblia dos tempos novos que xa alborexan.

A vosoutros, mocedade estudosa, queda encomendada a groriosa tarefa. E cando cheguedes ao alto monte cuberto de lus, en que se escoitará o himno das nosas definitivas reivindicaciós, lembrádevos, como dicía o poeta, dos que tanto temos amado e que quedamos no camiño do esquecemento xemendo sin groria.

M. Lugrís Freire.

ÍNDICE

QUEIXUMES DOS PINOS

	Páginas
Eduardo Pondal	1
«Pol-o baixo cantando»	29
«E pois eu aborrezo»	31
«Podés deter un pouco»	33
«Muitas veces nos matos nativos»	35
«Que barba non cuidada!»	37
«Morrer en brando leito»	39
«Das africanas prayas veciñas»	41
«N' hay unha fonte»	42
«—De Camelle os baixos son»	44
«Oh! mazarico que cantas»	45
«Como a debesa follosa»	46
«Oh! terra de Bergantiños»	47
«Meniña, rapaza nova»	49
«—Salvage val de Brantóa»	50
«Penedos de Pasarela»	54
«Eu non sei por que terra esquiva e dura»	55
«Que o teu peito he menos branca»	57
«—Vamos, mi buena Rentar»	58
«Paroleira anduriña»	61
«Adusto, solitario e silencioso»	63
«—Rio Langüelle, rio Langüelle»	65
«Ibas gozando no meu tormento»	67
«Cando as doce anduriñas»	68
«Ten o seu punto»	70
«Dous rapaces, non sei onde»	72
«Ao abrigo de vento círcio»	76

Páginas

«Oh! quen poidera» 78
«—Oh! mozos que camiñantes» 79
«Oh! Castro de Remesende» 81
«En turbia noche de invierno» 82
«Engañosa Morpeguite» 88
«Correndo fui o arume» 90
«A hora en que o doce luceiro» 91
«Esquiva rapaceta» 93
«Cando no escarpado cabo» 95
«A sombra tecida» 96
«Castaños de Dorneá» 100
«—Un lindo zagalexo» 102
«A hora en que a luz do luceiro» 104
«Agora, meu corazón» 105
«Despois do duro combate» 106
«Os pinos fan doce son» 110
«Rey dos castros, castro forte» 111
«Aquela miña leda compañeira» 113
«Boandanza, saúde» 115
«Cando te vexo me acordo» 120
«Pilleina entre os pinos soa» 122
«Cal soe arboladura» 123
«O escuro Brandoñas» 124
«Fada garrida de leves alas» 126
«Eu sei donde moran» 130
«Abonda ja de oración» 131
«Eu sei donde moran» 132
«Carballos de Carballido» 134
«Da alma no fondo» 135
«Cando jázan do cisne» 136
«Sobre o gallo do pino» 137
«Monte-Branco, Monte-Branco» 138
«Feros corvos de Xallas» 139
«Oh! ti, radioso e forte» 141
«Canta, bergantiñán, canta» 143
«Cal o fulgente Sirius» 144
«Non cantes tan tristemente» 145
«Cal o angel rebelde» 146
«Non en presentes» 147
«As almas escravas» 148
«Sin caber nos pelexos» 149
«Fora abondo co oprobio pasado» 150

Páginas

«Coroados de frores» 151
«Cal caéra o radiante» 153
«A voluntade homérica» 155
«Cando os duros machados» 157
«Quen brando vegeta» 159
«A lingua tivéran» 162
«E ti campana de Anllons» 163
«Muy brancas, muy brancas» 166
«—Virgen valme!» 167
«Non somente do promo asovianta» 171
«Como aquel que ja fora» 172
«Topánome medio morto» 173
«Soñando está o bardo» 175
«Cando sóo me mirano» 176
«Silvasmouras, silvasmouras» 177
«Das africanas» 179
«As mofas bafúas» 180
«Pol-o alto cantanda» 181
«Da ruda pendente» 183

POESÍAS INÉDITAS

Os Pinos (Himno galego) 187
A Fala 191
«Xa chegáran os días» 193
«Non veu dos duros éphoros» 194
«Cinguido en duro ferro» 196
«Os camiños, os matos montesíos» 197
«Da ja pasada mocedá, queridos» 198
Muiñeira 199
O dolmen de Dombate 201
«Vindo de Bergantiños» 203
A Curros Enríquez 204
A Curros 205
«Cando m' o referino» 206
«Como pinal salvaxe, que bruando» 207
«Aquel povo que imbécil e brando» 208
Falade gallego 210
«Nécias fillas da Héllade» 212
A Lira de Tyrteo 214

Páginas

«Eu sei d' unha doce meiga» 216
Recordo a Benito Vicetto 217
«Fillo cativo da gandra» 218
«Gentís e garridos» 219
Dos eidos 220
«Sea forte o galego» 221
Ponteceso 222
Home libre, libre terra 224
«E ti, campana d' Anllons» 226
A Leandro Saralegui 241
O verbo 243
A memoria de Jan Montes 244
O combate de Dumbría 245
«Non descansan elas, non» 247
«Non, non matan as brétomas rudas» 248
A guerra dos escravos 249
«Cando for enterrado» 251
«Volvendo de longas terras» 252
Os fastos 254
A derradeira voluntade 256
Eduardo Pondal 259

ACABOUSE DE IMPRENTAR ESTE
LIBRO NA CRUÑA, IMPREN-
TA DE "ZINCKE HERMA-
NOS", O DIA 26
DE ABRIL DE
1935

EXCLUSIVA DE VENTA:
ZINCKE HERMANOS
CANTÓN GRANDE, 21 - LA CORUÑA

Precio: 5 Ptas.

POESÍAS DE PONDAL